

A man in a dark suit, white shirt, and striped tie is shown from the chest up. He is wearing large, bright red boxing gloves. The background is a dark, textured grey.

Los feos

también

se enamoran

Minerva Hall

A man in a dark suit, white shirt, and striped tie is shown from the chest up. He is wearing large, bright red boxing gloves. The background is a dark, textured grey. The text is overlaid on the image.

Los feos
también
se enamoran

Minerva Hall

LOS FEOS TAMBIÉN SE ENAMORAN

Minerva Hall

Copyright © 2017 Minerva Hall

Copyright portada © Fotolia

Diseño Portada: M. H.

Maquetación: M. H.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

All rights reserved.

A mis lectoras.

*Gracias por vuestro apoyo,
vuestras lecturas y comentarios.
Sin vuestro interés, ellos no existirían.
Espero que disfrutéis de esta historia.*

SINOPSIS

¿Es posible superar el primer amor?

Julieta Summers ha estado toda su vida enamorada del mismo hombre, incluso cuando no era consciente de ello; pero ocho años atrás tuvo que dejarlo todo, incluidos su corazón y su orgullo, en la pequeña población de Gold River. Nunca se ha permitido mirar atrás, pero la muerte de su abuela la obliga a regresar en las peores circunstancias y enfrentar una historia que debería haber resuelto ya.

Las apariencias engañan y si no que se lo digan al jefe de bomberos: Dylan, que tras un desastroso matrimonio, una vida de decepciones y un corazón roto, vuelve a sentir la emoción de antaño, cuando tuvo a la única mujer que ha amado entre sus brazos.

Pero la confianza es un bien preciado, que cuando se pierde una vez es muy difícil de restaurar, incluso cuando todo se derrumba a tu alrededor.

*¿Es posible olvidar una vieja traición,
para abrir el corazón al verdadero amor?*

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)
[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[CAPÍTULO 23](#)
[CAPÍTULO 24](#)
[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

Hace quince años

La noche veraniega era cálida, mientras las parejas bailaban al lento ritmo de la suave música que salía de algún viejo *cassette*. Jóvenes y mayores, incluso algunas parejas adolescentes y niños disfrutaban del festivo baile. Gold River era un lugar idílico para vivir. El típico pueblecito mono, con casas de ensueño y perfectas familias; el guapo y fuerte papá, la comedida y cariñosa mamá, tan atractivos que casi dolía mirarlos, sin olvidar los dos niños perfectos, siempre sonrientes y dispuestos a seguir todas y cada una de las normas que habían impuesto sus cándidos padres. La postal perfecta de... ¡Utopía!

Esa noche no era diferente a todas las demás, al igual que durante el último par de siglos, desde que la fiebre del oro fundó las raíces de lo que hoy era un próspero pueblo, justo al lado del río gracias al que esperaban hacerse ricos, la gente disfrutaba, reía y se enamoraba. Quizá algunos avances modernos hubieran sustituido a otros más antiguos, pero la esencia se había mantenido desde el principio de los tiempos. En Gold River todo era de oro, nunca mejor dicho.

Los pajarillos acompañaban con sus trinos la cita, mientras los agradables aromas de la barbacoa se extendían por toda la localidad y Samy, su mejor amiga, al fin había conseguido que Miles la invitara a bailar. La había tomado de la mano y la estaba estrechando con firmeza contra su joven, pero bien torneado, cuerpo.

Julieta suspiró, rebobinó la escena en su mente y la repasó una vez más.

Las dos habían llegado a la vez, ¡eran las mejores amigas del mundo! Samantha tenía todo lo que a ella siempre le habría gustado tener. La apariencia inocente y cándida, la pura belleza que intoxicaba a los hombres jóvenes que la miraban con deseo y respeto y que había logrado, casi de inmediato, la completa atención de Miles. Solo había sido necesaria una mirada, para que Julieta pasara desapercibida a sus ojos. Estaba convencida de que ni siquiera se había dado cuenta de su presencia.

Se encogió de hombros mentalmente. Su apariencia era muy diferente a la del guapo joven y a la de su amiga. El tono rubio casi platino del pelo de Samantha, en su caso era un castaño claro, demasiado corriente; los ojos azules como el cielo de Samy contrastaban vigorosamente con los verdiazules con manchas castañas suyos. Ni siquiera podían ser verdes o azules o incluso marrones, no, eran una disforme mezcla que le daban un feo aspecto. El bronceado suave de la piel de Samantha resultaba

atrayente, casi hipnotizador, hacía que todos la miraran con anhelo. Tanto las mayores como las más jóvenes, no así la suya, pálida como la leche, que jamás alcanzaría un color lo suficientemente saludable. De blanco muerto a rojo cangrejo, no. No resultaba atractivo.

Además, la otra era delgada y grácil, con las curvas suficientes para parecer atractiva. Julieta era torpe y rellenita; si llamaba la atención solo era por accidente. Habitualmente, seguida de un coro de risas tras alguna metedura de pata.

Suspiró y contempló a la joven pareja con cierta envidia. También quería encontrar a alguien, bailar, reírse, besarse a escondidas y hacer todas esas cosas que hacían los adolescentes.

Pero no era lo suficientemente guapa. ¡Vaya cruz!

—Eh, tú. ¿Bailas?

No se molestó en girarse, sabía a quién pertenecía esa insidiosa vocecilla, mejor hacer como que no existía. Se puso a silbar, mirando al cielo estrellado, sin ver nada, mientras la fiesta seguía viva a su alrededor.

Un dedo salvaje se le clavó en la espalda.

—He dicho que si bailas —espetó el adolescente, causándole lo que probablemente se tornaría en un feo moratón en cuestión de minutos, si no de segundos.

Se giró con instinto homicida, el chico la miró repentinamente tímido y se metió las manos en los bolsillos. Julieta casi quiso sonreír, casi.

Debería ser la *matona* de la clase, pero era demasiado tímida. Al menos conocía a Dylan desde parvulitos. Habían sido amigos durante mucho tiempo, sin importar la breve diferencia de edad que había entre ambos.

—No tienes que hacerlo, estoy bien.

El chico la miró, elevó la barbilla orgulloso.

—Pues yo no —sacó una mano y la agarró sin ceremonias, llevándosela al centro de la pista de baile—. Rodea mi cuello con tus brazos, Juls.

Ese estúpido mote.

Resopló fastidiada, pero le hizo caso.

—Todos van a pensar que lo haces por pena.

Dylan se rio, no lo hizo discretamente como lo habría hecho Miles, sino a carcajadas, atrayendo gran parte de la atención hacia ellos. Los miraron con gesto acusador, ¿cómo se atrevían a perturbar la paz de la divertida estampa familiar con sus grotescos modos?

—Juls, a veces eres muy graciosa —soltó el muchacho y la atrajo más cerca—. Vamos a hacer que las cotillas revienten. Acércate un poco más a mí.

—Dylan McIntire, tienes dieciocho años y eso es ilegal —susurró con una chispa

de humor en su voz—, te recuerdo que solo tengo catorce.

—Te recuerdo que ya he visto ese blanco trasero tuyo en muchas ocasiones. Venga... No me vas a decir que te has vuelto repentinamente tímida, ¿verdad?

—No soy tímida, solo inteligente. Y además, sé que te mueres por bailar con Samy.

Su mejor amigo en el mundo no lo negó, se limitó a encogerse de hombros.

—Está fuera de mi liga y, además, tú hueles mejor —le frotó la mandíbula rasposa en el cuello, como si fuera un oso en busca de un árbol para rascarse.

—Conseguirás irritarme la piel —se quejó ella sin acritud. De pronto se sentía mejor, como si no importara ser un poco imperfecta—. No te has afeitado —lo regañó.

—Bah, eso es para maricas.

Julieta pensó que Dylan a veces era demasiado chico, bruto y un poco -bastante-rudo. Nunca conquistaría a su amiga si seguía así. A ella le gustaban pulcros, bien vestidos, recién afeitados...

—Vas por el mal camino con Samy.

—Déjame llevarte por el mal camino, nena —canturreó entre desafines, captando de nuevo la atención sobre ellos—. Puedo invitarte a montar en el camión de bomberos, te dejaré poner la sirena.

Llevaba un año siendo bombero voluntario y aspiraba a hacer carrera de ello. Le gustaba ayudar a los demás, a pesar de sus bruscas maneras. No era guapo, su pelo era demasiado oscuro, tenía demasiado vello facial y en el resto de su cuerpo; parecía un oso, no solo en sus actitudes sino también en su *peludez* y daba unos abrazos estupendos. Cada vez que alguien hería sus sentimientos, estaba allí dispuesto, torpe y dispuesto, a secar sus lágrimas y achucharla hasta que se le pasaba el disgusto.

—Prométeme que nunca cambiarás, Dylan. Prométemelo.

—Prometo firmemente que seguiré siendo el tipo más guapo del mundo entero. El más sexy y encantador. Siempre dispuesto a hacer sonreír a una dama —le guiñó el ojo y ni siquiera le importó que fuera de un anodino color marrón. Ni que su nariz estuviera ligeramente torcida, después de haberse caído haciendo el tonto con la moto. Y tampoco le importó que tuviera una enorme cicatriz que empezaba en la ceja y se perdía en lo alto de su cabeza, más allá del comienzo del pelo. Le gustaba así.

Y además hoy olía a jabón. Natural, sin colonia y quizá un poco a humo.

—Hablo en serio —dijo deteniendo el extraño movimiento que hacían simulando bailar.

—Yo también —contestó ligeramente ofendido—. No tengo musculitos, pero no quita que sea un tipo fuerte y sagaz, capaz de acometer cualquier aventura por mi hermosa dama.

Julieta se rio otra vez. No era una dama y mucho menos hermosa, pero le gustaba estar con él, aunque en secreto deseara que Miles le diera su primer beso.

Su mirada se oscureció, eso no pasaría nunca. Y Samy era su amiga, a pesar de todos los malos ratos que había pasado por su culpa y que no se atrevía a confiarle a nadie.

—Expulsa esos pensamientos de esa cabecita tuya, ahora mismo.

—No puedo.

—Sí, sí puedes. Si yo puedo ignorar al perfecto y seductor Miles —dijo empleando un tono muy burlón y quizá un poco exagerado al pronunciar las tres últimas palabras—, tú puedes hacer como que estás con el hombre de tus sueños. Vas a romperme el corazón si sigues así.

Julieta le golpeó suavemente en el pecho y negó.

—Eres tonto. Sabes que tú eres mi mejor amigo, no querría estar con nadie más hoy.

—Mentirosa —la acusó cariñoso tocándole la punta de la nariz, sin permitir que se alejara de él—, pero te perdono. Algún día abrirás los ojos y te darás cuenta de que yo soy el tipo que te conviene.

—Algún día tú te darás la vuelta y yo seré la mujer perfecta para ti, mientras que Samantha es solo... una ama de casa aburrida e insulsa.

Se odió por decir eso en voz alta. ¡Era su mejor amiga!

—Te prometo una cosa —dijo Dylan mirándola con seriedad. Con la misma con la que se refería a aquel trabajo que desempeñaba y tanto le gustaba—. Si cuando cumplas treinta no has encontrado a tu príncipe azul, ven aquí y quédate conmigo.

—No bromees con eso... No es gracioso.

—¿Crees que no soy lo suficientemente guapo para ti? —preguntó con el ceño fruncido, el corazón de Julieta dio un vuelco mientras lo miraba.

¿Estaría hablando en serio?

—Solo con la condición de que lo intentes al menos una vez con Samy —alzó un dedo frente a él, para acallarlo—. Una vez.

—¿Por qué ese empeño, Juls? Esa chica no es para mí —dijo encogiéndose de hombros.

—Pero te gusta...

—Tú me gustas más.

—Eso no es verdad. Yo no te gusto de esa manera, solo sientes pena por mí y si no me prometes que...

Dylan bajó hacia ella y la acalló con un suave beso en los labios.

—Te lo prometo y ahora cállate y baila.

Julieta se quedó muda, impactada. ¡La había besado! Lo miró una vez más.

buscando en él algo diferente, una luz diferente a la de la amistad.

Y la asustó mucho lo que vio, así que se apoyó en su pecho, cerró los ojos y se dejó llevar.

Quizá la belleza de Miles tuviera la facilidad de obnubilarla y hacerle desear perderse en ella, pero la realidad que había en cada célula del cuerpo de Dylan...

Eso lograría hacerla perderse para siempre. Su cabeza, sus sueños y su corazón.

Y sabía que jamás se recuperaría.

Estaría más a salvo siguiendo interesada en Miles. Mucho más. Un amor imposible. Un amor platónico y lejano.

Lo único que podría tener una chica fea e insulsa como ella.

Y con Dylan... con él siempre le quedaría la amistad.

CAPÍTULO 1

En la actualidad.

*«Bienvenidos a Gold River.
925 habitantes».*

Aquel viejo y conocido cartel le dio la bienvenida al que en otro tiempo había sido su hogar. Hacía años que se había marchado, ocho para ser exactos, justo después de volver a casa tras la universidad. Se había licenciado en Bellas Artes y, a pesar de no ser la carrera con más salidas del mundo, había tenido la suerte de trabajar en el departamento de publicidad de diferentes empresas hasta que había encontrado su puesto actual. Un puesto como directora de marketing en una empresa de productos deportivos: *Sporting Dreams S.A.* Había regresado a casa tras la noticia de la muerte de su abuela, *Kassandra Summers*, la mujer que la había criado desde que sus padres habían decidido que la responsabilidad de ocuparse de una niña pequeña era demasiado para ellos. Nunca los había visto más de tres o cuatro veces en el año, habían sido aventureros, viajaban y disfrutaban de la vida, le escribían postales y le enviaban regalos desde lejos. Se acordaban de ella y la querían, a su manera.

Kassandra había sido el pilar, su sostén, la que se había desvelado para que su nieta fuera feliz. No podía hacer como si su pérdida no importara. A pesar de que hacía tiempo que no la visitaba, la mujer había pasado largas temporadas en su casa en la ciudad y había apoyado su carrera de todas las maneras en las que había sabido.

Se arrepintió de no haberse tomado las vacaciones que le debían mucho antes, para haber disfrutado otra vez de aquel pueblo, pero lo que no había hecho, ya no podía cambiarlo, así que no planeaba castigarse por aquel error.

Frenó de golpe cuando estuvo a punto de atropellar a un perro que atravesó por sorpresa la calzada. Los frenos chirriaron y pudo oler la goma quemada en el asfalto. Su respiración se agitó y el corazón le latía acelerado.

Se bajó a toda prisa, desatándose el cinturón de seguridad y observó al animalillo que le ladraba como si le fuera la vida en ello. Era diminuto, el típico perro de chica repipi. Buscó a su dueña en los alrededores y le sorprendió no ver a nadie. Atrapó al bicho y lo miró arrugando la nariz.

—Si me muerdes te piso la cola, ¿entendido?

El perro le gruñía, pero el efecto pasó desapercibido debido a los intensos temblores.

—Dios, no te hagas pis encima de mí. Voy a encontrar a tu dueño o dueña, sea quién sea.

Estiró una vieja toalla que llevaba siempre en el coche y la puso sobre el asiento del copiloto de cualquier manera, después posó a la diminuta criatura allí.

—No me mires así, te estoy salvando el pellejo.

El perrillo gimió, como si lo hubiera regañado. Se sintió mal, nunca había sido una persona dura. Tanteando le tocó la cabecita, tratando de ser cariñosa.

—Vale, vale. Tregua. No te pongas nervioso, vamos a llevarnos bien. Prometo que voy a encontrar a tu dueña.

Rebuscó en su cuello a la caza de alguna placa identificativa, pero no encontró ninguna. Suspiró, no esperaba hacerlo. Era posible que algún desalmado lo hubiera tirado por la ventanilla abierta de algún coche en marcha. La gente era incapaz de asumir sus responsabilidades. Si te hacías con una mascota, era tu obligación y deber moral protegerla, alimentarla y cuidar lo mejor que pudieras de ella.

Siguió recto, por una de las carreteras que daban acceso al pueblo, pensando en el mejor modo de proceder y supuso que si alguien había puesto una denuncia por desaparición, lo habría hecho en la comisaría.

Un temblor recorrió su cuerpo, haciendo que la boca se le quedara repentinamente seca. La comisaría y el cuartel de bomberos compartían edificio, era lo que tenían los pueblos pequeños como aquel, poco espacio para organismos públicos. Casi todo eran tiendecitas y diminutos poblados turísticos.

Se preguntó si por una vez en la vida tendría la fortuna de entrar y salir sin tropezarse con algún viejo conocido, al que le daba miedo volver a ver. No había sido una gran amiga en los últimos ocho años. Después de aquel feo enfrentamiento con Dylan, que los había llevado a tomar caminos opuestos.

Pensó en que parte del motivo por el que nunca sacaba tiempo para volver a Gold River, era precisamente aquel, que no quería tropezarse con la parejita feliz. Suspiró y enfiló hacia la explanada de cemento que hacía las veces de aparcamiento, dirigió una mirada severa al perrillo, con intención de aleccionarlo, pero finalmente con un suspiro, lo agarró con toda la delicadeza que pudo, rezando para que su traje negro no se llenara de pelos y se tomó un instante para darse valor.

Seguramente, Dylan McIntire estaría muy, pero que muy lejos de allí hoy. Tenía que estarlo.

Sus tacones de cinco centímetros repiquetearon por la dura superficie mientras caminaba decidida hacia el despacho del jefe de policía. Arengándose en silencio

para lograr la suficiente dosis de valor, se dijo que conocía a Miles desde hacía muchísimo tiempo y sabía que él ni siquiera la recordaría. En aquel entonces, había pasado desapercibida para todos.

No era que hoy fuera una belleza, había que ser sinceros. Uno era lo que era, pero había ganado confianza en sí misma y una gran reputación como publicista. Eso nunca estaba de más, ¿verdad? Solo iba a estar allí el tiempo suficiente, como para recoger los recuerdos más importantes de su abuela, adecentarla la casa y ponerla en venta. No quería saber nada de Gold River. El lugar en el que había encontrado y perdido a su primer amor y que le había destrozado el corazón.

Empujó la puerta de cristal, pero no se movió ni un milímetro. Miró el cartelito de «Vuelvo en cinco minutos» escrito a mano, que se burlaba cruelmente de ella.

—Vamos, no me jodas —gruñó en voz baja, mientras su compañero se acurrucaba en sus brazos, como si hubiera decidido empezar a confiar en ella.

Le pasó la mano izquierda por el pelaje suave, no debía llevar mucho tiempo perdido. Estaba limpio y también hidratado, gracias a Dios.

No era una chica de mascotas, para nada, pero la reconfortó el liviano peso.

—¿Puedo ayudarla?

Esa voz...

No, no iba a ser su día de suerte.

Forzó una sonrisa que esperaba pareciera sincera en su rostro y se giró. Lo miró y el impacto casi la dejó sin habla. No era un hombre guapo para los estándares de Hollywood, pero a ella le congelaba el aliento y lograba que su corazón latiera mucho más rápido.

Era enorme, si ya era alto en su adolescencia, ahora parecía una gigante mole. Era fuerte, las mangas de la camiseta se adherían a sus gruesos brazos y a su velludo pecho, no estaba marcado al modo de un culturista, pero no tenía ni un gramo de grasa en ese espléndido cuerpo. Era pura fuerza animal, capaz de levantar un camión con sus manos desnudas.

Quizá no tanto.

Su mirada seguía siendo intensa, aunque no había ni una pizca de diversión en su gesto. Tan solo dureza y quizá, algo de tristeza o melancolía.

—Dylan —pronunció cuando logró reunir el suficiente valor—, cuánto tiempo.

La única muestra que dio el hombre de sorpresa fue la ligera separación de sus labios entreabiertos y el suspiro que contuvo, porque no era algo típico de macho, como él solía decir antaño.

El pensamiento la hizo sonreír. Extendió su mano y sintió la calidez de la enorme de él cuando se la estrechó.

—Me alegro mucho de verte —le dijo con sinceridad.

—Juls —el amago de una sonrisa y aquel viejo apelativo que hacía años que no escuchaba—. Mucho tiempo, es cierto. ¿Qué te trae de vuelta a Gold River?

—Mi abuela ha muerto —le recordó. Era consciente de que él lo sabía, porque Cassandra no había dejado de invitarle a comer de vez en cuando y él no había dejado de cuidarla. Había sido como un segundo nieto para ella. Los dos la habían querido mucho, si no otra cosa, al menos seguían teniendo eso en común—. Al parecer tengo que ocuparme de sus pertenencias.

Su voz sonó estrangulada. No importaba que hubiera tratado de reconciliarse con la idea de que ya nunca más la vería, el dolor seguía allí. Como el instante en el que, estando en medio de la presentación de una importante campaña, la habían llamado y le habían dado la triste noticia.

—Lo siento mucho, Juls. Era una gran mujer, yo también la echo de menos.

Vio en su pose el amago de atraerla a sus brazos, como hubiera hecho en el pasado, pero soltó su mano y dio un paso atrás. Poniendo una distancia prudencial entre ambos.

—Gracias, sé cuánto la querías tú también. No paraba de hablarme de ti —evadió sus ojos mientras preguntó—. ¿Qué tal Samy?

Un músculo palpitó en la mandíbula de Dylan mientras la miraba. No parecía querer ocultarle nada, tan solo se sentía furioso.

—Nos hemos divorciado.

—Lo siento mucho, Dylan. No lo sabía.

—No lo sientas. Yo no lo hago —soltó, señaló al perrillo y preguntó—. ¿Desde cuándo te gustan esos chuchos?

Julieta tuvo que meditar la pregunta, porque mil pensamientos regresaron en tromba a su mente y su corazón. La agridulce despedida, el corazón destrozado, la lejanía que se había impuesto entre los dos, desde que él había decidido dar el paso de invitar a salir a su mejor amiga.

Una mejor amiga que hoy sabía, ni siquiera había sido una de las malas. La había utilizado desde el principio, se había burlado de ella y la había traicionado una y otra vez. Había seducido a Miles cuando supo que a ella le interesaba y después, tras darse cuenta de lo que sentía por Dylan, lo había arrastrado a una aventura que había acabado en matrimonio. Todo porque Julieta había sido lo suficientemente ingenua como para confesar que sospechaba que estaba enamorada de verdad del que hasta entonces había sido su mejor amigo.

Muchas veces se había preguntado el porqué. Samantha lo había tenido todo. Belleza, inteligencia, don de gentes; ella solo tenía a Dylan.

Su supuesta mejor amiga se lo había arrebatado y lo había vuelto en su contra.

Desterró el triste pensamiento de su mente. Había pasado mucho de aquello y ya

no importaba. Recordaría la belleza de la amistad que habían compartido en el pasado y olvidaría lo demás; muy pronto estaría lejos de Gold River para siempre.

—Por eso he venido a ver a Miles —hizo un gesto hacia la oficina—. Quería preguntar si ha habido alguna denuncia de desaparición de un bicho feo con patas —sonrió bromista y volvió a acariciarle las orejas al perrillo—, parece que hemos firmado un pacto. Ya no me ladra. Lo he encontrado en la carretera al entrar en el pueblo.

Dylan revisó el cuello del animal en busca de algún tipo de identificación en el collar, al no encontrarlo palpó diversas zonas del diminuto cuerpecillo buscando algo.

—Acompáñame, vamos a buscar su chip. Es posible que nos diga quién es su dueño o dueña.

—Claro. —La posibilidad de perderlo le dolió. ¿Por qué? Acababa de encontrarlo. ¿Ya se había encariñado? Qué tonta.

—¿Y qué tal va todo por la gran ciudad? ¿Ya te has casado con ese tipo con el que salías?

¿Sabía eso? Lo de Roger... mejor no entrar ahí. Otro que la había considerado idiota y se había aprovechado de su buena disposición. Lo había enfrentado, le había preguntado sus motivos para jugar con ella de esa manera y él, de manera cruel, le había dicho que era demasiado fea y que había tenido que cerrar los ojos para follar con ella, pero que había merecido la pena, solo por el ascenso que había logrado en la empresa, tras robar una de sus últimas ideas.

Seguía siendo una tonta ingenua y esperaba que Dylan nunca lo supiera. Ese era su único pecado y tendría que aprender a vivir con él. Roger la había utilizado, como todos los hombres de su vida, estaba mejor sin ellos.

—Eso se acabó. Estoy centrada en mi carrera profesional y no tengo tiempo para relaciones.

Dylan se detuvo de golpe y estuvo a punto de tropezar con él. La miró con intensidad, buscando algo en su rostro que esperaba no estuviera allí. Dolor. Él la había conocido demasiado bien en otro tiempo, pero ahora era adulta y una mujer diferente.

No encontraría nada más que profesionalidad y entereza.

—No te merecía —dijo sin más consiguiendo sorprenderla, para continuar su camino un instante después.

Se acercó a una enorme mesa con un ordenador y una montaña de papeles y abrió el cajón superior. Atrapó al perrillo sin nombre y le pasó el detector por el cuello y el lomo buscando.

Negó.

—¿Qué pasa? —se interesó Julieta.

—No has tenido suerte, Juls. Sea de quién sea, no hay opciones de descubrir su identidad. Quizá ni siquiera esté vacunado —agregó con cierta preocupación—. Puedo decirle a Miles cuando vuelva que lo lleve a la perrera, a no ser que quieras esperar a verlo tú y hablar con él de los viejos tiempos.

—¿Por qué iba a querer ver a Miles? —preguntó incrédula, quizá un poco enfadada. Alzó la mano y negó—. No, no digas nada, porque me vas a cabrear, lo sé. Y no tengo ganas —recuperó al animalillo—. No lo voy a dejar en la perrera, Dylan, lo llevaré al veterinario y me ocuparé de él. ¿Max sigue donde siempre? —se interesó, luego pensó que no importaba, porque podría buscarlo en la guía. Su *smarthphone* tenía una conexión estupenda, incluso en aquel pueblecito perdido de la mano de Dios.

El hombre la miró, no sonrió, pero en sus ojos sí hubo un reflejo de la satisfacción que sentía. ¿Por qué exactamente? ¿Porque no iba a quedarse a ver a Miles o por quedarse con el pobre y abandonado perro?

—Me alegro —dijo Dylan con diversión—. Miles ha encontrado el amor y no creo que seas su tipo —añadió mirándola de arriba abajo y descartándola—. Y sí, Max sigue en el mismo lugar que antes que él ocuparon su padre, su abuelo, su bisabuelo...

Sintió una puñalada de dolor. Así que no era del tipo de Miles, ¿eh? Pues él se lo perdía. Además, Dylan no era quién para evaluar su aspecto, tampoco era ningún guaperas.

¡Engreído! El hecho de que hubiera conquistado a la más... la más zorra del colegio no lo convertía en ningún experto.

Se estiró con decisión, decidida a no permitirle ver lo mucho que la habían afectado sus palabras. Adoptó su pose distante y una sonrisa artificial y se despidió de él sin grandes ceremonias.

—Me alegro de volver a verte, Dylan. Tengo mucho que hacer.

Se dio media vuelta y salió de allí, con frialdad profesional, sintiendo el dolor con cada paso, pero obligándose a mantenerse fuerte. Podía hacer aquello, podía ignorar a los hombres.

No iba a ser la primera vez.

Había perdido a Dylan ocho años atrás y no pensaba recuperarlo.

Terminaría con lo que había ido a hacer a Gold River y regresaría a casa, donde estaría a salvo por fin y para siempre.

CAPÍTULO 2

Dylan observó cómo se alejaba una vez más de su vida la única mujer que había merecido realmente su amor y a la que había traicionado vilmente.

En otro tiempo se había autoproclamado su protector, había cuidado de ella lo mejor que había podido, como si se tratara de su hermanita pequeña. Hasta le había dicho que algún día se casaría con ella.

Cada vez que había corrido a él llorando, la había abrazado y le había prometido que todo saldría bien. Hasta aquel aciago día, ocho años atrás.

Dylan cerró los ojos y contuvo el puñetazo que deseaba darle a la pared hasta machacarse a sí mismo. Había sido un estúpido, un completo y total idiota. Había dejado que las cosas fueran demasiado lejos con ella, había tratado de resistir la tentación, pero al final no había podido.

Cuando Julieta se había entregado a él, la había aceptado de buen grado, porque una pequeña parte de sí no solo la quería como la hermanita que siempre había sido, sino que la deseaba. Quería ser el primero, quería ser el único, besarla, poseerla, entrar en su interior y perderse para siempre en aquella boca y aquel corazón sincero. Julieta, su pequeña Juls, lo había querido de verdad y él... había sido el cabrón que la había utilizado para terminar casándose con su mejor amiga después.

Todavía recordaba las lágrimas y el dolor de aquel bonito rostro, sus súplicas, cuando le pedía por favor que no la abandonara, cuando le preguntaba por qué le había hecho aquello, por qué había participado en aquel juego para burlarse de ella.

No había jugado a nada, a pesar de que su exmujer le hubiera hecho creer aquello. Pero claro, Samantha era demasiado perfecta para permitir que su hombre se fijara en otra. Y más, si esa otra era Julieta Summers, la fea de la clase.

No había sido fea y Dios bien sabía que no lo era ahora. Nada más verla, su cuerpo había vuelto a la vida. Su aroma se había pegado a su nariz, inundando todo lo que era y haciendo que deseara sumergirse en ella, embeberse de su fragancia y volver a sentir la suavidad de su cuerpo entre sus brazos.

Era pequeña para él, media poco más de metro sesenta y aunque sabía que siempre se había considerado gorda, solo iba a necesitar un brazo para levantarla sin esfuerzo. Había cambiado desde la última vez que la había visto. Llevaba un corte de pelo diferente y se lo había teñido de rojo, aquel traje negro que se pegaba específicamente en las partes más bonitas de su cuerpo, lo hacía desear desnudarla, verla de nuevo. Volver a conocer a aquella chica que había conseguido meterse bajo su piel y hacerle desear bajar la luna para ella.

La había echado tanto de menos...

Había sido un idiota cuando dejó que Samy lo manejara como había hecho. Siempre le había dicho que debía estar agradecido de que alguien tan perfecto como ella, se fijara en alguien tan imperfecto como él. Solo habían estado un año casados, pero había sido suficiente para descubrir la arpía que era. Mala, engañosa y peligrosa. Se habían divorciado poco después de descubrirla en su cama no con un tipo, sino con dos.

Al parecer él no era lo suficiente hombre para ella. Y hecho el daño... podía pasar a su siguiente víctima.

Le hubiera gustado decirle aquello a Juls, explicarle que había sido un joven estúpido que se había dejado enredar en una bien tejida red, pero eso ya no iba a cambiar nada.

Eran tan diferentes como el agua y el aceite. No podrían mezclarse como habrían podido hacerlo tiempo atrás. Ese tren ya había pasado y le dolía mucho pensar en ello.

La había querido sinceramente. A la niña que lo necesitaba y corría a él, como si fuera *superman* y pudiera conseguir casi cualquier cosa que ella necesitara. A la joven que le había entregado su tierno corazón y aquellos besos inexpertos junto a la confianza plena; y a la mujer, la mujer que le había hecho el regalo más preciado que jamás le había hecho nadie y no había sido su virginidad o su cuerpo, sino todo lo que era. Se había entregado a él en cuerpo y alma y no le había pedido nada a cambio.

No se había merecido aquel regalo.

Aún se sentía culpable, tantos años después, por aquella aciaga noche.

—¿Ha habido alguna crisis en mi ausencia? —preguntó Miles a su espalda, sacándolo de sus pensamientos. ¿Podía decirle que Julieta había vuelto? Ella pensaría que Miles no la recordaba, pero él le había hablado tanto de ella que sabía exactamente quién era y lo que significaba para él.

—Un perro perdido.

—¿Otro? —El gesto del policía se oscureció. Era un fiel defensor de los derechos de los animales y solía ocuparse de cosas tan importantes como la recaudación de fondos para la perrera y ayudas para la adopción de las mascotas sin hogar—. ¿Dónde me lo has dejado? Me ocuparé.

—En realidad la persona que lo encontró ha decidido quedárselo. No tenía chip.

—¿Has avisado a Max? —inquirió su amigo.

—Todavía no, pero Juls sabe muy bien a quién acudir —murmuró y repentinamente frunció el ceño.

Max Rodríguez era un hombre demasiado guapo, un picaflor, un mujeriego. La pobre Juls no tendría nada que hacer si deseaba ligar con ella. Caería rendida a sus

pies. No podía permitir eso. Era dulce e ingenua, la machacaría cuando la engañara con otra.

—¿Te preocupa algo, Dylan? —le preguntó Miles.

—Tengo que salir, ¿puedes quedarte al mando hasta que vuelvan los chicos? — Habían salido a rescatar a una ancianita que había decidido podar ella sola el enorme manzano que llevaba un par de siglos plantado en el jardín de su casa. Y no había sido capaz de bajar.

—Claro. Sabes que sí. Pero, ¿qué pasa? Estoy empezando a preocuparme — añadió el policía.

—Juls. Julieta. ¿Recuerdas? Es la persona que ha traído el perrillo y la que va a ver a Max.

El gesto de su amigo fue tornándose de preocupado en divertido, hasta que formó una brillante sonrisa.

—Así que Julieta, ¿eh? Tu chica.

—En realidad, nunca ha sido oficialmente mi chica.

La oscuridad se posó en el gesto de Miles de nuevo.

—Por culpa de Samantha —había una seriedad salvaje en su voz—. Esa zorra.

—No deberías hablar así de ella —empezó diciendo, como había hecho un millón de veces antes. Aunque sabía que su amigo tenía sobradas razones para decir eso y mucho más. Había intentado destrozarle la vida cuando había descubierto su secreto mejor guardado. Había tenido problemas con el trabajo y el pueblo había tardado bastante tiempo en perdonarlo por su pequeño «defecto». A veces se preguntaba por qué se había quedado allí y no había hecho las maletas y dejado atrás Gold River y sus cotilleos.

—Me da igual, Dylan. Los dos sabemos que es una zorra, en toda la amplitud de la palabra. —Lo miró, descartando el tema casi tan rápido como había salido—. ¿Vas a invitar a salir a tu Juls?

—No es mi Juls. Fue mi mejor amiga y ahora tengo que salvarla de Max.

—Quizá no quiere que la salves.

—Pero tengo que hacerlo. Yo era algo así como su protector, sé que no lo recuerdas, porque eras un auténtico panoli en aquella época, tío, pero era todo lo que tenía. Sus padres vivían su vida, nunca se preocuparon por ella, Kassandra y yo la cuidamos.

—Su muerte debe de haber sido un golpe tremendo para ella. Me gustaría darle el pésame. ¿Cuándo es el entierro?

—La han incinerado, había dejado instrucciones al respecto. Creo que eso hace las cosas un poco más fáciles para todos. No sé qué va a hacer Juls con las cenizas.

—¿Va a ir a recogerlas ella sola?

No debería, Dylan lo sabía. Era muy duro despedirse de la persona a la que más querías en la vida. Cuando sus padres habían muerto en aquel accidente y él había sobrevivido por avatares del destino, se había sentido perdido y solo. Gracias al cuerpo de bomberos y Jake, el jefe ahora jubilado, había logrado salir adelante y convertirse en el hombre que era hoy.

No había tenido una vida fácil tampoco, pero sí había sido muy querido.

—Tengo que acompañarla. No me ha dicho nada. Parece tan... eficiente —dijo como si fuera un insulto. No quería hacerlo, insultarla, ya había recibido suficiente de eso allí, pero no había reconocido a la niña en la mujer. No sabía si seguía allí, tras esa máscara, o en realidad había cambiado tanto.

—Eso no es malo, Dylan.

—Oh, créeme, lo es. Era la chica más cariñosa, amable y risueña que hayas visto nunca. No tenía muchos amigos, pero nos defendía con fiereza. Nos quería de verdad. La he añorado muchísimo estos años.

—Ahora pareces una chica —se burló Miles, divertido. Le pegó un codazo amistoso, pero ni lo sintió.

No tenía fuerza suficiente para él.

—No entenderías ni un millón de años lo que quiero decir, capullo —gruñó incómodo. No era dado a sentimentalismos, pero había gente por la que merecía la pena parecer un poquito vulnerable.

—¿Por qué no te vas y la encuentras mientras yo vigilo el fuerte? Prometo no contarle nada a nadie de lo que me has dicho.

—Prometo no romperte la cara mientras mantengas esa boca tuya cerrada —advirtió mostrándole el enorme puño cerrado.

Miles se rio.

—Vale, vale —alzó ambas manos como si estuviera calmando a una fiera—, voy a comportarme. Ve a por tu Juls y vuelve preparado para contarme todo.

—Nenaza...

El policía se rio.

—No sabes cuánto.

Y Dylan no pudo evitar reír con él. Quién hubiera dicho, hacía tanto tiempo, que ellos dos pudieran ser tan amigos.

Él no, pero a veces el destino tenía un extraño sentido del humor.

CAPÍTULO 3

La consulta de Max, el veterinario más sexy de todo Gold River, estaba hasta arriba de mujeres con distintos tipos de mascotas, a cada cual más peripuesta que la anterior.

Se preguntó si el cambio que había hecho de ropa era adecuado o no. Sus viejos vaqueros y una camiseta amplia de *Star Wars*, junto con sus sandalias planas favoritas. Sabía que no iba elegante y que, ante los modelitos del resto de visitantes, pasaba inmediatamente desapercibida, pero al parecer no lo bastante para Arizona Snow. Pediatra de profesión y vieja compañera de clase.

—¡No me lo puedo creer! ¿Julieta Summers? ¿En serio? —Se acercó a ella y le dio un fuerte abrazo, el pequeño trasportín con un peludo gato blanco dentro quedó esperando en el suelo a su lado, junto a una preciosa adolescente—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Ocho? ¿Diez años?

No habían sido grandes amigas, pero sí la había salvado de la humillación cuando su exmejor amiga había tratado de exponerla delante de todos los demás. Arizona la había apoyado desde el primer momento. Entonces ya estaba casada con Warren, bastante mayor que ella, y tenían una preciosa hija. Nunca hubiera esperado que la achuchara y la apoyara, pero allí había estado, la había invitado a dormir a su casa y le había ofrecido un hombro para llorar.

Nunca podría agradecerle suficiente lo que había hecho entonces por ella, cuando su mundo se deshizo y Dylan, su héroe y el dueño de su corazón, la había destrozado y abandonado poco después.

—Me alegro muchísimo de verte, Arizona —la abrazó, el perrito permaneció temblando en sus brazos—. Tengo que cuidar de este chiquitín, lo encontré abandonado.

Arizona acarició al animal con cariño y le hizo un gesto a la preciosa joven que estaba a su lado.

—Rosie. Ven, cariño, quiero que conozcas a alguien.

—¿Es tu hija? ¿En serio? —Julieta observó a la adolescente con sorpresa. Arizona se había quedado embarazada muy joven. No sabía exactamente cuántos años tenía entonces, pero pocos. Quince, dieciséis quizá, y tampoco había contado con mucho apoyo entre la gente del instituto. No recordaba muy bien aquella época, había estado en otro grupo de gente por entonces, pero sí había tratado de ayudarla como mejor había podido. Sin hablar pestes de ella o insultarla—. Recuerdo cuando Rosie

solo tenía cinco o seis años. —Se dirigió a la joven—. Me alegra mucho verte otra vez —le dio un rápido abrazo y la chica se rio.

—Gracias. Mamá, me acuerdo de Julieta. Me encantaba tu nombre cuando era pequeña. —Recogió a su gato y observó a su progenitora—. Quédate fuera si quieres, mamá. Ya entro yo a llevarle la gata a Max.

—Está bien, Rosie —aceptó. Después, enlazó su brazo con el de Julieta para llevarla a un par de sillas vacías, lejos de las cotillas que parecían mirarla sin contención, probablemente especulando sobre el motivo real de su visita allí. ¿Sería competencia para ellas?—. Ignóralas. Hoy eres la novedad, pero se les pasará pronto.

—No me acostumbro a Gold River, todo el mundo tiene algo que decir sobre las vidas de los demás —negó y suspiró. Sonrió a su vieja amiga—. Perdona que no haya vuelto a llamarte en todo este tiempo. Mi vida ha sido un poco caótica. Trabajo, trabajo y más trabajo.

—¿No te has casado? Kassandra comentó que tenías una pareja seria.

—No salió bien. —Se encogió de hombros—. Como digo, trabajo demasiado y se hartó.

—Entonces es que no era el hombre adecuado, ¿verdad?

—¿Cómo está Warren?

El gesto de Arizona se suavizó y le devolvió una sincera sonrisa.

—Hoy cuidando de nuestra hija pequeña. Está bien, el trabajo va estupendamente y no podría ser un hombre más bueno. Soy feliz, Julieta. He tenido suerte.

—Me alegra escuchar eso, porque nadie merece la felicidad más que tú. Recuerdo que te hicieron pasarlo muy mal hace años y no te lo merecías.

Se encogió de hombros, como si aquello ya no le importara.

—Los adolescentes son crueles, se ensañan con el más débil.

Julieta estaba de acuerdo con eso, le sorprendió que su interlocutora hubiera logrado pasar página con tanta facilidad, a ella seguía costándole. Especialmente hoy, de vuelta al lugar en el que todo había sucedido. Le dolían las miradas, los cuchicheos y no podía dejar de preguntarse si estarían recordando cómo se había arrastrado frente a Dylan, cómo había suplicado y cómo se habían burlado todos ellos de ella.

Mantuvo la sonrisa en su cara, pero el dolor seguía en carne viva por dentro.

—Eso es una gran verdad.

—Por cierto, siento mucho lo de tu abuela. Kassandra era una mujer sensacional —dijo con tristeza y cariño sinceros—. Era muy querida aquí.

—Era la mejor, gracias.

—Si hay algo que yo pueda hacer para ayudar... —empezó, después pareció pensar en algo—. Ven a cenar con nosotros. Warren asará algo de carne en la

barbacoa y puedo hacer una ensalada estupenda. Así conoces a mi hija pequeña y nos podemos poner al día.

—No sé... no quiero molestar. Tengo mucho que hacer y...

—¿Te vas a quedar en casa de Cassandra?

—Sí. Tengo que organizar un montón de recuerdos y papeles. Ya sabes. Tengo un mes de vacaciones que hay que aprovechar, después tengo que volver a la vida real.

—¿Has pensado alguna vez en volver y vivir aquí?

—¿En Gold River? —inquirió incrédula—. No.

—Supongo que lo que funciona para unos, no lo hace para otros. Es una pena, me encantaría tenerte cerca.

—No quiero ofenderte con lo que he dicho, he sido muy poco sensible, perdóname.

La mujer le dio un leve apretón en la mano y sonrió.

—Estaré bien, recuerdo lo duro que fue para ti entonces, pero no olvides que también hay gente buena. Sé que ahora no lo recuerdas, porque fueron años difíciles para nosotros, pero confía en mí, los hay. —Cuando la puerta de la consulta se abrió de nuevo, Arizona se levantó para reunirse con su hija, no sin antes recordarle su invitación—. Ven a cenar, te espero esta noche a las ocho.

—Allí estaré —contestó Julieta tras meditarlo un instante. ¿Por qué no? Quedarse sola hoy, solo le serviría para lamentarse por todo lo que había perdido y por lo que jamás había tenido—. Hasta luego.

Las observó salir un instante antes de que la auxiliar la llamara. Entró en la consulta con una sonrisa, recordando al tipo que la regentaba. Tenía unos cuantos años más que ella, quizá cinco o seis y siempre había sido un consumado ligón.

Del tipo que había que mantener lejos si pretendías una relación estable o cerca si solo querías un revolcón. ¿Y si rememoraba a lo grande los viejos días y olvidaba el dolor?

—Julieta Summers, encantado de volver a verte.

Seducor y demasiado atractivo para ella.

—Hola Max.

Cerró la puerta de la consulta y el rife rafe comenzó.

CAPÍTULO 4

Dylan estaba sentado en su todoterreno observando ceñudo la puerta de entrada del edificio, preguntándose el motivo de su presencia allí. ¿Realmente le preocupaba que Max se aprovechara de Juls o eran solo verdes y retorcidos celos? No tenía ningún derecho a vigilarla o interferir en su vida. Nunca lo había tenido en su papel de amigo y mucho menos hoy, en su papel de... de... ¿de qué? ¿Qué eran ellos dos después de todo lo que habían vivido juntos? ¿Viejos conocidos?

Aferró el volante con fuerza y trató de convencerse de que su presencia allí no solo era innecesaria, sino que podría resultar malinterpretada. ¿Y si pensaba que la estaba acosando? Tenía que buscar una excusa y hacerlo pronto. Antes de que saliera y lo viera allí con gesto casi homicida.

Max seguramente no trataría de ligar con ella. ¿Por qué iba a hacerlo ahora si en el pasado la había ignorado? Como todos los demás, pero quién sabía, quizá la nueva Juls, más adulta, conseguía llamar su atención. A él le parecía una mujer atractiva, dulce y suave por dentro y por fuera. Con una sonrisa sincera que hacía que se iluminara y la verdad siempre en sus labios. Tenía el corazón blando y no costaba hacerla llorar, aunque solía esperar a estar en la intimidad de su casa o en la de sus brazos.

Apoyó la frente contra el volante y casi gimió, casi. ¿Por qué lo había estropeado todo? Si hubiera tomado elecciones diferentes, su vida hoy sería otra historia. No viviría en un destartalado y solitario apartamento de alquiler, sino que habría formado una familia. Quizá tendría un par de niños y una mujer cariñosa a su lado. Un amor sincero y adulto que se basaría no solo en la gran atracción física que había existido entre ellos, sino en una alianza basada en la confianza, el respeto y la mutua compañía.

Aquello trascendía el amor. Era mucho más importante, más real. Más grande. Quizá no había estado loco por ella, como le había pasado con Samy, pero tenerla entre sus brazos tocó algo en su corazón que hizo que a sus ojos, surgiera una nueva luz y la bañara en ella. No había sido una niña en su cama, había sido una mujer que sabía lo que quería, a pesar de su inexperiencia. Había reído y gemido, había vibrado entre sus brazos y le había dado una paz que nunca más había vuelto a sentir ni con Samantha ni con ninguna otra mujer. Y había habido varias a lo largo de los años.

Puede que su cara no fuera perfecta, pero muchas se rendían ante el resto de sus encantos. Y tenía unos cuantos.

Juls no debería ser capaz de resistirse a él, ¿verdad? Y no tenía novio, ella misma

había dicho que había decidido volcarse en el trabajo. El tal Roger, otro idiota corto de miras pues la había dejado escapar, ya era historia.

Si le daba otra oportunidad, no perdería el tren. Esta vez no.

¿Acaso quería casarse de nuevo? ¡No! Pues claro que no, nadie iba a atraparlo en esa maraña desagradable otra vez, pero si...

Mejor dejar ese pensamiento peligroso a un lado. Julieta era una vieja amiga y más le valía recordarlo. La mantendría a salvo del donjuán hasta que se marchara y, cuando dejara Gold River atrás, procuraría no pensar en quién estaría haciéndole daño en la gran ciudad.

Recordó el día en que Kassandra le había hablado de Roger y de la ira que le inundó al pensar que ya era demasiado tarde. Muchas veces había deseado coger el coche y plantarse en su casa, aporrear su puerta y exigirle que volviera con él. Que se había equivocado y que por favor no lo dejara de lado. Que la necesitaba y la quería en su vida, aunque solo fuera como amiga.

Añoraba los tiempos en los que habían podido pelear como hermanos y abrazarse, reír y pincharse, jugar y contarse los más íntimos secretos.

Odiaba que todo aquello hubiera quedado atrás. Era injusto e innecesario, si solo hubiera sido un poquito más listo...

Unos golpes en la ventanilla lo hicieron salir de su estupor. Se incorporó en el asiento y la miró.

Se había cambiado de ropa, llevaba al chucho en brazos y lo miraba con genuina sorpresa. Parecía tan joven allí fuera, asándose bajo el sol abrasador del verano.

Bajó la ventanilla y se forzó a sonreír.

—¡Juls! No esperaba verte aquí.

Su amiga que no era nada tonta, arqueó una ceja sin creer ni por un momento sus palabras.

—Ya, claro. Te dije que vendría a ver a Max. ¿Por qué...?

—En serio, no te estoy siguiendo ni nada parecido. Tenía que enviar un paquete —forzó una sonrisa. Correos estaba al otro lado de la calle.

Julieta pareció dejar a un lado sus sospechas por el momento.

—Vaya. Espero que haya ido bien —comentó con aire casual—. ¿Por qué estabas durmiendo la siesta sobre el volante? ¿Te encuentras bien?

—No dormía la siesta —aseguró—, pensaba. Solo eso.

—¿En qué?

—En cómo encontrarte para invitarte a cenar esta noche y recordar viejos tiempos. Podríamos ir al *Bistro*. ¿Te interesa?

—Lo siento, Dylan. Ya tengo planes para esta noche —sonrió a modo de disculpa—. Quizá otro día.

—Podría acompañarte a recoger las cenizas de tu abuela.

El dolor apareció reflejado en el gesto de la mujer, haciendo que su propio corazón sangrara herido. Quería evitarle aquello, pero era algo que tendría que hacer. Darle su apoyo era su modo de demostrarle que seguía estando allí, para ella. Para ayudarla a librarse de todo su dolor.

—No quiero que te sientas obligado a hacerlo, Dylan. Soy una chica grande. Estaré bien.

—No es una obligación. Como dijiste antes, yo también quería a Cassandra. ¿Sabes ya qué harás con sus cenizas? —inquirió en tono suave, como si estuviera hablando con animalillo herido y cualquier palabra más fuerte lograra desestabilizar su frágil equilibrio emocional.

—Todavía no. Esperaba que alguien me dijera si había escogido... —se le rompió la voz, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Dylan se deshizo del cinturón de seguridad y abrió la puerta suavemente; salió, dejó el perrillo en el asiento del conductor de su propio coche y la atrapó antes de que pudiera escapar del confort de su abrazo. Si ella no lo necesitaba, él sí y no planeaba controlarse. La estrujó, sintiendo la firmeza de sus pechos contra su torso y teniendo que ahogar el deseo en algún lugar oscuro de su mente.

Contando ovejas o cualquier otra cosa. No era momento de lucir una tremenda erección. Necesitaba consuelo no sexo y menos del hombre que la había humillado en el pasado.

No directamente, pero sí por omisión.

Acarició su mejilla y observó de cerca las lágrimas que amenazaban con derramarse, lágrimas de dolor, de confusión y quizá de anhelo.

—Duele tanto saber que ya nunca más va a estar aquí. Contaba con ella.

—¿Tus padres van a venir a ayudarte con la casa?

Estaba pegada a él, así que sintió además de ver el gesto de negación que hizo con la cabeza.

—Dicen que puedo ocuparme yo, al fin y al cabo han renunciado a la herencia en mi beneficio —suspiró y Dylan sintió la ira nacer en su interior. Esos dos nunca habían mostrado un gramo de responsabilidad en el medio siglo que llevaban vivos, estaba claro que no iban a empezar a hacerlo ahora. Dejándola sola en el peor momento de su vida, cuando la mujer que realmente se había preocupado por ella había muerto, llevándose con ella la única compañía fiel con la que había podido contar desde que era una niña. El único nexo que tenía la mujer que tanto adoraba con aquel diminuto pueblo.

—Todo va a salir bien. Déjame acompañarte.

—No debería. No deberías estar abrazándome ni tan cerca de mí. No después

de... —se alejó de él, puso distancia entre los dos y metió las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros—. Es mejor que no nos veamos, Dylan. Ya no somos amigos.

—Da igual qué pase entre nosotros, Juls, siempre voy a estar aquí para ti.

Su gesto se volvió serio, quizá recordando otro momento en el que la había dejado sola, en el que no había acudido a su lado.

—He aprendido a sobrevivir sin ti —dijo como si no estuviera comentando nada importante, quizá el tiempo o algo irrelevante. Como si no estuviera atravesándole el corazón, a pesar de que mereciera esa estocada y muchas otras. Quizá, hasta su mismo desprecio.

—Pues yo no, Juls. Te quiero en mi vida. Fui un idiota, debería haber ido a buscarte hace mucho tiempo.

Julietta lo miró con un gesto vacío de expresión, estiró los brazos para recoger a su nueva mascota y negó.

—Hiciste bien en quedarte con ella, Dylan. No habría podido vivir junto a un hombre que me reprochara con cada mirada el tener que haberse quedado conmigo por compasión. Como dije, soy una chica grande, puedo arreglarme sin ti.

—Juls...

Ella compuso una sonrisa triste, pero trató de disimularla. Si no la hubiera conocido tan bien, probablemente se habría perdido el verdadero sentimiento que se ocultaba allí.

—Nos veremos pronto, Dylan. Conduce con cuidado, ¿vale?

Se dio media vuelta y lo dejó allí, mirando la manera en que sus pasos la llevaban una vez más lejos de él. Recordando aquel aciago día en el que su vida había cambiado para siempre, convirtiéndose en algo que no le desearía a nadie.

Un matrimonio desgraciado, una vida llena de soledad y remordimientos, el dolor de sentir que todo lo que te importaba en la vida había desaparecido de pronto. Se había recompuesto, se había volcado en su trabajo y en las citas ocasionales, pero a pesar de todo eso, seguía sintiendo un enorme vacío por dentro. Un agujero tan oscuro que necesitaba rellenarlo pronto o se perdería para siempre en la desesperada soledad.

Quería gritar por lo injusto de la vida y por las malas decisiones que había tomado en el pasado, pero había algo cierto, por más que quisiera borrarlo no podía, el tiempo podía haberlo difuminado con el paso de los años, pero nunca podría eliminarlo, era parte de su historia. La peor parte.

Pero al fin y al cabo era humano, ¿no? ¿Qué sentido tenía entonces renegar de ello? Sus errores lo habían convertido en el hombre que era hoy y lo que tenía que hacer si quería llegar a la vieja Juls, era ayudarla a conocer al adulto que había

ocupado el lugar de aquel chiquillo con las hormonas demasiado revueltas y un millón de pájaros en la cabeza.

La deseaba, la quería y la necesitaba. No iba a rendirse sin más, no estaba en su naturaleza.

Y aquella mujer, realmente merecía la pena.

CAPÍTULO 5

Nunca es fácil enfrentarse a la pérdida, sin importar cuál fuera la naturaleza de esta. Era algo que Julieta había aprendido muy bien, hacía muchos años. Aún así, era incapaz de dejar marchar el dolor que la estaba hiriendo tan profundamente.

Hoy no tenía que ver con el pasado, sino con su presente.

Su abuela lo había sido todo en su vida. Desde el momento en que siendo una niña, había esperado en aquel porche a que el coche que conducían sus padres desapareciera al final de la calle, alejándose de ella para siempre.

Sabía que no debía lamentarse por ello. No era que la hubieran abandonado a su suerte, Cassandra había sido más que capaz de darle una buena educación y ellos la habían llamado por teléfono de vez en cuando, entre viaje y viaje. También habían enviado dinero para ayudarlas a pagar las facturas. Se habían comportado como padres insensibles, sí, pero de alguna manera, quizá había sido la mejor forma de demostrarle lo mucho que la querían. Ofreciéndole una estabilidad que ellos no estaban capacitados para proporcionarle por sus propios medios.

Sacó el álbum familiar de una de las estanterías y se sentó sobre la alfombra de la sala para rememorar los viejos recuerdos. Dylan aparecía en casi todas las fotos, desde que ella era pequeña. Había sido la constante en su vida, un hermano mayor durante muchos años, un fiel y constante aliado, su habitual paño de lágrimas y su héroe.

Repasó con un dedo el rostro de aquel chico sintiendo la nostalgia que le producía el pasado. Entonces habían reído y ninguno de los dos habría imaginado nunca lo que pasaría después.

»Habríamos estado muy bien juntos, todo sería diferente ahora —murmuró sin perder de vista aquellos ojos brillantes que miraban divertidos a la cámara, mientras la estrujaba en un fiero abrazo. Ya había sido fuerte y alto entonces, a su lado había parecido una enanita, pero una muy feliz. No recordaba cuándo había sido la última vez que había reído tanto. Probablemente, porque habían pasado años desde entonces.

Una lágrima cayó sobre su mano, la tristeza manando profunda de su corazón. ¿Por qué la vida había decidido arrebatárselo todo?

Su nueva mascota recién vacunada y bañada se acercó un poco temblorosa y lamió su mano, como si de esa manera quisiera consolarla. Lo miró y no pudo evitar tomarlo entre sus brazos.

Los temblores cesaron y la canina lengua abandonó su boca para lamerle las

lágrimas de la cara.

Julieta hizo una mueca de disgusto, antes de poder evitarlo.

»Gracias por tu apoyo, pero no vuelvas a hacer eso, es realmente asqueroso. Y que conste que no tengo nada en contra de tu raza, pero hay cosas que simplemente no pueden ser.

Le acarició la cabeza y el animalito se acurrucó en su regazo, reconfortándola.

Quizá debería haber adoptado un perro hacía muchos años. Así habría conseguido la fidelidad de un hombre. Parecía ser la única forma de lograrlo.

Se rio, burlándose de sí misma. No iba a llorar, porque no merecía la pena. No cambiaría las cosas y había aprendido a la fuerza a levantarse después de tropezar, tuviera ganas de hacerlo o no.

Miró el reloj y vio que rápidamente se acercaba la hora de la cena, miró a su compañero y negó:

»No puedes venir conmigo, pero te quedarás en tu cama. Tienes agua y comida, no armes jaleo o nos mandarán a Miles. Los vecinos de mi abuela no son muy comprensivos con los chuchos maleducados —advirtió—. Pórtate bien —lo señaló con el dedo, para dar mayor énfasis a sus palabras y volvió a acariciarlo—. Volveré pronto. Solo voy a retomar una vieja amistad. Arizona me cae bien, sé que no sacará a relucir viejas penas. Esa mujer está hecha de pura roca, una luchadora y guapísima también. No como yo.

El perrillo ladró, Julieta lo miró con seriedad.

»No ladres o te corto el rabo —le rascó las orejas—. Volveré pronto, te lo prometo.

Colocó el álbum de vuelta a su lugar y cogió su bolso.

»No tardaré —aseguró a su nuevo acompañante—. Siéntete como en casa. Volveré pronto.

El animal la miró con la cabeza ladeada, gimiendo, pero se quedó donde lo había dejado.

Y su tonto corazón sintió un tirón al salir. Nunca nadie, a excepción de Cassandra, se había lamentado por su ausencia. Tener a alguien añorándola, incluso aunque no fuera humano, provocaba que todo su ser se estremeciera entre una mezcla de placer, añoranza y necesidad.

Pero los sueños de futuro que tuvo una vez, habían quedado opacados por el peso de la realidad.

Las mujeres como ella no estaban destinadas a tener ese final feliz de cuento, tenían que apañárselas para buscar una alternativa.

Y ella no planeaba quedarse a medias. Sería la mejor en su campo, seguiría ganando tanto como ahora, incluso más, y se compraría la mejor casa que jamás

hubiera soñado. Una casa que ya solo en sí misma sería capaz de hacer cada sueño realidad.

Incluso aunque la soledad de su dueña amenazara con aplastarla.
Sin amor, sin ilusión, sin nada.
Solo viva por inercia.

Dylan volvió a su puesto tan pronto como se separó de Juls, preguntándose si en algún momento la volvería a ver. Si podría volver a abrazarla, aunque solo fuera un momento, volver a sentirla junto a su pecho.

Quería correr a su lado y consolarla. Quería volver a probar sus labios, sentirla, demostrarle con su cuerpo, ya que no creía sus palabras, lo mucho que la necesitaba. Lo mucho que había soñado con el reencuentro.

La necesidad de ser perdonado por haber estado ciego en otro tiempo era tal que le escocía el corazón, haciéndole desear abandonarlo todo y correr hasta ella. Suplicarle, si era necesario.

—¿Lo tienes todo controlado? —preguntó Miles desde la puerta—. Tengo que salir a comprobar una denuncia por alteración del orden público.

—Todo. ¿Alteración del orden público? ¿Otra vez la señora Smith se ha quejado del gato del vecino orinando en sus flores o el perro del señor McBride está ladrando desesperado, porque han vuelto a dejarlo atado en el jardín trasero?

Miles lo miró imperturbable.

—En realidad es sobre tu ex. Alguien ha interrumpido algún tipo de encuentro emmm... íntimo, en un lugar bastante público.

Dylan cerró los ojos y apretó los puños. Nunca se vería libre de Samantha. Era su cruz y tendría que cargar con aquel viejo error para siempre.

—No lo hace a propósito —se forzó a disculparla—. Es algo que no puede evitar.

—Está en el parque con varios hombres, Dylan. Lo siento, pero si la denuncia es cierta, tendré que encerrarlos a todos ellos. Tu exmujer incluida. —Lo miró ceñudo, negando—. No puedes protegerla eternamente. Debería estar recluida en una institución mental, allí podrían ayudarla con su adicción. No eres responsable de sus actos.

—Siempre seré un poco responsable, al fin y al cabo estuve casado con ella.

—Todos tenemos derecho a equivocarnos, Dylan. Nadie espera que sigas cargando con la responsabilidad de cuidar de ella. Como dije antes, es una zorra, y se tiene bien merecido lo que le pase.

Había un filo salvaje en la voz del policía, no parecía dispuesto a hacer la vista gorda esta vez y Dylan entendía perfectamente el porqué, pero ¿cómo podía darle él la espalda? ¿Ignorar el problema en el que, de nuevo, se había metido? ¿Quién acudiría a su rescate si él no lo hacía?

—Si la denuncia es verídica, avísame. Veré lo que puedo hacer. Hay una clínica especializada en adicciones a cuarenta kilómetros de aquí. Hablé con ellos hace un tiempo y podrían admitirla, siempre que ella esté de acuerdo.

Miles sonrió complacido. Asintió.

—Estará de acuerdo, de lo contrario pasará la noche en el calabozo y pagará una cuantiosa multa.

Lo que su amigo no dijo fue que, en última instancia, sería el bolsillo de Dylan del que saliera el dinero. El juez le había obligado a pasarle una pensión de manutención hasta que se casara de nuevo. Ella no trabajaba y no parecía interesada en hacerlo alguna vez, a pesar de que él se había esforzado en buscarle oportunidades de empleo en los diversos establecimientos del pueblo.

Era su grano en el culo y no estaba seguro de que pudiera librarse alguna vez de ella.

—¿Puedes hacerme un favor, Miles?

El policía asintió, mientras abría la puerta de su coche patrulla.

—Lo que sea.

—No le digas que fue idea mía.

Miles tocó su gorra en conformidad e hizo una pequeña inclinación de cabeza.

—Lo arreglaré. No olvides apagar las luces cuando termines, la alcaldesa Higgins nos crucificará si lo haces. La última vez casi tuvieron que sedarla —bromeó entrando en el coche, dio marcha atrás y abandonó la central, dejando a Dylan perdido en sus pensamientos.

La vida nunca le había puesto las cosas fáciles, pero era un luchador. Tenía buenos amigos, tenía un trabajo que adoraba y luego estaba Jake, su guía, padre y protector. Quizá lo que necesitaba era hablar de corazón a corazón con el único hombre que lo comprendía. El único capaz de darle un buen rechazazo cuando lo merecía o elogiar sus progresos.

Quizá supiera cuál era la mejor forma de proceder con Juls, quizá hasta con su exmujer. Puede que la solución a todos sus problemas estuviera al alcance de su mano, solo que estaba demasiado ciego para verla.

Apagó el ordenador y revisó la lista del turno de guardia. Los chicos estaban en la sala trasera jugando a las cartas, no necesitaban su presencia allí esa noche, lo más seguro era que no surgiera ninguna emergencia y, si sucedía, sería el primero en enterarse. Vivía lo suficientemente cerca como para escuchar las sirenas del camión,

incluso la de la central.

Cogió su chaqueta y metió la cartera en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Sus botas resonaron en el cemento mientras se dirigía a la calle, dándole vueltas al mundo de posibilidades que se abrían ante él, ahora que su Juls estaba de vuelta en el pueblo.

Le gustaría tanto visitarla, que ella lo invitara a entrar y hablar de los viejos tiempos. No solo era su aroma o la necesidad de tenerla en sus brazos. Quería ver su sonrisa, el hoyuelo que aparecía en su mejilla cada vez que estaba pensando en alguna travesura y el brillo en sus ojos cada vez que lo veía.

Pero aquel antiguo brillo había desaparecido, quedando relegado a la más fría indiferencia.

Y el único al que podía culpar era a sí mismo.

Si solo hubiera sido más rápido, más listo. Si no hubiera estado tan confuso aquella noche, si no se hubiera dejado arrastrar por la malicia de Samantha, ahora las cosas serían diferentes.

Juls y él habrían formado una familia, varios niños correteando, siempre sonriendo y disfrutando de aquel lugar que los había visto crecer a los dos.

Pero el pasado era imposible cambiarlo, solo le quedaba la posibilidad de un futuro incierto, un futuro justo que le devolviera todo aquello que le había sido arrebatado.

Especialmente a la mujer que, ya desde su más tierna infancia, había habitado en su corazón. La única a la que sería capaz de amar, por más que le costara admitirlo.

Si tan solo fuera un hombre mejor, más entero, menos cínico, caería sobre sus rodillas y le suplicaría que se convirtiera en su mujer, pero tras su aciago pasado, ¿cómo hacerlo? No creía ser capaz de hacerla feliz y Juls se merecía más que nadie serlo.

Cuando alzó la vista y miró la puerta ante la que se había parado no se sorprendió, tampoco lo hizo el dueño, que abrió y le tendió amablemente una cerveza.

—Pasa, chaval. Suzanne y las chicas han salido, hablemos.

—Siento venir tan tarde, Jake, pero no sabía...

El hombre mayor, con el pelo ya plateado y unos ojos llenos de una sabiduría que solo te otorgaba la edad, pasó un brazo por sus hombros y lo guio al interior.

—Necesitas un consejo —espetó— y yo tengo un libro lleno.

La puerta se cerró suavemente tras los dos, mientras la luna tímida se perfilaba en lo más alto del cielo, anticipando ya la noche.

Era el momento de las confidencias y las revelaciones. El momento de encontrar la mejor solución.

Y solo Jake era capaz de ayudarle a hacerlo.

CAPÍTULO 6

—La cena estaba deliciosa, Arizona. Muchas gracias por invitarme, Warren es encantador. Tenéis unas hijas preciosas.

Julieta se encontraba fuera de su salsa, pero no incómoda. Aquel lugar hogareño distaba tanto de su propio apartamento en la ciudad, que no se preguntó cómo podía haberse sentido tan bien con aquellas personas que no tenían nada o casi nada que ver con ella.

—Soy una mujer afortunada. El día que Warren se cruzó en mi camino cambió mi vida para siempre. No podría ser más feliz.

—Parece que os queréis muchísimo —comentó.

No quiso hablar de la duda que surgía, a pesar de que el cariño era sincero entre ellos, se tocaban y se abrazaban constantemente. Besos tiernos entre los dos eran intercambiados casi en cada minuto posible, la sincera atención que Warren dedicaba a cada palabra de Arizona era simplemente un sueño imposible para ella, también la ternura que se dibujaba en los ojos de la mujer cuando se dirigía a su marido. Sin embargo, había algo ausente, algo que ella había imaginado que sucedería entre las parejas casadas: pasión. Ardiente pasión que abrasaría a cualquiera que se colara entre los dos. Allí pasaba desapercibida o no existía.

Quizá tras quince o dieciséis años de matrimonio, el deseo se opacaba y quedaba relegado a un segundo plano, primando el cariño y el respeto. Solo que no podía imaginarse casada con Dylan (en realidad no necesitaba que fuera él, cualquier hombre, no tenía idea de por qué había pensado en aquel viejo amor que más que amante había sido amigo) y no desearlo a cada instante. Arrancarle la ropa, morderle, mirándolo con el hambre que amenazaba con despertar.

Y él estaba prohibido para ella. No estaba dispuesta a pasar una vez más por lo mismo. Ya había sido suficientemente tonta en el pasado.

—El amor se manifiesta de la forma más extraña y en los momentos más inesperados —ilustró Arizona, el cariño se escurría de cada palabra—. Warren es mi pilar, sin él mi vida no iría a ninguna parte.

—Os casasteis muy jóvenes, ¿no te has arrepentido nunca?

No hubo duda en el tono de Arizona cuando respondió.

—Jamás.

—En el instituto se rumoreaba que habías salido con aquel chico, el de la moto. Todas estaban medio locas por él, era demasiado mayor para mí y en aquel entonces

no pensaba en chicos, pero hubo rumores...

—Hubo muchos rumores, sí. No fue fácil enfrentarlos, pero lo conseguí y aquí estamos. Warren es lo mejor que me ha pasado en la vida, Jack... fue un amor de verano. Eso es todo.

Hablaba como si ella tuviera que comprender la diferencia entre uno y otro, pero nunca había vivido una historia veraniega de las que hablaban los libros. Era fea, por lo que los chicos de su adolescencia no se fijaban en ella. Solo Dylan había estado a su lado en aquel entonces.

Cuando creció, ya en la universidad, había salido con un par de tipos sin llegar a nada serio, nada parecido a un amor adolescente desde luego. No había sentido pasión ni deseo, no había estado en medio de esa arrolladora necesidad de estar con ellos. Por eso había quedado tan afectada cuando al llegar a casa, Dylan y ella habían intimado, para terminar descubriendo después que solo había sido un juego.

Él era su mejor amigo, el hombre con el que había soñado durante todo el tiempo que había pasado lejos de casa, ignorando a Miles, el chico del que se había creído enamorada en otro tiempo. Y cuando estuvo entre sus brazos, pensó que no necesitaba tener treinta para casarse con él y que, seguramente, él podría quererla desde ese instante y ya no separarse nunca más de su lado.

Las cosas no habían salido como esperaba. No debería haberse sorprendido. Las chicas como ella no acababan con el chico de sus sueños, debería haberse dado cuenta.

Tras Dylan le costó confiar de nuevo y solo hubo otro hombre. El gilipollas universal que tan solo la había utilizado.

—Me alegra tanto que seas feliz, Arizona. Si alguien se lo merece, esa eres tú.

Se sentaron en el porche, con una copa de vino cada una. Warren estaba acostando a Jo mientras Rosie hablaba con sus amigas por teléfono.

—¿Y qué hay de ti? Me dijiste que habías roto con ese hombre con el que salías, pero ¿hay alguien más en tu vida que merezca la pena?

Julieta dio un pequeño sorbo, paladeó el vino un par de segundos y cuando tragó, negó.

—No. Nadie especial. Algunas personas no están hechas para el compromiso y supongo que yo soy una de ellas —comentó como si las palabras no fueran ascuas ardiendo en su corazón. Se encogió de hombros y la miró—. El cuento del patito feo nunca se hace realidad. Naces feo y mueres feo, no hay cisne. Los hombres son definitivamente del tipo de cisne, yo solo soy un pato.

—No digas eso, no es cierto —la regañó Arizona—. Si algo he aprendido en los últimos años, es que a una persona se la ama por lo que tiene en su corazón, no por su apariencia.

Julieta la miró incrédula, a lo que su amiga sonrió y asintió.

—Vale, sí, es cierto. La belleza es un punto y a todos nos entra por los ojos, pero a la larga...

—¿Todo se cae?

Las dos rieron como si fueran viejas amigas.

—Nunca habría pensado que nosotras pudiéramos llegar a ser confidentes.

—¿Porque soy mayor que tú? —preguntó Arizona arqueando una ceja con cierta indignación.

Julieta rio negando.

—No, porque tú eras popular y yo no. Somos muy diferentes.

—¿Hablas del instituto? Cielo, eso pasó hace quince años. Créeme, las cosas son muy diferentes ahora.

Sabía que tenía razón, pero volver al lugar que la había visto crecer, hacía que reviviera todo lo que había pasado.

—Puede que solo sea por la muerte de mi abuela o por el pueblo, pero me siento tan fuera de lugar aquí. Como si volviera a ser una adolescente fea y pecosa.

Arizona rio.

—Deberías ver a algunos de aquellos que llamas populares. Calvos y barrigones ellos; arrugadas y amargadas ellas. No todos, claro, pero sí muchos. No todos se han quedado en Gold River, muchos buscaron suerte en otros lugares. Algunos se casaron, otros ya están divorciados. Con niños o sin ellos. Incluso el más guapo de tu año, Miles, salió del armario. A la fuerza, la zorra de Samantha Elliot convirtió su vida en un auténtico infierno.

La información quedó recogida en su cerebro, aunque le costó un momento procesarla. Cuando lo hizo se quedó helada en el sitio.

«No eres su tipo», había dicho Dylan ese mismo día y ella se había indignado pensando en que no estaba a la altura del hombre, pero lo que Arizona estaba diciendo no tenía ningún sentido. Ninguno en absoluto.

—¿Miles es gay?

Su amiga asintió.

—Lo es, pero no lo convierte en peor persona. Es un hombre maravilloso, atento, siempre se preocupa por los demás. Sí, lo sé, en el instituto era un capullo, pero alguna gente cambia. Crece y madura, aunque otros se queden atascados para siempre en el momento del baile de graduación.

—Yo estuve loca por él algún tiempo.

—Creo que todas las chicas de tu curso y algunas de otros estuvieron locas por él entonces. Fue una auténtica decepción para muchas cuando se descubrió el pastel.

—Puedo imaginarlo, nunca lo hubiera dicho —confesó. En realidad se había

quedado un poco aturdida, por varios motivos. Primero, por haber pensado mal de Dylan respecto a sus palabras y, segundo, por descubrir que el sex symbol de tercero era, en realidad, mariquita.

Y sabía que esa palabra no era políticamente correcta, pero estaba completamente en shock.

—No te preocupes, no eres la primera que se queda sorprendida de esa manera. Lo peor fue el modo en que salió a la luz. Casi le costó su trabajo.

—Dijiste que Samantha lo hizo, ¿verdad?

—Así es. Esa... bruja, porque no se le puede dar otro nombre, le hizo mucho daño a Miles. Trató de conseguir que lo expulsaran del pueblo. También le hizo mucho daño a Dylan, lo engañó vilmente y lo convirtió en un asunto bastante público. Pretendía humillarlo, pero él siempre ha sido un hombre muy fuerte y no pudo con él.

No sabía si quería tener esa información. ¿Había engañado a Dylan? ¿Lo había herido? Quería levantarse, salir corriendo, agarrarla de los pelos y tirar hasta dejarla calva.

Apretó los puños en su regazo.

—¿Cómo lo engañó?

—La encontró en su cama con dos hombres, pidió el divorcio y cualquiera creería que le resultó fácil librarse de su mujer infiel, pero no fue así. El juez tenía simpatía por Samantha. Entre nosotras —dijo en tono de confidencia—, creo que se acostaba con él; y la cosa terminó bastante mal para Dylan. A pesar de que la sentencia es firme, tiene que pasarle una cantidad bastante importante al mes. No se hizo público cuánto, pero todos lamentan su mala suerte. Es un buen hombre que no se merecía lo que esa arpía le hizo.

Julieta pensó que podría alegrarse de que esa relación hubiera terminado mal, pero fue incapaz. Le dolía el corazón por Dylan. Ignoraba que todavía le importara tanto.

A pesar de todo lo que había pasado entre los dos, siempre lo había querido. Su mejor amigo, su hermano siempre protector, su primer amante y el único amor de su vida.

Todas las esperanzas de un futuro juntos habían muerto la noche en que la traicionó, pero eso no significaba que no le doliera su sufrimiento. Lo hacía y mucho.

—Dylan no merecía eso. Nunca he conocido a un hombre más entregado y cariñoso. Tiene madera de héroe, eso pensaba cuando era una niña. Siempre me rescataba de situaciones imposibles y me hacía reír cuando me encontraba llorando.

—Recuerdo que siempre estabais juntos, a la gente no le habría sorprendido que hubierais acabado frente al altar, pero la zorra de Samantha se metió por medio, ha jodido muchas vidas. —Había una ira inusitada en las palabras de Arizona, ira que no

parecía acorde con la mujer. Siempre había sido dulce, o esos eran los rumores. A veces la creencia común estaba muy lejos de la realidad—. No me malinterpretes — se apresuró a añadir—, no soy alguien que se dedique a vilipendiar a los demás, pero supongo que también tengo motivos personales para odiarla. Ella empezó algunos rumores macabros sobre mí y tuve que dejar mi casa y a mi familia, mudarme con mi tía. Entonces me pareció una condena, pero el tiempo demostró que fue una bendición. Gracias a eso, Warren entró en mi vida.

—Eso no quita que te hiciera daño. No entiendo cómo alguien puede ser tan dañino y salirse siempre con la suya.

Había sido su mejor amiga en otro tiempo. Había simulado serlo, solo para herirla más que ninguna otra persona, a pesar de que había tenido fe ciega en esa amistad.

Era tan guapa, tan perfecta, siempre el centro de atención. Recordaba que se había sentido especial, cuando ella había decidido incluirla en su círculo de amistades.

Maldita su suerte, que había roto su corazón en un millón de pedazos. Ahora solo quería acurrucarse en su cama y descansar, dormir, procesar todo lo que Arizona le había dicho y pensar en cómo hablar con Dylan de nuevo y quizá aclarar aquel episodio del pasado.

Eso si era capaz de sacar los trapos sucios y no avergonzarse por el camino. Todo era posible.

Posó la copa en la mesita del porche y miró a su nueva amiga. No tenía muchas, quizá por eso valoraba que Arizona la estuviera tratando de forma tan desinteresada.

—Creo que es hora de que me vaya. Se está haciendo tarde y he dejado al perro solo. Espero que no se haya comido los muebles.

—Es demasiado pequeño como para causar grandes daños —sonrió su interlocutora con diversión—. ¿Por qué no te unes el viernes por la noche a nosotras? Un grupo de mujeres nos juntamos una vez por semana para tomar piña colada y decir barbaridades. No viene Sam, no está en nuestro grupo. Solo somos cuatro y las chicas estarán encantadas de recibirte.

—No lo sé, no voy a estar mucho tiempo en el pueblo y no quiero interrumpir.

—No lo harás. —Escribió la dirección del bar en el que se reunían—. Es día de chicas, así que los hombres nos dejan tranquilas, lo pasaremos bien. Vamos, no está bien que estés sola en esa vieja casona, en especial ahora.

—Mi abuela acaba de morir y no sé...

—Kassandra lo entendería. Celebraba la vida, no habría mejor homenaje que brindar por los días buenos y dejar la pena a un lado. Vamos, ánimo. Te esperaremos y podrás enterarte de todos los cotilleos. Ya sabes, quién se ha

comprado un nuevo cortacésped o quién es el misterioso dueño del poblado navideño que acaban de abrir en pleno mes de agosto. ¿Qué me dices? ¿No te apetece un poco de Gold River ahora que estás aquí?

Julieta se rio antes de poder evitarlo y asintió.

—Está bien, allí estaré.

—La fiesta empieza a las seis y prepárate para disfrutar de una buena tarde de risas, sin maridos y sin niños, solo diversión de mujeres maduras, hasta bien entrada la noche.

—Tú no eres madurita. ¿Qué tienes, 35? Vamos...

Arizona sonrió, encogiéndose de hombros.

—No es la edad, es lo que vives.

Ambas se levantaron al mismo tiempo y se despidieron con un fuerte abrazo. Cuando Julieta atravesó el camino de entrada hacia su coche, se preguntó por qué de pronto aquel lugar que tan nerviosa la había puesto durante los últimos ocho años, se había convertido repentinamente en el lugar en el que quería estar.

Quizá su vida estaba demasiado vacía, quizá estaba buscando algo que aún no había encontrado y quizá, solo quizá, eso que se le escapaba entre las manos, estaba allí, en algún lugar, esperando.

CAPÍTULO 7

Dylan caminaba de vuelta a su apartamento. Jake, como siempre, lo había ayudado a aclarar sus ideas, poniendo en orden sus sentimientos. Lo había animado a dar un paso en dirección de Juls y recordarle lo bien que habían estado juntos en otro tiempo.

Según su amigo, nada estaba dicho hasta el final y quizá estar con la mujer que lo había significado todo para él hacía tantos años, lo ayudara a recomponer esa parte de su vida que había creído perdida para siempre.

Un lado de su conciencia le recordaba su mal comportamiento, la manera en que la había herido en el pasado, pensando que quizá sería incapaz de perdonarlo, pero la otra... esa que era irritantemente optimista a pesar de todas las veces que se había equivocado, lo empujaba en su dirección, con intención de que lograra una prórroga, algo que quizá no merecía.

Una segunda oportunidad.

Cuando entraba en el bloque de apartamentos, lo saludó el portero. Carl era un hombre ya entrado en años, flaco como un palillo, al que el uniforme le quedaba como un saco. Le sobraba por todas partes, pero seguía en activo y parecía disfrutar de su tarea. Le abrió la puerta y le dio las buenas noches, no sin antes advertirle.

—Tiene una visita, señor.

Por más veces que le hubiera dicho que no necesitaba tratarlo con tanta ceremonia, al fin y al cabo no era un miembro de la élite, no nadaba en millones, sino que apenas subsistía para llegar a fin de mes, Carl no quería ni oír hablar de ello. Lo trataba tan bien o mejor que al resto de habitantes del edificio. Una vez le había dicho que valoraba sus buenas maneras, su sacrificio y que lamentaba realmente todo el dolor por el que había tenido que pasar.

—Gracias.

—Está esperando en el vestíbulo, junto al ascensor.

Dylan sonrió. ¿En qué otro lugar podría estar? Era la única zona destinada para las visitas, cuando el dueño del apartamento no se encontraba en casa.

—Le dije que no sabía cuánto tardaría, pero insistió en quedarse y esperar. Nunca la había visto por aquí, es una mujer hermosa si sabe lo que quiero decir. No como esa otra que a veces lo visita.

Sabía que se refería a Sam, Carl no la soportaba. Por fuera era una visión, una ninfa de los bosques, pero en sus ojos podía percibirse la maldad. Carl, cerca de los setenta años, tenía suficiente experiencia como para juzgar a la gente, así que confiaba

en su criterio.

Si decía que había una mujer hermosa esperándolo, solo podía pensar en un nombre y no se habría sentido más sorprendido si Carl lo hubiera golpeado con un bate de béisbol.

—Gracias, Carl —se dirigía ya en esa dirección cuando se giró un momento para mirarlo. Necesitaba hacer la pregunta—. ¿Te dijo su nombre?

El hombre sonrió lentamente. Nada le gustaba más que entablar conversación.

—Ya lo creo. Su nombre es Julieta y parecía un poco agitada cuando llegó. ¿Quiere que lo acompañe? Traté de conseguirle un té de la máquina, pero no me permitió hacerlo.

Julieta estaba allí, su Juls, esperando por él.

Maldijo en voz baja por haberla hecho esperar y caminó a toda prisa sin despedirse de Carl. Seguramente habría sido un maleducado, pero no podía evitar la urgencia que, de pronto, había surgido en su interior. Necesitaba alcanzarla ya. Antes de que cambiara de idea y tratara de escapar.

—Julieta —dijo casi sin aliento cuando llegó a la zona de espera, la miró y se embebió en su imagen. No iba formalmente vestida, de hecho, seguía llevando unos sencillos vaqueros y aquella enorme camiseta. Tenía que tener los pies helados con aquellas sandalias, que llamaban su atención irremediablemente, con aquellas uñas pintadas de un extraño tono verde.

—¿Te encuentras bien? ¿Ha sucedido algo? —preguntó antes de que la mujer pronunciara ni una sola palabra.

Pareció estar a punto de decir algo, pero no lo hizo. Dio un paso hacia él y después otro. Al principio apenas un titubeo, pero poco después, echó a correr hasta acabar entre sus brazos, apretándolo con fuerza, casi como si le fuera la vida en ello.

No iba a quejarse. Ni loco. Había soñado con ese momento desde que esa mañana se había presentado en el parque de bomberos con malas pulgas.

—Lo siento tanto, Dylan. Lo siento.

¿Qué sentía? No entendía sus palabras, no parecían tener mucho sentido en aquel contexto. Sin apartarse de él, alzó su mirada dejándolo atrapado en aquellos ojos castaños, llenos de historias sin contar y lágrimas sin derramar.

—¿Qué sientes, Juls?

—No haber estado a tu lado cuando más necesitabas un amigo.

No necesitó preguntar a qué se refería, lo sabía perfectamente. Alguien le había hablado de su divorcio. Debería haberse apartado entonces, pero no encontró fuerzas para hacerlo. Tenerla allí de nuevo, en el lugar al que siempre había pertenecido, le hizo sentirse más en paz que en presencia de Jake, que siempre había tenido la facultad de tranquilizarlo.

—Vamos, subamos. Te invito a una copa y podemos hablar.

—No creo que deba tomar alcohol, me acabo de beber una copa de vino con Arizona y no soy del tipo que toma una tras otra. Se me subiría a la cabeza y quizá cometería alguna tontería.

Dylan sonrió. Juls nunca había tolerado el alcohol, ni siquiera en su época de universitaria.

—Pues entonces te haré un chocolate caliente, ¿qué me dices? Tienes que tener frío con esos zapatitos.

Su sonrisa fue brillante e iluminó su rostro, dándole una belleza desconocida. Natural y sincera.

—Sabes que soy de esa clase de gente que adora andar descalza hasta en invierno. Además, estamos en agosto.

—Sé que estás tan loca como para intentarlo —la regañó cariñoso, su índice dándole un par de golpecitos en la nariz.

Pronto se dio cuenta de que había sido un error. No era lo mismo hacerle eso a la mujer, que a la niña. Y Julieta era, sin duda, una mujer.

La dirigió hacia el ascensor, luchando contra la repentina incomodidad que lo había amenazado con hacerlo estallar en un millar de pedazos allí mismo. La deseaba y eso no estaba bien. La necesitaba, quería rememorar aquella noche de ocho años atrás, cambiar el pasado, hacer que las cosas hubieran sido diferentes. Aún ahora, algunas noches, volvía a percibir su aroma, la suavidad de su piel en las yemas de sus dedos, sus gemidos de placer...

Pensar en eso solo iba a meterlo en un grave aprieto, uno que no podía permitirse en este momento.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, Dylan esperó a que Juls saliera en primer lugar, ella parecía titubeante, pero no se detuvo. Avanzó con más seguridad de la que le recordaba haberle visto nunca y luchó con fuerza para no quedarse pasmado mirándola. Puede que no fuera del tipo de mujer que aparecía en la portada de una revista para hombres, pero no tenía nada que envidiar a ninguna otra. Su rostro podía ser bastante común, pero sus ojos brillaban con inteligencia y sus labios siempre habían estado dispuestos para una sonrisa en otro tiempo, debía seguir siendo así, a pesar de su seriedad actual, porque pequeñas arrugas de expresión rodeaban las comisuras de su boca. Una boca que no le importaría nada besar, todavía recordaba lo bien que sabía en otro tiempo.

¿Por qué en nombre del cielo no había sido un hombre entonces? ¿Por qué le había dado la espalda, cual vil cobarde, y la había dejado lidiar sola con las mentiras de Sam? ¿Por qué el hombre que había proclamado a los cuatro vientos que era su mejor amigo, la había abandonado tras hacerle el amor apasionadamente? No se

reconocía en aquel hombre, no comprendía qué tipo de enajenación mental transitoria podía haber afectado a su cerebro, porque no se arrepentía de nada tanto como de haberla dejado marchar.

Julieta era todo lo que él había soñado, era más. Pero entonces era un tonto sin cerebro, que solo pensaba en conseguir a la mujer que todos habían anhelado. Como si aquello fuera algún tipo de tonta competición.

Samantha había jugado muy bien sus cartas y él había caído en la trampa, como un tonto ingenuo. No había nada que le doliera más que el hecho de haber herido en el camino a la mujer más pura y buena que había conocido nunca.

—Espero que no te importe —empezó a decirle mientras deslizaba la llave en la cerradura de la puerta—, pero tengo todo un poco revuelto. Con las guardias en la central no paso mucho por casa...

Julieta sonrió, su gesto lleno de diversión.

—Sigues siendo tan desordenado como antes, ¿eh? Los chicos nunca cambian — se burló ella, en su tono un filo cariñoso que lo reconfortó.

—Te equivocas en algo, Juls.

—¿Ah sí? ¿En qué? Ilústrame. —No era una mujer que se anduviera por las ramas. Lo miraba a los ojos retándolo, no había dobles lecturas en ella. Y eso era algo que tenía la capacidad de volverlo completamente loco.

Ya era hora de que ella también se volviera un poco loca, ¿verdad?

Abrió, la atrapó por la mano pegándola cerca de él, hasta que su nariz pudo rozar su cuello y embeberse en su aroma. Cerró tras los dos, tan rápido que no le dio tiempo a reaccionar, y la atrapó contra la puerta.

—Ya no soy un chico, cariño, soy un hombre.

Y antes de poder pensar en lo que estaba haciendo, sus labios apresaron los de ella, en un beso hambriento. Un beso que llevaba mucho tiempo esperando. Un beso que debería haberle dado hacía años y del que nunca hubiera podido escapar.

Al principio no se lo devolvió, se quedó paralizada. Podía sentir los fuertes latidos de su corazón tan cerca como estaba, entrelazó sus dedos con los de ella, impidiendo que pudiera empujarlo y la instó a abrir la boca.

No se hizo de rogar. El aturdimiento inicial dio paso a una chispa de deseo intensa, la invitó a rodearle el cuello con sus brazos mientras la tomaba sin delicadeza alguna por el trasero y la levantaba como si no pesara más que una pluma. Con su cuerpo alrededor del suyo, su suavidad pegada a su dura erección, caminó en dirección a su cuarto, sin dejar de besarla.

Mordisqueaba sus labios, su lengua rozaba la de ella en una lucha intensa, en la que ambos procuraban devorarse. Julieta empezó a rozarse contra él, volviéndolo loco. La pegó a la pared, justo al lado de la puerta de su dormitorio, tratando de

reunir fuerza suficiente para soltar una mano, para dejar de tocarla por debajo de la camiseta, para ignorar aquella suave piel que tenía la facilidad de fascinarlo. Atraparlo en su hechizo.

—Juls —murmuró. Su voz sonó ronca, llena de una abrasadora necesidad.

La mujer lo besó una vez más, cortando la charla. Parecía tan perdida como él.

—Juls —repitió en contra de su voluntad—. Tengo que abrir la puerta del dormitorio, cariño. Creo que podría caerme si...

Ella parpadeó, lo miró y pareció registrar repentinamente lo que estaba pasando entre los dos. Se apartó, escurriéndose de su cuerpo, haciéndole sentir un repentino frío.

—Oh, Dios mío. Yo te atacé. ¿Lo hice? Oh, Dios mío. Tengo que salir de aquí.

—No —Dylan la atrapó, volvió a usar su mayor tamaño para mantenerla presa entre la pared y su cuerpo, la besó de nuevo—. Yo salté sobre ti porque llevo deseando hacerlo desde hace mucho tiempo, Juls. Por favor... no te vayas.

—No puedo acostarme contigo, Dylan. ¡Eres mi mejor amigo! O al menos lo eras antes de... Dios —llevó las manos a su pecho, lo acarició apenas y lo empujó—, apártate. No puedo pensar contigo tan cerca de mí.

—Entonces no pienses en ello, solo siéntelo.

—Esto no puede volver a pasar, no así. No hoy. Solo quería consolarte, pero no de esta manera. Dylan, esto no está bien. Tú no me deseas.

Dylan rio, aunque no hubo ni una pizca de humor en su risa.

—Maldita sea, Juls. No digas que no te deseo, porque eso es una burda mentira.

Tomó su mano y antes de poder pensar en ello, la pegó a su entrepierna, para que notara por sí misma lo mucho que la deseaba.

—Te he necesitado cada día desde aquella noche. Te he deseado desde entonces y te he amado desde que eras solo una niña.

—¡Te casaste con Sam!

—Porque pensé que estaba embarazada, Juls. Porque me tendió una trampa. Porque estaba haciendo de mi vida una jodida pesadilla y amenazó con hacer públicas aquellas estúpidas fotos que tomó cuando tú y yo...

Julietta dio un paso lejos de él con cada una de sus revelaciones, negando incapaz de creer en sus palabras.

—¿Qué fotos? ¿Qué embarazo? ¿Qué trampa? Dylan no...

—Jugó con nosotros dos. ¿No lo ves? Yo te quería a ti, estaba loco por ti. Cuando volviste a casa tras la universidad, todo mi mundo se agitó. Quería todo contigo. Había estado un tiempo con Sam, no lo niego, habíamos salido un par de veces, incluso nos habíamos acostado y me di cuenta de que no la quería. No era como siempre había imaginado, no teníamos nada en común. Yo ni siquiera le gustaba. Ella

solo quería alejarme de ti —dijo, el dolor se desprendía de cada palabra y sus ojos no abandonaron los de ella. Quería que pudiera leer la verdad en ellos, porque estaba cansado de cargar con su pena, con sus secretos. Si no podía confiarle todo eso a Juls, ¿a quién podría?—. Samantha fue el error más grande de mi vida, me destrozó y ha seguido haciéndolo cada maldito día desde entonces. Y yo acepté porque no quería que te hiciera daño, esa mujer está loca, Juls. Sería capaz de hacer cualquier cosa para salirse con la suya.

—Podrías habérmelo dicho, podrías haber evitado que todos me vieran como... como una puta, Dylan. Eso es lo que ella me hizo parecer, además de una tonta ingenua enamorada, que se creía cualquier cosa y estaba dispuesta a abrirse de piernas. La gente me miraba y se reía, tuve que hacer la maleta y marcharme. Cuando ella dijo que vosotros dos solo os habíais burlado de mí, que tú habías... que tú... —Negó, las lágrimas rodaban por sus mejillas y las secó casi violentamente—. No, Dylan. Pudiste hacer las cosas de otra manera.

—Entonces pensé que era la única forma de protegerte, puede que estuviera equivocado. —La miró, la tomó de la mano. Ella trató de evitarlo, pero no se lo permitió—. Por favor, siéntate conmigo. Solo hablaremos.

—No puedo sentarme cerca de ti, ni siquiera debo hacerlo —señaló el bulto de su entrepierna y Dylan gimió.

—Cariño, no puedo hacer nada para evitarlo ahora mismo, pero tienes mi palabra: no te tocaré. Puedo controlar mis deseos.

Julieta suspiró y tomó asiento.

—Joder, la verdad es que lo sé. Eres el hombre más honorable que he conocido nunca. Lo has sido desde niño.

—¿Entonces me crees? —¿Su voz había sonado tan esperanzada como le había parecido o tan solo era un efecto de su conciencia, que pretendía mostrarse tal cual sin filtros de ningún tipo? Sin una minúscula protección.

—Eres mi mejor amigo, Dylan. Mi hermano mayor durante todos esos años en los que no tenía mucho más. Siempre te he creído, pero todo esto suena a locura. Y no creo que me quieras de ese modo, o que me quisieras o que puedas quererme en el futuro. Mírame, yo no soy Sam.

Dylan la miró incrédulo, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando.

—¡Gracias a Dios que no eres como esa arpía!

—Nunca te había oído hablar así de ella.

—Y no lo haría con cualquier otro, no me gusta hablar mal de la gente, pero contigo puedo ser sincero. Puedo hablarte de mi humillación y sé que ni siquiera me juzgarás, porque siempre has sido así.

Se conocían tan bien que no podrían mentirse, porque el otro lo sabría.

—Nadie puede humillar a un hombre como tú, Dylan. Mírate. Eres guapo simpático, cariñoso, fuerte como una roca, leal. Lo tienes todo. Sí, fuiste un cabrón conmigo y todavía me escuece. Durante años no fui capaz de entender por qué me abandonaste a mi suerte aquel día, pero... —lo miró, estaba seria pero no había furia en sus ojos—, cuando el momento pasó, bastante después de que aquello pasara, me di cuenta de que habías estado muchas otras veces y que quizá era el cambio de nuestra relación lo que te había asustado. Pensé que era cierto que querías a Sam, que solo te habías dejado llevar porque seamos claros, aquella noche yo me ofrecí y no me he arrepentido nunca de ello, hace años que te perdoné, porque podía comprender que ella siempre había estado en tu corazón.

—Pero nunca fue así, en realidad —aclaró Dylan—. Samantha no es como todo el mundo piensa, Juls, y tú lo sabes mejor que nadie. Aquella noche cuando estuvimos juntos, ella nos vio, sacó aquellas estúpidas fotos y a la mañana siguiente, cuando estaba a punto de salir para ir a buscarte, para hablar de nuestra relación y de que no pensaba dejarte escapar, se presentó en mi casa y dijo que teníamos que hablar. No había tenido una relación con ella, no más de un par de citas y algún revolcón, nada serio. Desde el primer momento supe que no funcionaría, pero soy un hombre, maldita sea, un puñetero hombre que tenía la libido fuera de control. Habían pasado dos meses para cuando tú y yo estuvimos juntos, desde la última vez que había salido con ella. Entonces no cuestioné nada de lo que me dijo, cuando me exigió que me hiciera cargo de mi responsabilidad para con ella y aquel supuesto niño... —tomó un momento para respirar, necesitaba armarse de valor para afrontar de nuevo el pasado, un pasado que seguía escociendo, por lo injusto de las acciones—, no podía darle la espalda a mi hijo, Juls. No podía hacerlo. Y las fotos fueron el colofón final, si se hacían públicas, te habrían herido. No podía permitir que te hiriera más. Me exigió que me apartara de ti y que dejara de avergonzarla, que era mi deber ocuparme de ella y del niño.

Julieta estaba conteniendo el aliento, podía ver el horror en su gesto, pero no pronunció ni un solo sonido, solo esperó a que continuara con su historia.

—Como puedes imaginar, no hubo niño. Simuló perderlo tiempo después, pero por suerte tengo un buen par de amigos en el hospital y cuando empecé a sospechar de algunas de sus triquiñuelas, me ayudaron a destapar el pastel. Sam no solo me había mentido en eso, Juls, sino en todo. Desde la boda, no me permitió volver a tocarla, ponía la excusa del amor. «Hasta que no me ames, no me acostaré contigo. Sigues pensando en ella». Y era cierto, pensaba en ti, cada maldito día y me castigaba por haber sido tan idiota como para acabar atrapado en esa trampa mortal. Me deshice de las fotos, de todas ellas, quería protegerte y pronto perdió el interés. Entonces descubrí que estaba acostándose con otros hombres y ni siquiera me importó. Ya no

volvía a casa ni a dormir, me quedaba en la central, cogía todas las guardias y me convertí en el hombre más huraño y desagradable que puedas imaginar. Hasta que Jake me dio un par de buenos golpes y me exigió reaccionar. Cuando eso sucedió, me planté en casa, la encontré con dos hombres en mi cama y ella se burló de mí. Dijo que no era suficiente hombre ni para ella ni para ninguna otra mujer y que tenía necesidades —las manos le temblaban, la ira lo recorría, todavía podía sentir la furia que sintió. No hubo celos allí, solo indignación por haber sido tan estúpido como para costear sus juergas—. Le pedí el divorcio en aquel momento y me aseguré de tener pruebas para llevar al juzgado y que no pudiera ponérmelo difícil, pero al final salió ganando. Samantha siempre gana. Y aunque logré librarme de ella, mi cuenta bancaria no lo consiguió. Ni la casa.

Julietta lo miraba, se había acercado más a él y su mano había atrapado la de él. Tenían los dedos entrelazados y ni siquiera se había dado cuenta. Estaba apretando con tanta fuerza que se forzó a aflojar su agarre y acariciar sus dedos en un intento de calmar la presión. Iban a quedarse marcas en su pálida piel. Tan suave.

—Fui un tonto, Juls. Para ella yo solo era el panoli que le pagaba las facturas y no tenía planeado soltarme.

—Pensé que Roger me quería. Llevábamos saliendo cuatro años, incluso habíamos hablado de boda —dijo en un tono muy bajo de voz, casi avergonzada, pero sus ojos seguían fijos en los de él. Ella no estaba juzgándolo, estaba ofreciéndole una salida, para ignorar la humillación que había amenazado con ahogarlo—, me dijo que tenía que esforzarse para poder acostarse con alguien tan feo como yo, pero que era el camino directo al ascenso. Robó uno de mis proyectos y el puesto que deberían haberme dado a mí —se encogió de hombros, como restándole importancia—. Todos cometemos errores, Dylan. No solo tú.

¿Alguien se había atrevido a hierirla de esa manera? ¿Alguien la había utilizado de la misma manera que él mismo había sido utilizado por Sam? Y él pensando que su vida era mejor en la ciudad, con aquel novio al que tanto alababa Cassandra y un futuro prometedor.

—Quise ir a buscarte tantas veces, Juls. Tantas, pero pensaba que tu vida era perfecta y que no necesitabas a un pueblerino sin estudios colgado de ti.

—No podemos cambiar el pasado.

—Pero podemos hacer algo por el presente y también por el futuro —aseguró Dylan, atrayéndola a sus brazos.

Ella no peleó, se deslizó hasta su regazo y se dejó abrazar.

—No voy a acostarme contigo —advirtió estricta.

Dylan sonrió y la besó en la frente.

—Esta noche no.

—Eres un engreído, Dylan. ¡Lo eras entonces y lo serás hasta que te mueras!

Como respuesta la besó suavemente de nuevo y acarició su espalda.

—Y tú sigues siendo la señorita sabelotodo, pero me gustas exactamente así.

—Muy bonito eso que dices, pero sigo sin dejarte entrar en mis bragas, chaval.

Eso era lo que había faltado en su vida, se dijo, ser capaz de bromear con la mujer a la que deseaba. Ser capaz de reír en medio de un momento de mierda, de recordar un pasado lleno de oscuridad. Le había faltado Juls, con sus comentarios mordaces y sus maneras directas, sin subterfugios o juego doble. Era tan transparente como el agua.

—No te marches, quédate en Gold River. Conmigo. Mi vida está incompleta sin ti.

—Ya no pertenezco a este lugar, Dylan. Quizá nunca lo hice y tú jamás lo abandonarás. ¿Cómo podríamos tú y yo completarnos? ¿Una relación a distancia? No funcionaría. Hemos sobrevivido ocho años sin el otro, quizá eso es una señal.

Dylan negó. No aceptaba eso, él no había sobrevivido, había existido sin más, sumergiéndose en una descorazonadora soledad.

—Encontraremos una forma de que esto funcione, te lo prometo.

—Tengo que ir a casa, el chucho está solo, todavía no le he puesto un nombre, pero puede que haya liado alguna.

—Seguro que a estas horas ya estará dormido, quédate. Mantendré las manos quietas, pero quédate. ¿Recuerdas cuando éramos niños y te colabas en mi cuarto para dormir? Te metías en mi cama y me ponías esos pies helados tuyos en la barriga y yo me enfadaba mucho y no paraba de gruñir, pero siempre te acercaba más y te abrazaba hasta que te quedabas dormida y entrabas en calor.

—Era una niña entonces.

—Una niña loca que caminaba descalza sobre la nieve.

Sintió la sonrisa en su rostro, más que verla, mientras acariciaba su piel.

—Tú eras mi héroe y además siempre olías muy bien, a pesar del tufillo a humo. Siempre te fascinó el fuego.

—No. No era el fuego, eran los bomberos. Ver cómo aquellos hombres arriesgaban sus vidas para salvar las de otros. Cómo luchaban para rescatar no solo a personas sino a animales y, a veces, incluso algún objeto de inestimable valor, no podía dejar de observar su forma de moverse, de hablar, cómo reaccionaban. Especialmente desde que mis padres murieron. Jake fue el hombre que los sacó, aunque no pudo hacer nada por ellos, fue quien me contó la noticia y quien me llevó con Cassandra y contigo. ¿Lo recuerdas? Fue entonces cuando decidí lo que quería ser de mayor.

—Un superhéroe, eso querías ser.

—Solo un hombre, Juls. Solo un hombre que está muy solo y que quiere una oportunidad de traer luz a su vida.

—¿Qué pasa ahora con Sam? ¿Dónde está?

—En la casa que sigo pagando, imagino que divirtiéndose con sus aventuras. Tampoco me importa en especial; mientras se mantenga alejada de mí, todo estará bien.

—Gracias por contármelo —le dijo, acariciándole la cara con una ternura infinita—. Sé que no es fácil para ti recordarlo.

—Tampoco fue fácil para ti, ¿verdad? Nos parecemos mucho.

—En realidad somos muy diferentes, Dylan. Roger ni siquiera me gustaba, solc era conveniente. Y por más que diga que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para acostarse conmigo, tampoco era para echar cohetes. ¿Alguna vez has oído hablar de eso de los quince minutos? A él le sobraban catorce.

Dylan se rio, no pudo evitarlo. Juls también sonrió, la diversión se reflejaba en su gesto y no había tratado de alejarse de él.

—No serán quince minutos conmigo, cariño. Te lo garantizo.

—Lo recuerdo, Dylan.

—Quizá haya olvidado cómo hacerlo, deberías... ya sabes... recordármelo.

—No tendrás esa suerte... esta noche —remató divertida.

—Entonces mañana...

—Tendrás que ganártelo —se levantó entonces, aunque escuchó su suspiro resignado—. Realmente tengo que ir a ver al chucho, por poco que me apetezca.

—Voy contigo.

Julieta lo miró, lista para regañarlo, pero Dylan estaba preparado, atrapó el dedo que lo señalaba y la besó.

—No te pongas gruñona. Manos quietas. Entendido. Esta noche.

—No tienes remedio.

Las risas los acompañaron hasta el otro lado del pasillo y cuando llegaron a la planta baja y se subieron en el coche de Julieta, aún seguían riendo.

Con ella a su lado, la vida sería sencilla. Por más problemas que surgieran, por más discusiones que tuvieran, al final del día, siempre tendría un lugar al que llegar a descansar.

Y eso... eso era lo que siempre había querido. A su mujer amándole.

A su Juls esperando por él.

Y un puñado de niños llamándolo papá.

CAPÍTULO 8

—¿Por qué estás tan contento esta mañana? —preguntó Miles mirando a un feliz Dylan. Entró silbando alguna alegre melodía, a pesar del mal humor que él mismo tenía hoy. La noche había sido una mierda, desde que había recibido aquella llamada por alteración del orden público.

—La vida es maravillosa, pasé la noche con Juls. Y no pienses mal, no hubo sexo.

Miles arqueó una ceja, no sabía si creerlo. Aquella mujer estaba presente siempre en sus conversaciones, ¿no habría tenido oportunidad o no había querido traspasar la línea de la amistad?

—¿Has recuperado a tu vieja amiga, entonces?

—Espero que algo más, pero de momento, quiere ir despacio y yo lo respeto. Hace ocho años que no nos vemos. No quiero presionarla, especialmente después de cómo sucedieron las cosas la última vez.

—¿Le has hablado de la arpía de tu exmujer que ha hecho que esta noche parezca un infierno en la tierra? Por cierto, de nada. No dejé que te llamara, por más que quiso intentarlo.

—¿Por qué querría...? —Negó—. No me lo digas, ya no es nada mío, que se arregle por su cuenta.

Miles lo miró preguntándose en silencio si Dylan de verdad había terminado con aquella parte de su vida o tan solo se estaba engañando a sí mismo.

—Logré llevarla a esa clínica, pero no creo que aguante mucho allí. No tiene interés en curarse.

—Lo sé —se encogió de hombros, descartando el tema sin darle pie a continuar por aquel camino—. Como ya he dicho, ya no es mi problema. Va siendo hora de que se las arregle por su cuenta y yo planeo cambiar mi número de teléfono. No quiero que interfiera entre lo que está surgiendo entre Juls y yo. No después de todo el tiempo que nos ha mantenido alejados.

Miles lo comprendía, sabía lo que era encontrar a la persona adecuada y que otros trataran de decirte cómo vivir tu vida. Metiendo mierda entre los dos. Lo había sufrido en sus propias carnes y deseaba que su mejor amigo no tuviera que pasar por lo mismo, otra vez. Suficiente había soportado ya.

—¿Vas a hablarme de esta noche?

—No. Es privado y tú un cotilla.

Lo miró ofendido.

—Jamás revelaría una confidencia y lo sabes.

—Sí, pero ya sabes lo que dicen, la curiosidad mató al gato. Es mejor que no te cuente nada por el momento. No quiero que te metas en un lío.

—¿Qué lío?

—Con un bombero posesivo que no quiere compartir los recuerdos que está creando con la mujer que quiere en su vida. Sabes que tengo muy malas pulgas cuando me buscan las cosquillas.

—Lo sé, pero podrías mejorar mi día. No he dormido en toda la noche y necesito una inyección de adrenalina que me despierte.

Dylan sonrió.

—¿Qué hay de Matt?

—Durmiendo en casa, bendita su suerte. No he podido verlo desde ayer por la mañana y empiezo a ponerme nervioso.

—¿Qué te quedan? ¿Dos horas para terminar el turno?

—Una hora y cincuenta y tres minutos. Después tendré dos días libres que realmente merezco.

—Hasta la próxima urgencia.

—No habrá urgencias, voy a cerrar y listo. El cuerpo de bomberos puede encargarse y Holly también. Es una magnífica ayudante, manejará a los agentes con mano firme.

—Les cuesta obedecer a una mujer y lo sabes —le recordó Dylan.

—Sí, también les costaba seguir mis órdenes, ¿verdad? Este pueblo tiene que empezar a abrir su mente al siglo XXI. Las cosas están cambiando y las mujeres pueden hacer un gran trabajo en las fuerzas de seguridad, tan bueno como el de cualquier hombre.

Dylan lo miró con satisfacción. No eran amigos por nada, su forma de pensar era muy parecida. Se comprendían el uno al otro muy bien, por eso trabajaban de forma tan eficiente juntos.

—Holly lo hará bien y tú mereces el descanso.

—¿Cuándo tienes tus días libres? Podrías llevarte a tu Jule a ver el nuevo poblado navideño. Dicen que el fin de semana habrá una jornada de puertas abiertas. Estoy seguro de que todo el pueblo estará allí.

—Se lo preguntaré, este fin de semana no trabajo, así que ya veremos. ¿Matt y tú vais a ir?

—Todavía no he hablado con él al respecto, pero guardaba uno de los folletos en el cajón de su mesilla. Es posible que pretenda sorprenderme y yo planeo dejarme. Haré como que no sé nada en absoluto, de vez en cuando una pizca de romanticismo no está de más, ¿no te parece?

—¿Acaso esa es una indirecta? —preguntó Dylan arqueando una ceja.

—Nada más lejos de mi intención.

—Ya, claro. Como si no te conociera lo suficiente como para saber cuándo estás tramando algo.

—No tramo nada —contestó impregnando en sus palabras toda la sinceridad de la que fue capaz—. Me gustaría que fueras feliz.

—Eso es demasiado femenino, incluso para ti.

—No soy femenino, soy un hombre. Macho viril dominante.

Dylan rio a carcajadas, haciéndole reír también.

—Lo soy —remarcó tratando de interrumpir su diversión.

—Lo sé, por eso es tan raro que intentes hablar conmigo de sentimientos.

—No hay que tener miedo del corazón, solo hay que saber manejarlo con mano de hierro. A veces hay que dejarse llevar e incluso pronunciar ciertas cosas en voz alta, aunque nos hagan sonrojar.

—No me he sonrojado jamás, mierda.

—Eso es una mentira como una casa y los dos lo sabemos.

La campana de la puerta de la comisaría sonó y Miles negó con gesto de cansancio.

—Seguro que son más problemas y no tengo ganas. ¿No pueden quedarse tranquilos un ratito? Para los pocos habitantes que tenemos en Gold River, siempre hay algún disturbio.

—Vete a rescatar gatitos y deja de ser tan marujón.

—Como sea un jodido gato, vas a ir tú —amenazó desapareciendo antes de recibir una réplica.

Dylan observó su espalda hasta que desapareció y fue a su escritorio, se acomodó y revisó las tablas de turnos, para ver si podía tomarse el tiempo libre que necesitaba.

Marcó el número de teléfono de un compañero que sabía que no le diría que no y empezó a maquinarse su próximo asalto.

Julieta no iba a tener oportunidad de rechazarlo. Esta vez no.

Al final sería suya.

Se despertó con una sonrisa en los labios y un rayo de sol deslumbrándola. Ni siquiera le importó el peso pluma que había subido sobre su pecho y le lamía la cara, tratando de despertarla. Dylan había dormido a su lado y aunque el lugar que había ocupado ya estaba frío, aún conservaba su aroma profundamente grabado en sus fosas nasales.

Se preguntó qué diría su abuela de esa nueva esperanza que estaba surgiendo en lo más profundo de su corazón y supo que se sentiría orgullosa. Sospechaba que Cassandra siempre había deseado que ellos dos acabaran juntos y le dieran una gran cantidad de bisnietos.

Atrapó a su chucho tembloroso y se incorporó, no pudo evitar besarle la cabeza y rascarle tras las orejas.

—Eres un poco endeble, pero te voy a engordar. Ya verás qué desayuno tan bueno vamos a tomar. Te vas a caer de culo.

El perrillo ladró y meneó la cola, haciéndola reír. ¿Quién le hubiera dicho que podía estar tan emocionada de tener una mascota?

—Tenemos que pensar un nombre para ti, podría llamarte Tirillas, pero sé que vas a recuperarte en cuanto estemos juntos tú y yo un par de semanas. Así que necesitas un nombre fuerte que se asemeje a tu futuro temperamento. —Pensó durante un par de minutos, pisando descalza en el suelo de madera y dejando al animal en el suelo mientras entraba al baño a ocuparse de sus necesidades. No había estado dentro ni dos segundos cuando abrió la puerta ante los gemidos ansiosos de su nuevo compañero y decretó: te llamaré Hulk.

El perro se coló por la rendija y se negó a marcharse, así que se limitó a desnudarse y entrar en la ducha. Supuso que se sentía solo y perdido, ella también se había sentido durante mucho tiempo así, pero ahora que Dylan había vuelto a su vida o ella a la de él, según desde el punto de vista desde el que lo miraras, podía empezarse a sentir más tranquila. Él no iba a dejar que nada malo pasara. No otra vez. Incluso si solo podían ser amigos y nada más. Dormir entre sus brazos, como en los viejos tiempos, la había sumido en un sueño profundo que ignoraba hubiera disfrutado alguna vez.

Dylan era su roca, siempre lo había sido, y no había sido consciente de lo muchísimo que lo había echado de menos.

Alcanzó la toalla para secarse, tras cerrar el grifo de la ducha, y limpió la condensación del espejo con la palma de la mano. Se observó en él y le gustó lo que vio. La pena y la soledad habían dado paso a algo más. Seguía triste por su pérdida, pero recuperar a su mejor amigo marcaba, definitivamente, la diferencia.

—Sé que tienes hambre, Hulk —contestó ante los gemidos del perro—. Yo también me muero de hambre. ¿No escuchas cómo rugen mis tripas?

Se puso una camiseta y unas bragas y abandonó el baño sin preocuparse por el aire fresco que le rozaba la piel. A pesar de la calidez del interior, se notaba una fría brisa que dejaban entrar las rendijas de los cristales. Su abuela había hablado muchas veces de hacer cambios, pero siempre había ido quedando relegado al mes siguiente y a pesar de las mejoras que se habían hecho, las ventanas seguían siendo las

originales, de madera y, aunque cuidadas, no aislaban el lugar tan bien como lo habrían hecho las modernas.

—Este lugar necesita unos cuantos arreglos.

Habló en voz alta, más para sí misma que para Hulk, estaba imaginando los cambios que haría cuando se recordó que no iba a quedarse allí. Aunque ahora fuera la dueña de la casa, por derecho propio, lo mejor sería venderla y regresar a su trabajo. Dominaba la vida en la gran ciudad, en Gold River... no era un lugar en el que quisiera estar mucho tiempo.

Pero allí vivía Dylan. ¿Qué podía hacer para estar cerca de él, si decidía dejar atrás los recuerdos, su hogar de infancia y todo lo demás?

—No puedo hacer eso, Hulk. Tú y yo tendremos que volver a mi apartamento, este lugar no es para nosotros, ni siquiera por Dylan.

Sabía que tenía que poner en venta la casa, recoger los recuerdos y no mirar atrás. Podía mantener la amistad con él, no necesitaban vivir en la misma ciudad para hacerlo, pero no se sentía correcto del todo estar lejos. Lo había recuperado la noche anterior y ya le dolía la sola idea de perderlo.

Lo necesitaba y lo quería a su lado, de la misma manera que cuando era pequeña, igual que ocho años atrás, cuando había perdido la esperanza de que el sueño de amor se hiciera realidad.

Quería a Dylan para siempre y si solo podía conservarlo como amigo, eso haría, por más que su corazón la llamara traidora y el futuro solitario y sin amor pareciera completamente devastador.

CAPÍTULO 9

A pesar de encontrarse bajo la brillante luz del día, la persona que vigilaba los movimientos de Julieta estaba bien oculta entre las sombras, lo suficiente cerca como para acecharla y lejos como para poder disimular su presencia. No podría verla, ni siquiera sentirla, no hasta que fuera demasiado tarde.

Esa perra le había robado lo que más quería y ya era hora de pagar. Había esperado tiempo suficiente para hacerlo, acabaría con ella y el mundo sería un lugar mejor para todos.

Sonrió, su rostro frío pareció resquebrajarse un poco con el gesto, pero no le importó.

Pagaría todo lo que le debía, con sangre, dolor y lágrimas. Era la única manera de compensar sus acciones. Todo el dolor que había causado... tenía que ser reparado.

Y lo pagaría, aunque tuviera que ensuciarse las manos para acabar con su vida.

CAPÍTULO 10

Dylan silbaba mientras bajaba de su todoterreno y alcanzaba a Juls antes de que subiera a su coche. La atrapó entre sus brazos y la besó en el cuello.

—¿Qué tal has dormido, renacuaja?

—Dylan.

Se giró en sus brazos y vio la luz que iluminó sus ojos, reconfortándolo por dentro. Su pecho lleno de calidez por su reacción. Esa no era la mujer que había llegado el día anterior al cuartel, era la niña que había conocido toda su vida. La alegría no disimulada estaba clara en cada pequeño rincón de aquel rostro que tan bien conocía y que tanto había echado de menos.

—No quiero que vayas a recoger las cenizas sola, te acompañaré. También fue como una abuela para mí, Juls. —No pudo resistirse a acariciar su mejilla con el dorso de sus dedos. Parecía tan joven esa mañana, vestida informalmente con unos vaqueros y una cazadora abierta que permitía ver aquel fino jersey azul que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. La ausencia de maquillaje también ayudaba a darle aquel aire juvenil y vulnerable, incendiando en él la necesidad de protegerla para siempre.

Lo hacía sentir más grande y mejor, capaz de cualquier cosa.

—No quería tener que hacerlo, estaba pensando en ir a buscarte.

—Pues ya no necesitas hacerlo —le abrió la puerta del copiloto y la ayudó a subir—. Estás diferente esta mañana.

—Estoy triste. Sé que ella ya no está, pero supongo que esto es... más definitivo. Sé que es la mejor manera de hacerlo, ella lo deseaba así, pero solo pensar en que toda su alegría y energía han quedado reducidas a una urna diminuta. Yo...

Dylan le alzó la barbilla con dos dedos, instándola a mirarlo a los ojos.

—No está en esa urna, Juls. Eso solo es algo a lo que aferrarnos, su espíritu vaga libre haciendo felices a todos, como hizo en vida. Seguro que ha vuelto con tu abuelo y juntos estarán dando grandes fiestas.

Las lágrimas rodaron por las femeninas mejillas y se clavaron en su corazón.

—Vamos, eh, no llores. Sabes que soy un hombre y no sé qué hacer ante el llanto de una mujer bonita.

Consiguió hacerla reír.

—Eres tonto, no tengo belleza alguna. Todo el mundo lo sabe.

—Ojalá pudieras ver lo que yo veo, Juls, pero me niego a llevarte frente al

espejo y hacer esa tonta terapia de psicólogo. Eres hermosa por dentro y por fuera, lo has sido siempre y no lograrás hacerme cambiar de opinión.

—Tú siempre supiste qué decir para hacerme sentir mejor.

—Solo soy un bruto que apenas acabó el instituto, desde luego no un magnífico orador que trate de persuadir a su audiencia —le dio un breve piquito en los labios y luego los acarició con su pulgar—. Vamos a cumplir con el último deseo de Cassandra y luego tomaremos un helado de chocolate, ¿qué te parece eso?

—Una magnífica idea.

—¿Recuerdas este lugar, Dylan? —preguntó Julieta sin mirar al que había sido su mejor amigo durante la mayor parte de su vida. Habían regresado a un pequeño claro al que solían ir de picnic cuando eran niños. A su abuela le había encantado el lugar, muy cerca pasaba un pequeño riachuelo no muy profundo en el que a menudo se habían bañado y capturado algún que otro distraído pez. Siempre terminaban devolviéndolos al agua, no habían tenido corazón para comérselos.

—Claro que lo recuerdo. Hacía mucho que no venía, pero pasamos grandes momentos aquí.

Sintió los fuertes brazos a su alrededor, reconfortándola. La frialdad de la urna se colaba a través de sus dedos y llegaba hasta su alma. No estaba segura de ser capaz de hacer aquello, por lo que agradecía el hecho de tener a aquel hombre a su lado, a pesar de que debería correr en dirección contraria a él.

La noche anterior había estado a punto de acabar en su cama y eso habría sido un enorme error. No estaban hechos para estar juntos, como había quedado claro en el pasado. No toda la culpa era de Sam, ellos tampoco habían luchado lo suficiente y debieron haberlo hecho. Habían tenido años para corregir aquello, pero ninguno de los dos había sido lo suficientemente valiente.

Se dijo que ahora no era el Dylan hombre el que estaba a su lado, sino aquel niño que había sido más hermano que otra cosa, el que siempre le había ofrecido un hombro sobre el que llorar y unos brazos dispuestos a reconfortarla.

—Cómo cambia la gente en apenas unos años, pero este lugar parece intacto. Si cierro los ojos todavía puedo escuchar a mi abuela advirtiéndome que debíamos esperar a que nos hiciera la digestión para meternos en el agua.

—Yo también la recuerdo. Era un sargento de instrucción por lo menos, a mí me tenía aterrorizado —bromeó—, pero la quería muchísimo. Me convirtió en el hombre que soy hoy, entre ella y Jake cambiaron mi vida y me dieron un futuro.

—Sé que estaba muy orgullosa de ti, no paraba de decirme lo bueno que eras. —

Lo miró, encontró sus ojos, quería mantener la distancia, retornar a su máscara de profesionalidad y acabar con la intimidad entre los dos, pero se sentía incapaz de hacerlo y no eran solo los besos de la noche anterior, ni siquiera la presencia de su abuela, era la esperanza, maldita esperanza, que se había incendiado en su interior diciéndole que todo era posible ahora. Que ya no había nada que se interpusiera entre los dos, a excepción de unos cuantos kilómetros de distancia.

—¿Le preguntaste por mí?

Podría mentir, pero ¿qué cambiaría eso? Era mejor ser sincera, nunca había sido capaz de engañar a Dylan y no quería hacerlo. Hubiera lo que hubiera entre ellos, la confianza era un bien demasiado precioso como para traicionarlo... otra vez.

—No. La verdad es que al principio estaba furiosa contigo, me hiciste mucho daño. Mi corazón se hizo pedacitos y todo el mundo se me vino encima. Si no podía confiar en ti, ¿en qué otro hombre podría hacerlo? —Se encogió de hombros, como restándole importancia—. Mi abuela me hizo ver que no podía estar enfadada para siempre y aunque al principio me esforcé en odiarte, no pude hacerlo. Te quería demasiado y no podía cambiar eso, así que aunque no preguntaba, esperaba impaciente cualquier noticia que tenía sobre ti y creo que, en el fondo, mi abuela lo sabía. Respetó mi tozudez al no preguntar, pero no dejó de darme información y avances sobre tu vida. Nunca mencionó a Sam, lo intentó un par de veces, pero no podía lidiar con ello. No podía soportarlo. Quizá si hubiera sabido, si le hubiera permitido hacerme saber lo que había pasado entre vosotros dos, habría tomado decisiones diferentes. Puede que no —negó sin saber qué más hacer, un poco perdida en sus propios pensamientos—. Supongo que ya nunca lo sabremos.

—Ahora que conoces mi historia, Juls, ¿ha cambiado algo para ti?

—Has destruido mis defensas y tengo mucho miedo, Dylan. No quiero enamorarme de ti. No puedo hacerlo. Tengo esa terrible sensación de fatalidad respecto a un futuro en común, puede que sea una superstición absurda, pero...

—No puedes renunciar a algo que puede ser maravilloso por miedo.

—Voy a vender la casa —dijo repentinamente, antes de permitir ser convencida por el único hombre que podía convertirla en una inocente criatura en cuestión de segundos—. Creo que es lo mejor. Tengo un apartamento y mi trabajo lejos de aquí y no creo que sea inteligente mantenerla.

Pudo ver el shock en los ojos de su mejor amigo, quizá una chispa de algo parecido al dolor, seguido de una intensa determinación.

—Bien —contestó, sus ojos parecieron encenderse, como si un intenso fuego brillara con fuerza en ellos—. Ya tienes comprador.

Sus palabras la dejaron sin aliento. ¿Quería quedarse la casa? ¿Por qué?

—¿Estás seguro de eso?

—Esa casa también es especial para mí, puede que necesite algunas reparaciones, pero hace tiempo que estoy cansado de no tener un lugar al que pertenecer. Puede ser una buena base para empezar a crear un futuro.

—¿Una familia? ¿Un mujer e hijos? —¿Por qué le dolía imaginárselo allí con una mujer sin rostro y un montón de niños que nunca serían suyos? No lo amaba, no de esa manera, incluso si lo deseaba, una relación seria, un posible final feliz para los dos era del todo imposible.

—Algún día. ¿No es lo que todos buscamos, Juls? No me gustaría ver el hogar de tus abuelos en manos de extraños. Conseguiré una hipoteca, haré horas extras... quiero establecerme. Estoy cansado de mi vida y necesito un cambio.

Quiso pedirle que hiciera las maletas y se marchara de Gold River con ella. Lejos de allí quizá tuvieran una oportunidad, pero sabía lo mucho que amaba su trabajo y aquel pueblo, no podía ser una arpía egoísta como su ex, tenía que ser justa. Ellos no podían estar juntos, sus vidas estaban muy lejos la una de la otra.

—Si estás seguro, la casa es tuya.

—Iré al banco a primera hora de la mañana y solicitaré una hipoteca.

Pareció titubear un instante, como si estuviera valorando las posibilidades de que se la concedieran. Julieta recordó entonces que seguía pagando la casa en la que vivía Samantha, a pesar de que llevaban divorciados mucho tiempo.

—No te preocupes, Dylan. Podemos encontrar una manera de que funcione sir que tengas que hipotecar el resto de tu vida. —Sin tener en cuenta el hecho de que una voz muy bajita en su cabeza le decía que no podía deshacerse tan fácilmente del lugar. No debería ser egoísta, pero si Dylan vivía allí, donde habían pasado momentos tan buenos, ella iba a necesitar un período de adaptación—. Podríamos llegar a un acuerdo. Un alquiler con derecho a compra o algo así. Además, me parece justo que vivas en la casa. Es tan tuya como mía. Podrías encargarte de hacer las reparaciones que necesita, como pago por vivir en ella y cuando tu vida se libere de cargas, volveríamos a hablar de una posible compra. ¿Qué te parece?

Su mejor amigo desde tiempos inmemoriales trató de engañarla ocultando una sonrisa, pero lo conocía demasiado bien. Es más, sabía lo que estaba pensando. Que se resistía a alejarse de allí y tenía razón.

Se sentía como la vieja Julieta, al lado del chico que era la mismísima mitad de su alma. Incluso antes de que se hubieran acostado aquella fatídica noche en el pasado.

Y no había sido precisamente mala, nunca tuvo una experiencia física y emocional tan grande. No había sido capaz de conectar de nuevo con una persona como lo había hecho con él.

—Me parece una idea espectacular, Juls. Sabes que me gusta trabajar con las

manos. —Su voz sonó un par de tonos más graves al pronunciar las últimas palabras, como si quisiera trasladarla a un lugar más íntimo y antiguo, donde ni el tiempo ni las circunstancias importaban.

Un lugar al que no podía permitirse ser arrastrada. Sería demasiado fácil recaer y no estaba lista para eso. No ahora, que su vida despegaba en el ámbito laboral y que había decidido dejar a un lado los sentimientos.

Además, tenía a Hulk. O un intento de bestia salvaje, demasiado diminuto como para defenderla, pero lo suficientemente grande como para llenar el hueco que había en su vida desde hacía años.

Porque era suficiente, ¿verdad?

—Deberíamos volver. Quiero recoger algunos recuerdos y no creo que deba dejar solo a Hulk demasiado tiempo. Es nuevo en casa, todavía está asustado...

—Y no sabes de qué manera deshacerte de mí —tiró de ella hasta sus brazos, obligándola a sentir la fortaleza de su torso, sus brazos, la decisión implícita que se reflejaba en el abrazo que le estaba dando. Sin forzarla, pero presionando lo suficiente como para hacerle saber que no podría escaparse fácilmente.

—No puedo, Dylan. No podemos. Tú y yo... eso nunca funcionaría.

—Y sin embargo solo hemos necesitado unas cuantas horas para recordar lo que una vez fuimos.

—Solo tuvimos una noche.

Los ojos del hombre brillaron con una chispa salvaje de decisión.

—Tuvimos muchas, Juls. Desde que eras una renacuaja dispuesta a seguirme a todas partes, hasta que me robaste el corazón, siendo ya una joven preciosa que me obligaba a contenerme para no asaltar a la que hasta entonces había considerado como una hermana.

—No soy tu hermana.

—Y no sabes lo mucho que me alegro de ese hecho.

Bajó a sus labios, la besó con una ternura inusitada, poniendo sin palabras todos sus sentimientos y entrega en aquel contacto. Recordándole todo lo que habían sido y haciéndole una silenciosa promesa de todo lo que podían llegar a ser.

—No deberíamos, Dylan.

Pero en el mismo instante que las palabras abandonaron sus labios, sus traicioneros brazos rodearon el cuello del hombre, impulsándose más cerca. Ansiando beber de él todo lo que le estaba ofreciendo, sin recriminaciones, sin dudas, sin promesas.

—Dios, Juls. No quiero volver a perderte. No dejes que nos perdamos el uno al otro de nuevo.

La miraba a los ojos con la intensidad de una súplica en ellos. Se necesitaban,

como siempre lo habían hecho, como siempre lo harían. Había demasiados sentimientos entre ellos, a pesar de los años que habían pasado.

—Es como si nos hubiéramos visto ayer y antesdeayer y todos los días desde entonces —confesó ella—. No siento que haya pasado el tiempo. No siento que hayamos cambiado, Dylan. Eso me asusta, porque ambos lo hemos hecho. Ya no soy aquella niña, ni siquiera la chiquilla insegura que llegó de la universidad y cayó directamente en tus brazos. Me han hecho daño desde entonces, he llorado, he crecido y madurado, me he convertido en una mujer que no conoces. Si me quedo aquí, contigo, por ti, me perderé. Perderé todo por lo que tanto he luchado, todo lo que he deseado desde hace tanto tiempo.

—No tienes por qué perder nada, Juls. Quiero que lo tengas todo. Siempre he querido que seas lo que deseas ser, conmigo a tu lado.

Pero Dylan se equivocaba. Sabía que quedarse en Gold River con él acabaría no solo con su carrera, sino con su ambición. Sería una de esas mujeres colgadas de su marido, esperando ansiosas en casa a que él llegara y le diera el tan ansiado beso. Perderse en sus brazos, hacer el amor con él, con cuidado y en silencio, para que no los escucharan los niños.

No podía convertirse en esa mujer, porque sencillamente ella no era así.

—Lo siento. Me gustaría ser diferente, ser lo que necesitas, pero no lo soy. Quizá nunca lo fui y lo que pasó fue el impulso que necesité para convertirme en quien soy ahora.

—Está bien, no voy a presionarte, Juls. Pero no me alejes de tu lado, no vuelvas a echarme de tu vida. Si tan solo puedes ser mi amiga, lo aceptaré. Mejor eso que nada.

Pero estaba mintiendo, ambos lo sabían. No podían ser amigos, no como una vez fueron, porque los dos deseaban más.

Compartir esa noche el colchón, solo para dormir, como en los viejos tiempos, había sido satisfactorio por una parte, pero también frustrante. Porque lo había deseado desde el mismo momento en que su aroma había penetrado en su sistema. Con su cuerpo y el cálido calor que desprendían pegado a su espalda, había deseado todo de él y un poco más.

Quería sentirlo moviéndose profundo en su interior mientras ella le clavaba las uñas en la espalda pidiendo más. Deseaba recorrer cada centímetro de aquel masculino cuerpo con el que tantas veces había soñado, besarlo, lamerlo, dejar una marca profunda de la que ya nunca se pudiera deshacer.

Y cuando otra mujer lo deseara y quisiera reclamarlo, tendría que saber que, sin importar qué sucediera, siempre sería suyo.

—Ojalá la vida fuera más fácil —susurró sin intención de que él escuchara sus palabras.

Pero lo hizo, siempre había tenido un oído muy afilado.

—Ojalá no le pusiéramos tantas trabas.

No había acritud en su tono ni en sus palabras, tampoco en su gesto, cuando la tomó de la mano y la llevó de vuelta al coche.

Había dejado una parte de sí atrás, en aquel lugar, se había despedido de su abuela y muy pronto se despediría del pueblo que la había visto crecer, pero del hombre...

Supuso que Dylan tenía razón, porque no tenía el valor de hacerlo. De montar en el coche y salir de Gold River para nunca mirar atrás.

Pasara lo que pasara y fuera donde fuera, él siempre formaría parte de ella. Ahora todo lo que quedaba por hacer era tomar una decisión: ¿en calidad de qué?

Un amigo de la infancia. Su primer amor. ¿O quizá el único capaz de ayudarla a entender su propio corazón?

CAPÍTULO 11

No había nada que molestara más a Miles que una llamada en el último minuto, justo cuando estaba contando los segundos para dejar el despacho atrás, durante su tiempo libre. Su marido y él iban a disfrutar de unos días de descanso, a reconectar con su lado más tierno y, simplemente, amarse. Llevaba soñando con esos días libres durante mucho tiempo.

Y la llamada que acababa de llegar a la centralita iba a retrasar su salida durante al menos una o dos horas.

Maldijo para sí y miró a su secretaria.

—Avisa a Landon, que se reúna conmigo en la casa. Veamos qué han hecho ahora los plácidos habitantes de Gold River.

—Cuidado con el sarcasmo, jefe. Gotea.

Su femenina ayudante siempre tan directa. No tenía pelos en la lengua, pero hacía bien su trabajo. Quizá debería enviarla a ella. Si no fuera porque Landon era un jodido maniático y algo machista, no lo habría pensado dos veces. Le había tenido que dar una paliza, estando fuera de servicio, para que ambos hubieran llegado a un apacible acuerdo. Ya no lo llamaba maricón ni se atrevía a desafiar su autoridad, incluso si no fueran los mejores amigos.

—Sigue así y te dejaré lidiando con Landon tú sola.

—Puedo con él. No necesitas protegerme todo el tiempo.

—Lo sé, pero es un defecto de fábrica —enfundó su arma en la pistolera y salió con un suspiro bajo el brillante sol del verano.

Esa mañana había refrescado, pero de pronto parecían haber entrado en una sauna. Y el uniforme lo hacía sentirse atado y acalorado, deberían trabajar en bañador.

Montó en su coche patrulla y se dirigió a la dirección, cuando llegó juró molesto.

Dylan querría saberlo y aunque no era su cometido informar al hombre, el hecho de que saliera un tupido humo de la ventana de la cocina, podía ser la excusa perfecta para poner al jefe de bomberos alerta.

Sacó su móvil y pulsó la tecla de marcación rápida.

—Siento joderte el picnic —espetó antes de que el otro pudiera pronunciar sonido alguno—, pero tenemos una situación complicada.

Repitió la dirección al auricular y escuchó la maldición de su amigo. Ambos sabían a quién pertenecía el lugar y quién podría estar detrás de aquello.

O al menos tenían una ligera sospecha.

—Juls y yo vamos para allá. Danos diez minutos.

—Me aseguraré de que no queda nadie en el interior.

El camión de bomberos llegó en ese instante y se apresuraron a sofocar el fuego. Se preguntó si Samantha ya habría abandonado el centro en el que la habían ingresado la noche anterior o si permanecería allí.

Debería comprobarlo, pero primero quería entrar y descubrir si el asaltante permanecía dentro o si tan solo había sido un accidente.

No lo parecía.

La puerta estaba abierta de par en par, algunas ventanas rotas y una vez en el interior, se dio cuenta de que alguien se había dedicado a volcar algunos muebles. Quizá buscando algo, aunque ignoraba el qué.

También podía haber sido un ataque de furia. Había arrestado a la ex-mujer de Dylan en varias ocasiones por desperfectos similares. Era inestable, pero siempre lograba salirse con la suya.

Y nunca la atraparían, incluso si eso era por su propio bien. Era demasiado lista como para permitir que eso sucediera.

—Todo despejado —dijo Landon apareciendo desde el dormitorio—. Alguien se ha ensañado con el colchón, las sábanas y cada mueble ahí dentro.

Un par de hombres del equipo de bomberos se reunieron con ellos.

—Mucho humo y nada más. Alguien quemó algunos papeles en el fregadero, no parece como si quisieran quemar la casa, sino deshacerse de algunos documentos. Eso sí, el olor va a tardar en despejarse.

¿Documentos? Quizá Julieta estuviera metida en algún lío del que ninguno de ellos tenía constancia. Sabía que tendría que esperar a que llegara.

—¿Haréis el informe, muchachos?

Los bomberos asintieron.

—Como siempre, pero ya no nos queda mucho por hacer aquí.

—Gracias por vuestra ayuda, Dylan viene para acá así que querrá echar un vistazo.

Los hombres asintieron y se despidieron, mientras Landon seguía mirando el lugar con atención. Podía ser un cabrón machista, pero era un buen policía.

—¿Qué ves?

—Un ladrón que quería llevarse algo o destruirlo —observó los restos de papel del fregadero y los revolvió con la punta de un cuchillo para no alterar las pruebas, tratando de descubrir su contenido—. Parecen gráficas y números.

—E imágenes. Mira aquí —señaló una parte que no se había quemado, donde aparecía la foto de una zapatilla deportiva.

—¿Crees que Julieta la fea está metida en algún asunto turbio?

—No la llames así —advirtió Miles con tono oscuro.

Recordó que habían sido compañeros de curso en su adolescencia y que, por aquel tiempo, había varios chavales que llamaban así a la joven. No es que hubiera estado pendiente de ella por entonces, pero los rumores eran rumores y si estabas en el instituto lo sabías. Era así de sencillo.

Entonces no se había preocupado por los demás, bastante tenía con mantener ocultos sus propios secretos, pero ahora, que se había reconciliado consigo mismo e incluso con el lugar en el que había nacido, se dijo que era tiempo de terminar con los viejos hábitos de algunos habitantes de Gold River.

—Eres un agente de policía ahora, Landon. Cuidado con cómo te diriges a los civiles.

—Vamos, no es para tanto. Un viejo apodo. Todos tuvimos uno.

—El pasado ha quedado atrás, de nada sirve revivirlo. Y a tu anterior pregunta, no creo que la mujer esté metida en nada turbio, pero tendremos que interrogarla.

Y debería hacerlo él mismo si no quería que el idiota que lo acompañaba irritara a Dylan. Sabía que iba a exigir estar presente y que podría llegar a haber un conflicto.

¿Y sus días libres? Necesitaba ese descanso.

Entonces una luz se encendió en su cerebro. Su ayudante se ocuparía, estaba por encima de Landon y por más que le molestara, él podía delegar en quien le diera la gana.

—Avisaré a Holly para que se ocupe.

—Puedo hacerlo yo —espetó el hombre entre dientes. Podía notar su irritación y le resultó bastante satisfactoria.

Si era un cabrón abusón de autoridad, que así fuera. No quería a Dylan irritado ni a Julieta ofendida. Esos dos ya habían tenido suficientes problemas para lo que les quedaba de vida.

—Podrías, pero ella es tu superior y quien va a llevar el caso en mi ausencia.

—Es verdad, que tienes vacaciones.

—Y me las merezco —espetó, abandonando la cocina, no sin antes advertir—. Recoge las pruebas y envíalas a nuestro técnico de laboratorio.

El otro puso los ojos en blanco, entendía su gesto, en realidad no tenían un laboratorio como tal. Utilizaban el del instituto y el técnico no era más que un estudiante en prácticas de la universidad.

Pero era todo lo que podían permitirse, por ahora.

—Haz lo que te digo, Landon. Y no me toques los cojones.

—Claro que no... jefe.

Insubordinación, pero no tenía ganas de lidiar con él.

Salió de la cocina, ansioso por respirar un poco de aire puro. Después de la manida atmósfera provocada por el olor a papel quemado sería un gran cambio, así que se aventuró fuera y esperó a que Dylan y Julieta llegaran.

Les explicaría lo que había sucedido y, después, podría empezar finalmente su descanso.

—¿Sucede algo? —preguntó Julieta con preocupación.

Dylan no estaba seguro de qué decirle o cuánto, pero lo cierto era que se enteraría en el mismo instante en que llegaran a la casa. Era mejor ponerla sobreaviso para evitar el shock.

—Alguien ha entrado en tu casa.

Hablando de ser sutil...

—¿Qué? —preguntó aturdida—. ¿Por qué?

—No lo sé. Miles está allí, pero no me ha dado muchos datos. Tendremos que esperar para ver si hay destrozos y si falta algo. Quizá tan solo hayan entrado a robar. No sería la primera vez.

—¿Robos en Gold River?

—El mundo cambia, Juls. No será el primero. Hace un par de meses asaltar tres casas y se llevaron joyas y objetos de valor. También algo de dinero en efectivo. Por suerte no había nadie dentro, así que no hubo que lamentar ningún tipo de daño personal.

—Hulk está en casa. Dios, Dylan. ¿Crees que le habrán hecho daño?

No dejaba de resultarle curioso el nombre que había escogido para el animalillo. Supuso que lo hacía para proporcionarle una mejor autoestima al escuálido animal.

Nunca la había imaginado como una amante de los perros, menos de ese tipo de perros, pero al parecer había encontrado un compañero afín.

Le gustó ver esa faceta hasta entonces desconocida de ella.

Siempre había sido una blanda, pero ahora parecía serlo incluso un poco más.

—Seguro que está bien. Lo más probable es que se haya escondido bien. Los perros son muy inteligentes.

—Pero está solo y no conoce bien la casa. Ha pasado ya por un trauma cuando lo abandonaron.

Soltó una mano del volante para tomar la de ella y llevársela a los labios para besarla.

—Tranquila Juls. Encontraremos la forma de calmarlo. Ahora necesito que tú estés tranquila.

—¿Por qué alguien entraría en mi casa? ¿Crees que ha sido Samantha? A lo mejor se siente amenazada.

Le soltó la mano y trató de concentrarse en la conducción. Esa mujer nunca iba a dejar de amargarle la vida. Si había sido ella, le retorcería el pescuezo con sus propias manos. Estaba harto de tener que cargar con un error que había cometido hacía tanto tiempo.

¿Es que no tenía derecho a liberarse? Toda condena terminaba algún día, ¿verdad?

Y todo por un par de polvos mediocres.

—No lo niego. Podría ser. Esa mujer está loca, Juls. No sabe qué más hacer para arruinarme la vida y está jodidamente cerca de conseguirlo. Estoy harto de todo esto.

Julieta negó.

—No es culpa tuya, Dylan. No pienses eso.

—¿Acaso tienes algún enemigo que desconozco?

Podría ser que alguien de su nueva vida pudiera querer hacerle daño, quién sabía. Quizá el idiota que le había robado el puesto o algún otro tipo egoísta y envidioso, que no toleraba bien que una mujer triunfara en su profesión.

—No que yo sepa, pero en este mundo en el que todo es competir para llegar más rápido y más alto, todo es posible. Ya no sé qué pensar.

—Encontraremos al responsable. Sea quién sea y pagará. Lo juro.

—Gracias por estar a mi lado. Hoy ha sido un día difícil y parece que se complica por momentos —miró por la ventanilla, perdida en sus pensamientos. Supuso que preguntándose si le merecía la pena el disgusto de estar allí.

Él esperó que sí, porque no quería perderla de nuevo.

—Siempre te apoyaré. En cualquier circunstancia.

—Eres una de las pocas cosas que merecen la pena en Gold River —una sonrisa acompañó a sus palabras llenas de sinceridad. Creía en él, como siempre había hecho, incluso cuando había tenido dudas sobre su propia capacidad. Sobre su aspecto o cualquier otra cosa. Lo había animado para que luchara por lo que quería, para que no se rindiera y, en parte, gracias a ella había llegado tan lejos.

Le gustaría agradecerse, decirle lo mucho que significaba para él, poder contar de esa manera con su apoyo, pero no consideró que ese fuera el momento apropiado.

Tendría que esperar, tenía que seducirla, no solo por su cuerpo, sino para que quisiera algo más del hombre. Su compañía, compartir su vida, lo bueno y lo malo.

Y también quería sexo, montones de sexo. Porque la deseaba de una manera que le hacía sentir ardiendo por dentro.

Necesitaba a su Juls de todas las maneras posibles.

CAPÍTULO 12

«Bienvenida de vuelta al pasado», pensó Julieta al ver al idiota mayor de su curso en la entrada de su casa. Caleb Landon había sido prepotente y malvado en su adolescencia. La había tratado cual basura, extendiendo rumores y motes que le habían hecho la vida un poco más difícil. Cuando explotó todo el asunto con Samantha y Dylan, se había encargado de empeorarlo todo, elevándolo a la infinitésima potencia y ahora estaba allí, vestido de uniforme y mirándola con el mismo aire de superioridad de siempre.

Ninguno de los dos había cambiado lo suficiente como para ser capaces de llevar una relación cordial. De eso estaba segura.

—Vaya, vaya. Mira quién ha vuelto a casa. ¿Sentías nostalgia?

¿Se podía ser más gilipollas?

—Por si no lo sabes, mi abuela ha fallecido.

El hombre se dio cuenta de su error y su gesto se modificó apenas sutilmente. Miles intervino y le dio un codazo.

—Vuelve a la central, me ocupo desde aquí.

—Claro... jefe.

No se molestó en mirarlos dos veces, tan solo pasó de largo y montó en su coche, desapareciendo a toda velocidad.

—Algún día va a ocasionar un problema serio, Miles. Te lo llevo advirtiendo un tiempo —le recordó Dylan.

—¿Y crees que no lo sé? Pero no soy quién selecciona al personal. ¿Qué más quisiera? Tendrás que hablar con la alcaldesa si quieres que haga algo con ese impresentable. Lo he intentado, pero no atiende a razones. Es el hijo de su nuevo marido, así que no hay opciones de acabar con la situación —suspiró y se dirigió a Julieta entonces, dedicándole toda su atención. Una sonrisa más suave apareció en su rostro cuando le estrechó la mano—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

—No creo que nunca nos viéramos en realidad —bromeó ella, a pesar de la tensión que reflejaba todo su cuerpo—. ¿Qué ha pasado?

—Alguien entró por la fuerza. Han volcado los muebles, rajado el colchón, las sábanas y causado algunos desperfectos. También quemaron algunos documentos en el fregadero, por eso el humo, pero ya está contenido. No tienes que preocuparte, aparte del olor, la estructura no se ha visto afectada.

—¿Documentos? ¿Han quemado documentos? ¿Por qué?

—No lo sabemos. Esperaba que pudieras darnos alguna pista al respecto.

—Los únicos documentos que llevaba encima, sin contar lo que mi abuela pudiera tener en casa, son los bocetos de la nueva campaña en la que estoy trabajando. Eso es todo lo que se me ocurre.

—¿Con fotos de zapatillas, tablas de números y gráficas?

Julieta asintió.

—Sí, vamos a sacar al mercado un nuevo modelo de zapatillas de deporte y me encargaron la campaña. No era que esperara poder trabajar en ella en estas circunstancias, pero aún así, no me gusta salir de casa con las manos vacías.

—Podrían ser los mismos documentos. ¿Podrías comprobarlo, por favor?

Miles era muy educado. No lo había tratado directamente en el pasado, más allá de estar fascinada por su aspecto, pero ahora se daba cuenta de que había mucho más en él que una cara bonita.

Entonces vio la alianza en su dedo y recordó que era gay.

Estaba casi segura de que se había sonrojado. Nunca lo hubiera pensado, no quería ni pensar en las gilipolleces que hizo alguna vez para captar su atención.

Dylan apoyó las manos en sus hombros, recordándole que estaba allí y contaba con su apoyo.

—Ayudaré a Juls a ocuparse de todo. ¿No tenías que ir a una cita?

—Y llego tarde. La llamada entró en el último momento.

—Ve. Voy a ocuparme de su seguridad y colaboraremos con Holly en todo lo que necesite.

Miles pareció agradecido por sus palabras. Ya iba a marcharse cuando se giró una última vez.

—Bienvenida a Gold River, Julieta. Espero que te quedes un tiempo con nosotros.

—No creo que los habitantes de este pueblo me quieran tener cerca después de esto.

—¿Bromeas? Ahora les has dado munición para cotillear —comentó con una sonrisa, en el instante en que Hulk salía ladrando, un poco tembloroso, llegando a los pies de su dueña.

Julieta lo levantó en brazos y lo acarició, miró una última vez a Miles y le dedicó lo que esperaba fuera una sonrisa llena de confianza.

—Gracias por tu ayuda y buenos deseos. Se agradece.

—Para eso estamos —hizo un gesto de despedida con su gorra y desapareció.

Julieta miró la casa y sintió un escalofrío. Apretó aún más a su perrillo contra el pecho, buscando el confort que su presencia le proporcionaba y escuchó la voz de su

mejor amigo en el mundo en el momento preciso.

—No estás sola en esto, estoy a tu lado y vamos a descubrir quién lo hizo y por qué.

—Esa campaña ni siquiera está terminada, no entiendo por qué querrían destruirla, además solo es una copia. Tengo toda la información guardada en una memoria usb y en un disco duro externo en mi apartamento en la ciudad. Soy precavida.

—Quizá solo sea alguien que pretende asustarte.

Supuso que era posible. Si Samantha estaba detrás, seguramente estaba ansiosa por que desapareciera del lugar. Sin ella en medio, podría seguir manipulando a Dylan durante toda su vida.

Pero ya lo había hecho demasiado tiempo y podía ver la desesperación en los ojos del hombre. Algo que nunca había visto antes y que no planeaba permitir que continuara sucediendo.

—No vamos a dejar que nos fastidien. No voy a dejar que me echen de mi casa ni de este pueblo. Me iré cuando esté lista y ni un maldito segundo antes.

—Bien dicho, Juls —la alabó, guiándola para entrar en la casa.

Y a pesar de ver los desperfectos y saber que alguien había dado rienda suelta a su rabia allí, se dijo que era la hora de iniciar un nuevo comienzo. Empezar de cero y dejar todo el pasado atrás.

A Dylan le satisfacía enormemente verla tan decidida a hacer lo que fuera necesario para restablecer su posición en el lugar. Incluso si era algo temporal.

Había esperado que se derrumbara, pero lo había sorprendido cuando en vez de buscar el refugio de sus brazos, como habría hecho en el pasado, se había erguido y había decidido luchar.

Estaba claro que la mujer que era hoy no era exactamente la niña de antaño, pero veía muchas cosas de aquel entonces en ella y no quería perderla.

Es más, se moría de ganas de volver a conocerla. En todos los sentidos de la palabra.

—Vamos a tener que cambiar las ventanas. Han roto algunos cristales y de todos modos es un cambio que había que hacer para vender la casa. Mi abuela siempre lo tuvo en mente, pero no lo hizo jamás.

Los dos sabían que el dinero había sido escaso, a pesar de que lo habían compensado con el amor que sentían unos por otros. Habían sido felices juntos, más de lo que cualquiera pudiera imaginar.

—No te preocupes, lo haremos.

Si iba a convertir aquella casa en el anzuelo, estaba dispuesto a quemar todos los cartuchos que tenía.

Sabía que a pesar de la decisión de deshacerse del hogar de su infancia, Julieta tenía dudas. No quería quedarse en Gold River, pero tampoco borrar de un plumazo su pasado.

Y esperaba que el hecho de imaginarlo con otra mujer allí fuera incentivo suficiente para que decidiera permanecer un poco más de tiempo cerca de él. Quizá el suficiente como para que consiguiera seducirla.

—Quizá podríamos revisar qué más necesita reforma, hacer una lista y pedir presupuesto. Mientras arreglan las cosas, puedes quedarte en mi apartamento.

—O podría volver al mío. A mi trabajo y olvidar todo este misterio.

—Todavía tienes que resolver el asunto de la herencia, ¿no?

—Sí, pero podría contratar a alguien para que se encargara y si tú te quedas con la casa, no hay mucho que yo tenga que hacer aquí.

Dylan sabía que no lo estaba diciendo en serio, solo pronunciaba aquellas palabras en voz alta, para tratar de convencerse a sí misma, de largarse de allí y dejar atrás el dolor.

El dolor de la pérdida de su abuela, la dificultad de una relación entre ellos, la posibilidad de que alguien quisiera hacerle daño...

—Si el asaltante ha venido detrás de ti y no es originario de Gold River, podría causar estragos en tu vida en la ciudad. Me gustaría que te quedaras hasta que este misterio se resuelva. No quiero que te hieran, Juls, y bien sabes que la policía de la gran ciudad está saturada de casos. No prestarán mucha atención a un allanamiento de morada en el que solo han volcado algunos muebles y quemado algunos documentos que no tendrás problemas en recuperar.

—¿Sabes? No soy de las que se rinden, ya no. Quiero desenmascarar al culpable, quiero que pague por lo que ha hecho y no pienso darle poder sobre mi vida. Me niego a hacerlo.

—Así se habla.

—Pero no significa que vaya a ir a tu apartamento, Dylan —advirtió. Lo miraba como si conociera todos los planes que se iban formando a toda prisa en su mente, sobre todo las distintas alternativas para seducirla.

—¿Vas a volver a la ciudad?

—No, por más que una parte de mí diga que es lo más sensato, no estoy dispuesta a rendirme —incidió una vez más—. Voy a quedarme aquí. En esta casa.

Eso sí le sorprendió. Ni siquiera él estaba seguro de que aquello fuera una buena idea. Una cosa era no permitir que algún loco controlara tus acciones y otra muy

diferente tentarlo. Quedarse allí, donde todo estaba patas arriba y con una seguridad cuestionable, no era algo que le resultara satisfactorio. Incluso si, de alguna macabra manera, favorecía a sus planes.

—La cama ha quedado inservible, las ventanas están rotas y los muebles... Ya ves, compruébalo por ti misma.

—Sin olvidar el olor a humo en la cocina... —lo animó ella.

—Exacto.

—Igual voy a quedarme aquí. Hulk me protegerá.

—Si te quedas, me quedo. Me niego a dejarte sola y desprotegida.

—No voy a acostarme contigo, Dylan. Una cosa es un besito inocente y otra...

—¿Acaso te lo he pedido?

Lo miró un poco cohibida y casi se arrepintió de haber sido tan brusco, pero estaba claro que iba a tener que jugar duro si tenía intenciones de ganar.

Y el fracaso no era una opción, ya no. Estaba cansado de equivocarse y algo muy dentro de él le decía que Juls era la indicada.

Incluso, Dios no lo quisiera, estaría dispuesto a casarse con ella. Con toda la angustia que la institución en sí misma le provocaba.

—Vale, machito. No te necesito.

—Anoche te gustó tenerme como en los viejos tiempos.

—Anoche estaba sensible. He perdido a mi abuela, me entero de que mi mejor amigo fue coaccionado para traicionarme y muchas de las cosas que he pensado durante años han sido mentira. Créeme, necesitaba un amigo.

—¿Acaso hoy no lo necesitas tanto o más que ayer? ¿Tengo que recordarte lo que ha sucedido aquí? —hizo un gesto que abarcó todo a su alrededor, provocando que Julieta se encogiera de hombros.

—Hace unos meses asaltaron a mi vecina, después de que la policía entrara y tomara pruebas suficientes, nos deshicimos de los muebles y objetos rotos, limpiamos y volvimos a poner todo en orden. Quizá pasó miedo al principio, pero ahora ya ni se acuerda. No le des más importancia de la que tiene.

Si algo seguía siendo igual en aquella mujer era su cabezonería, no estaba seguro de ser lo suficiente fuerte como para hacerla razonar. Quizá no necesitaba hacerlo, podría improvisar, ¿verdad?

—Voy a conseguir algunos voluntarios para ayudar con esto. Sellaremos las ventanas, traeremos un colchón nuevo y me quedaré contigo a pasar la noche. Si no quieres dejarme un hueco en tu cama, está bien, dormiré en el sofá, pero no vas a quedarte sola.

Julieta se rio, como si todo el asunto le pareciera divertido, por lo que frunció el ceño casi sin darse cuenta.

—¿Qué pasa? —inquirió con cierto grado de molestia.

—Nada. Estás tan serio, Dylan. Solo eso. Nunca te había visto así a excepción de aquella vez cuando me subí al tejado y estuve a punto de romperme el cuello.

El hombre soltó un largo suspiro, recordando la anécdota.

Había subido para arreglar una gotera y Julieta, que debía tener unos diez u once años por aquel entonces, lo había seguido sin que se diera cuenta. A punto estuvieron los dos de caer y acabar hechos un guñapo en el suelo, pero por suerte, sus buenos reflejos, los salvaron a los dos de una fatídica caída, que podía haber acabado con la muerte de uno o de ambos.

—Hay cosas con las que no bromeo, Juls. Una de ellas es tu seguridad.

—Puedes dormir en mi cama, si encontramos una cama. Creo recordar que la vida es más lenta en los pueblos pequeños. ¿Estás seguro de que serás capaz de conseguir un colchón nuevo?

—Estoy seguro de que la gente se volcará para ayudar en el mismo instante en que se enteren de lo que ha sucedido. Puede que seamos lentos, pero somos solidarios.

A pesar de que Gold River tenía sus cosas malas, las rencillas típicas entre vecinos, los cotilleos constantes y la lentitud de servicios a la que aludía Julieta, también tenían una norma básica que superaba a todas las demás: si alguien necesitaba ayuda, todos se apresuraban a echarle una mano.

Sabía que tendría el lugar habitable para última hora de esa tarde. Incluso si tenían que convivir con el humo y soportar la corriente que dejaran entrar los cristales rotos.

Debía conseguir algún plástico fuerte para aislar lo más posible. A pesar de que no ofrecería seguridad, sí permitiría que pudieran guarecerse.

—Tienes demasiada confianza en los demás, Dylan.

—Puede que sí o puede que tú no confíes en absoluto. ¿Qué es mejor, Juls?

La miró con intensidad, la deseaba como un loco, pero también necesitaba saber que estaba segura. Feliz y segura.

—Puede que me haya vuelto un poco cínica con los años, no lo niego.

—¿Un poco nada más?

—Quizá mucho, pero no sabes cómo es el mundo de la publicidad. Una batalla constante por llegar más rápido, más lejos y con el menor número de enemigos posible.

—Y eres buena en lo tuyo, Juls. Lo sé, pero no dejes que la competitividad del mundo empresarial se cuele en todas las facetas de tu vida. Recupera a la niña que tenía fe en los demás, que confiaba y que era capaz de abrir su corazón a nuevas experiencias y a la esperanza.

—Lo que pasa es que a esa niña le pisotearon el corazón.

Y él había sido uno de los culpables de ello. Lo sabía, la información quedó colgando entre los dos, pero no podía hacer nada para cambiar el pasado; solo podía mostrarle algo diferente para el futuro.

Y estaba dispuesto a hacerlo, costara lo que costase.

—Juls, yo...

—No iba por ti, Dylan.

Asintió y guardó silencio, no era el momento para tener esa charla. O quizá lo fuera, pero ninguno de los dos estaba listo para remover la mierda que habían dejado resuelta con sus confesiones en mitad de la noche el día anterior.

Afortunadamente la puerta impidió que se sumergieran aún más en un tema que era mejor dejar aparcado hasta que ambos estuvieran preparados para dar un paso más. Julieta había dicho que lo había perdonado hacía tiempo, pero aún sentía que necesitaba resarcirse. Le había causado un dolor tan intenso que podría interponerse en lo que fuera que podían llegar a construir juntos.

—¡Arizona! —exclamó Julieta cuando abrió la puerta. Las dos mujeres se sumergieron en un intenso abrazo de sincero afecto.

—He escuchado lo que había pasado y aprovechando que tengo unas horas libres, hemos decidido pasar a ver en qué podemos ayudar.

Las dos hijas de la mujer estaban junto a ella, la mayor observaba a su alrededor todo con curiosidad, mientras la pequeña se fijaba en Julieta con una inusitada atención. Como si estuviera viendo algo que no hubiera visto nunca.

—¿Cómo se llama? —preguntó la niña, señalando al perrillo que Duncan había pasado por alto.

—Hulk. Se llama Hulk.

—¿Puedo tocarlo?

Julieta asintió.

—Claro que sí, Jo. Y también puedes tenerlo en brazos, apenas pesa y no muerde. ¿Te gustaría?

La niña asintió vehemente, mientras lo sostenía con mucho cuidado y le rascaba las orejas al animal. El perro se dejó querer, provocándole una sonrisa.

Vaya bestia de presa que estaba hecho Hulk, se desmoronaba con unos cuantos mimos.

—Juls, voy a dejaros un rato. Trataré de encontrar voluntarios para sacar todo lo que no sirve y traer algunas cosas básicas. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

Julieta lo miró, dedicándole nuevamente toda su atención y una titilante sonrisa. ¿Se sentiría cohibida por la presencia de su amiga?

—No, gracias, Dylan. Estaremos aquí.

Se dirigió entonces a Arizona.

—¿Podréis quedaros hasta que regrese? Visto lo que ha pasado, no quiero que se quede sola. Quién haya hecho esto podría volver.

—No te preocupes, me toca guardia esta noche, puedo esperar el tiempo que sea necesario.

—Gracias. —Sonrió con afecto a la mujer y revolvió el pelo de Jo, mientras le guiñaba un ojo a Rosie, la hija mayor—. Cuento con vosotras para mantener el fuerte a salvo.

Las dos rieron. Lo conocían desde siempre, especialmente porque no hacía mucho había estado en el instituto y en el colegio dando una charla como responsable del departamento de bomberos, sobre seguridad ciudadana e incendios.

Las dos niñas eran preciosas, la mayor no tenía grandes similitudes con su madre, pero la pequeña era como una gota de agua. Recordó a la niña que fue una vez, habían estado juntos en la misma clase y había presenciado parte de la campaña de destrucción que algunas personas malintencionadas habían llevado a cabo cuando se quedó embarazada.

Por suerte, Warren había devuelto la sonrisa y la esperanza a la vida de la joven y él esperaba ser capaz de hacer lo mismo por su propia chica.

Incluso si en su caso, él había sido el mayor culpable del dolor y la humillación a la que se había visto sometida.

—No tardaré —se despidió con un gesto y cuando cerró la puerta a su espalda, tuvo una visión.

Un futuro en el que, con un par de hijos propios, quizá alguno más, se despedía de su mujer para ir a trabajar, no sin antes darle un beso de despedida como los dos se merecían.

Pero necesitaba más tiempo para acostumbrarse a la idea y él era lo suficientemente paciente como para esperar todo lo que hiciera falta.

CAPÍTULO 13

—¿Y bien? —preguntó Arizona, en el instante en que sus hijas se perdieron en el dormitorio, recogiendo sábanas despedazadas y jugando con Hulk, como si aquello solo fuera una aventura más—. Cuéntamelo todo. ¿Qué ha pasado entre Dylan y tú?

Julieta rio, no pudo evitarlo. Supuso que el cotilleo seguía siendo el deporte favorito en Gold River. No le molestó. Había conectado con Arizona y se sentía muy bien teniendo a otra mujer en la que confiar. Alguien que no iba a echarle sus declaraciones en cara o utilizarlas para hundirla en la miseria.

—Hemos dormido juntos, me ha acompañado a esparcir las cenizas de mi abuela y ahora está dispuesto a convertirse en mi caballero de brillante armadura —se encogió de hombros—. Lo típico.

—Perdona, ¿qué? ¡Retrocede ahora mismo! ¿Te has acostado con él?

—No ha habido sexo, si eso es lo que quieres saber —susurró, en un tono de voz lo suficientemente bajo como para que las niñas no pudieran escuchar su conversación—. Solo hemos... dormido. Abrazados. Como en los viejos tiempos.

—¿Has dormido con Dylan y habéis mantenido las manos quietas? Apenas puedo creerlo.

—Deberías poder hacerlo. Recuerda que somos como hermanos. No es raro para nosotros. Lo hicimos muchas veces... Dormir, quiero decir.

—Sí, pero también sé que tú sientes algo mucho más intenso que amor fraternal por ese hombre. Solo hay que fijarse en cómo lo miras y, para el caso, en cómo te mira él. Saltan chispas. La química entre ambos es bestial —soltó con la emoción patente en su tono.

—Puede que sí, pero no voy a apresurarme. Ya cometí ese error en el pasado y ya no soy una chiquilla inexperta. Las cosas han cambiado y los tiempos. Necesito volver a confiar en él —habló sin darle importancia, como si fuera algo en lo que no merecía la pena indagar, pero las dos sabían que no era cierto.

La confianza era el bien máspreciado de todos, sin ella no había futuro ni amor ni posibilidades de construir nada.

Y la confianza de Julieta había quedado dañada mucho tiempo atrás.

—¿No confías en él?

—Confío en él a muchos niveles. Sé que va a estar a mi lado para protegerme del asaltante que ha hecho esto. Sé que me quiere, como quería a la niña que fui una vez y lo seguía a todas partes fastidiándolo. También sé que está excitado, que me desea,

quizá por la novedad o algo más, no lo sé, confío en que cuando nos acostemos (y sé que lo haremos en algún momento), obtendré más placer del que pueda imaginar, pero...

—No confías en él lo suficiente como para abrirle tu corazón.

—¿Amor? No creo que exista, ni siquiera con Dylan. Piensa en mi pasado, ya no solo en lo que pasó con él, sino en todo. Mi vida sentimental es un desastre, no creo que haya un solo hombre en este mundo que pueda enamorarse. Quizá soy yo el problema, es de mí de quién no pueden hacerlo.

Intentaba no dar importancia a sus palabras, pero sabía que Arizona entendería entre líneas. Era muy inteligente y empatizaba con ella de una manera especial.

Parecía que llevaban años siendo amigas. Si solo la hubiera tenido más cerca en los últimos tiempos, quizá no se habrían burlado de ella ni le habrían robado su trabajo. Quizá sería más feliz, teniendo una confidente.

—Nunca he escuchado tanta tontería junta en tan poco tiempo —espetó cortante. Su rostro era una máscara recriminatoria, como si fuera una de sus hijas y estuviera a punto de soltarle un sermón—. Ni siquiera tú puedes creer que lo que dices es cierto. El amor no es fácil, Julieta, te lo digo yo que llevo casi quince años casada. El amor hay que trabajarlo y cuidarlo, no es como en los libros, no es una explosión para los sentidos, es algo más importante y profundo. Algo real que te llena como nunca nada más podrá hacerlo. Es algo que todos anhelamos y que muy pocos encuentran. Cuando Dylan te mira hay deseo en sus ojos, pero también hay más.

—No puede estar enamorado de mí. No me conoce. Ya no. Ha pasado mucho tiempo, he cambiado y él también lo ha hecho. No voy a arriesgarme otra vez, Ari. Me gustaría hacerlo, pero ¿y si vuelve a engañarme? ¿Y si...?

Arizona negó.

—Ni siquiera la menciones. Entre Dylan y su ex no queda nada.

—Ni tú ni yo lo sabemos, eso es algo entre ellos. Sé que le ha jodido la vida, pero también que sigue tratando de salvarla. ¿Y si la sigue amando? ¿Entonces en qué lugar quedo yo? No soy como Sam, no soy atractiva ni llamo la atención de los hombres como ella.

—Creo que te equivocas. Dylan cometió un error, eso es todo. Ni siquiera creo que la amara.

—Me contó lo que pasó —confesó casi en silencio.

Sabía que las dudas que llenaban su voz tenían mucho que ver con su propia inseguridad y poco con Dylan, aún así se sentía perdida, asustada, sin saber muy bien cómo actuar.

Quería olvidar el dolor del pasado y abrirse a la posibilidad de iniciar una relación larga, sana e intensa con el único hombre al que había amado de verdad; pero

el temor... ese miedo que tenía la capacidad de paralizarla y hacerla correr lejos de él, cuanto antes y más deprisa mejor, no le permitía recrearse en la posibilidad de un futuro compartido.

Incluso si su corazón anhelaba imaginarlo, dejarse llevar, sentirlo.

—¿Y eso no significa nada? —No había recriminación en el tono de Arizona ahora, tan solo una comprensión que ni siquiera merecía—. No lo tires todo por la borda incluso antes de empezar, porque te arrepentirás toda tu vida.

—Lo sé, pero no es fácil.

—¿Sabes? Hay algo que no sabe nadie —empezó la mujer, asegurándose de que sus hijas seguían entretenidas en la otra habitación y no podían escuchar la conversación—. Warren y yo nos queremos muchísimo, él fue mi tabla de salvación en un momento en el que mi vida estaba patas arriba. Estaba embarazada, me habían roto el corazón, todo mi mundo se desmoronó. Perdí todo. Mi posición en el instituto, que entonces era tan importante para mí; mi casa, mi familia. Tuve que dejar Gold River atrás, empezar de cero con mi tía, en la ciudad. Reinventarme. Entonces conocí a Warren. Es el hombre más dulce que puedas imaginar, pero en aquel momento, también él estaba roto. Nos encontramos como almas afines, nos comprendimos, nos conocimos y antes de que me diera cuenta, tenía un anillo en el dedo y se había convertido en mi marido. Nunca juzgó mis actos, todos creen que él es el padre biológico de Rosie, pero lo cierto es que no es así —confesó en voz muy baja—, sin embargo, él nunca la ha tratado de forma diferente, nunca nos ha abandonado a ninguna de las dos y cuando nació, él fue el primero en estar a nuestro lado y cuidar de nosotras. Yo tenía el corazón destrozado, mi vida deshecha y él, el hombre que menos hubiera esperado, abrió sus brazos y me hizo sentir completa de nuevo, de una manera especial y diferente. Me devolvió la confianza en mí misma y en el amor. Warren se convirtió en mi pilar, en mi compañero. Gracias a él, me convertí en lo que soy hoy, tanto a nivel personal como profesional. Después de haber renunciado a todo, Julieta. Así que Dylan y tú tenéis esperanza. Tenéis el futuro por delante y la única traba para conseguir la felicidad que ambos os merecéis, sois vosotros mismos y el miedo. No le des ese poder. No permitas que nada ni nadie os mantenga separados. Solo vosotros podéis combatirlo y luchar por lo que merecéis.

Julieta observó a la mujer, sabiendo que había hecho una confesión que no muchas personas conocerían y se sorprendió por el hecho de que la había hecho sentir diferente. Como si al fin hubiera encontrado a esa amiga que había estado buscando toda su vida. Esa amiga que había creído una vez que era Sam.

Compartir secretos era entregar un inmenso poder a la gente, tanto que podrían destruirte con tan solo una palabra. Le había hecho un regalo tan grande con aquella confianza, que la hizo darse cuenta de lo que Arizona estaba diciendo. Si no tenías esa

fe en los demás, en las posibilidades, estabas perdido. Habrías renunciado incluso antes de empezar.

—Nunca repetiré lo que me has dicho, lo juro.

—Lo sé. No te lo he dicho para que te sientas de alguna manera obligada hacia mí o a tomar una decisión que tú no sientas, solo quiero que veas que todos tenemos secretos, pasados difíciles y que hemos tenido que apostar por alguien para poder alcanzar algo que necesitábamos.

—¿Alguna vez has pensado en...?

No terminó, no necesitaba hacerlo. Las dos sabían de quién hablaba. Del hombre que la había dejado embarazada.

—La mente humana es traicionera. ¿Que si he pensado en todos los «y si»? Claro. Lo he hecho.

—¿Te arrepientes de tu decisión?

—Jamás. Warren es ahora mi vida. Le quiero de una manera en que es difícil de explicar y el pasado es solo pasado. Nos va convirtiendo en quiénes somos, pero no nos define. No nos marca irremediabilmente e impide que evolucionemos. ¿Dylan te hirió en el pasado? Sí, lo hizo, pero ese hombre cometió un error. Uno que parece estar dispuesto a resolver si le dejas. Y veo que te mueres de ganas por darle esa oportunidad. No te limites, Julieta. Confía en mí en esto.

—Confío en ti, lo que me cuesta es confiar en mí misma.

—Porque te han herido y te han hecho dudar, pero la forma de enfrentar eso es mandar a todos a la mierda y coger lo que quieres con ambas manos, aferrarte a él y no soltarlo.

Julieta entendía el punto, pero también sabía que hacer lo que su amiga le sugería era renunciar a muchas cosas de su vida que no sabía si estaba dispuesta a dejar atrás.

Todo había cambiado. Su trabajo era lo primero, su apartamento, sus aspiraciones...

Si su abuela no hubiera muerto, probablemente no habría vuelto a Gold River. No habría visto a Dylan y no se habría planteado la posibilidad de tener algo con él. Lo que fuera: una aventura, una relación, una noche salvaje...

—Uff, esta conversación es demasiado seria —dijo tratando de aliviar el peso que empezaba a alojarse en su pecho—. ¿Por qué no nos tomamos un refresco con las niñas mientras esperamos a que lleguen los refuerzos?

El gesto de Arizona se suavizó, sin apartar la mirada de ella.

—Creo que has tenido una magnífica idea.

Y Juls pudo, finalmente, respirar en paz.

No era que no tuviera que seguir dándole vueltas a las posibilidades, porque sabía que tendría que hacerlo, pero necesitaba más tiempo, más espacio, meditar en lo

que habían hablado, en lo que había pasado con Dylan, en lo que sentía.

Si tenía que pasar algo entre los dos, no iba a ser apresurado. Incluso si deseaba sentir sus brazos, su boca, su cuerpo envuelto alrededor del de él. De ese hombre que siempre la había acompañado, incluso en la distancia, que siempre había tenido un hueco en su corazón.

Porque darle más poder del que ya tenía, podía ser un error que pagara muy caro.
Un error con el que tendría que convivir para siempre.

Y su ausencia, sería suficiente pena perpetua, para su alma y su corazón torturados.

Esa zorra creía que podría salirse con la suya. Atreverse a burlarse de esa manera, ignorar la amenaza, quedarse en aquella casa que debería haberse convertido en un lugar de odio y miedo; provocaba que se recreara en la idea de hacerle daño. Un daño de verdad, uno permanente que ya no le permitiera la burla, ni la esperanza. Nada.

No se merecía nada. Solo miedo, angustia, soledad.

Castigo.

Merecía ser castigada y estaba en sus manos hacerlo.

Lo haría. Podía saborear el momento en el que su lucha desesperada por escapar, por complacer todas sus peticiones, se convirtiera en realidad.

Apenas podía esperar para verla arrastrarse como la sucia rata que era.

Había convencido a todos aquellos hombres que ahora arrastraban herramientas, cajas y hasta un colchón nuevo al interior de la casa, dirigidos por aquel que había estado vigilante a su lado.

Él se equivocaba con Julieta. Creía que era pura, pero no sabía la verdad.

Era una rata, una serpiente.

Y sería castigada.

Hasta que suplicara por la muerte.

Una risa macabra abandonó sus labios desde el lugar en el que contemplaba sus movimientos. Esa noche no, pero pronto, muy pronto, pagaría por haberle arrebatado todo.

Pronto, antes de lo que cualquiera de ellos pudiera esperar, todo terminaría.

Y solo una persona se alzaría con la victoria.

Y no sería ella.

Nunca ella.

Zorra maldita. Moriría.

CAPÍTULO 14

Dylan tenía una extraña sensación desde que habían llegado a la casa, como si alguien los estuviera observando. Debía estar equivocado, porque a pesar de que había dado un paseo por los alrededores para comprobar que no se hubiera colado algún intruso, no había encontrado nada.

Se estaba volviendo paranoico.

Chris y Andy lo miraron con cierta diversión. Los dos hombres eran nuevas incorporaciones al cuerpo. Se habían trasladado desde la ciudad unos meses atrás, por lo que no sabían nada sobre Juls y lo que había pasado hacía años, pero sí eran lo suficiente avisados como para deducir que entre él y ella había algo diferente, especial.

—Me encanta la buena vecindad que existe en los pueblos pequeños —comentó Chris divertido. El hombre era una fiesta constante y un dolor de cabeza para las mujeres solteras del pueblo. Se lo rifaban, deseando ser la que consiguiera echarle el lazo al cuello, pero era un soltero empedernido que no planeaba sentar cabeza. Había ido a Gold River buscando intimidad y se había encontrado con un corro de gente dispuesta a descubrir hasta el más mínimo secreto. Podría habérselo tomado mal, pero en realidad, había descubierto que aquello le gustaba más de lo que había imaginado y se había quedado. Eso sí, no salía con mujeres del pueblo. Era una regla no escrita que tanto Andy como él habían estipulado desde el mismo momento en que llegaron.

Se conocían de antes, pero no habían confesado de qué y sabía que tenían algo entre manos, algo que no entendía ni quería entender. Saber qué hacían cuando terminaban su turno, no entraba en sus competencias y no era un cotilla.

Bastante lo habían herido a él mismo en otro tiempo los rumores.

Incluso ahora.

—Pues no veo a muchos vecinos ayudando —espetó Andy, un poco más cínico que su amigo—. Vaya panda de gilipollas.

—Julieta no vive aquí, ha heredado la casa de su abuela —les recordó—. Es posible que la gente todavía no sienta la confianza suficiente como para entrometerse.

—¿En este pueblo no se atreven a entrometerse? —preguntó Chris incrédulo—. Vamos, sí la primera noche en mi apartamento conseguí seis tartas, dos guisos y dos hogazas de pan recién hecho. ¿Quién diablos hace pan casero en el siglo XXI?

—Pero no es lo mismo... —soltó Andy divertido—. Tú eres carne de matrimonio.

El horror de la cara del otro provocó un estallido de buen humor en los dos hombres.

—¡Ni lo menciones! Las palabras sobre eso que empieza por «m» las carga el diablo.

Se estremeció completamente y simuló un escalofrío.

—Creo que me está entrando la gripe.

—Exagerado —lo acusó Dylan con diversión, guiándolos al interior—. ¿Juls? ¡Ya estoy en casa!

Siempre le había gustado decir eso en los viejos tiempos y no tardó en disfrutar del momento en el que ella se asomó, con el pelo recogido y ropa informal, sin olvidar aquella sincera sonrisa y el tono saludable de sus mejillas.

Estaba preciosa y todo su cuerpo reaccionó ante su presencia gritándole que la tomara.

Andy golpeó a Chris en el pecho, lo vio, los dos quedaron boquiabiertos, pero no la miraban a ella, sino a él. ¿Acaso se notaría en su cara lo mucho que sentía por ella? ¿Todo lo que quería de su Julieta?

—Parad ya, vosotros dos —les advirtió un instante antes de presentarle a la susodicha.

Fueron amables con ella y se unieron al trabajo, dejándolos solos. Llevaron el colchón hasta el dormitorio y se reunieron con Arizona. Podían escuchar las risas de las niñas y la mujer desde donde estaban. Dylan miró a Julieta, como si no pudiera evitarlo. Como si estuviera hipnotizado por aquellos ojos que si bien no reflejaban promesas, si una alegría genuina por verlo.

—Gracias por traer ayuda, pero casi hemos terminado ya.

—Repararemos lo que se pueda reparar y sacaremos lo más pesado.

—Ari y yo sacamos el colchón destrozado y algunos muebles, están en la parte de atrás. ¿Sabes si todavía sigue pasando Ralph con el camión o tenemos que llamar a alguien más?

—Me ocuparé personalmente —barbotó. Seguía perdido en su contemplación. ¿Qué pasaba? Cada vez que la veía parecía más guapa. Brillaba más, ¿era más feliz?

Quizá Gold River era un lugar mejor para ella de lo que ninguno de los dos se atreviera a imaginar.

—¿Dylan? ¿Va todo bien?

—Perfectamente —contestó tragando saliva—. Creo que será mejor que me ocupe de...

Hizo una señal hacia el fondo de la casa, sin terminar su aseveración y consiguió una risa de Julieta.

—¿Te pongo nervioso?

—¡No!

—Claro —se burló divertida, caminó hacia él, hasta quedar muy cerca. Sus

alientos entremezclándose—. Me parece que está usted muy nervioso, señor bombero.

—Si sigues así, tendrás que atenerte a las consecuencias, listilla. Soy un hombre de carne y hueso y tú eres una tentación.

Julieta estuvo muy cerca de rozar sus labios, pero en el último momento se alejó.

—Entonces tendré que mantener las distancias, no querría que te sintieras incómodo, menos cuando eres un invitado que ha venido a ayudar a arreglar todo este lío.

—Nunca. Jamás. Seré. Un. Jodido. Invitado. Para. Ti. Juls.

Remarcó cada palabra para dejar clara su intención, cada una dando un paso hacia ella hasta que la apresó entre sus brazos, tomando su cintura con suavidad y pegándola a su pecho. Descendió sobre su boca antes de que cualquiera de los dos pudiera resistirse y la besó como llevaba toda la mañana deseando hacerlo. Se entregó en cuerpo y alma a aquel beso.

Al principio Julieta se hizo la remolona, pero pronto sus brazos lo rodearon, tomando impulso para estar más cerca, devorándolo con un ansia desmedida, con una necesidad que rayaba la mismísima locura. Estaban unidos, los dos, muy profundamente y lo sabían.

Si solo dejaban a un lado el pánico que podía paralizar las cosas, estarían tan cerca de lograr la felicidad...

—Dylan tenemos que parar —gimió entre besos, pero su cerebro no estaba dispuesto a escuchar. Estaba muy lejos, perdido en las sensaciones, dormido y dándole prioridad a su necesitado cuerpo.

—¿Alguien puede abrir la puerta? —preguntó una voz desde la otra habitación. ¿Andy o Chris? No le importó. Siguieron besándose porque era lo único que se sentían capaces de hacer.

Sus labios estaban pegados, sus cuerpos necesitados de aquel contacto tan puro y visceral.

—Juls. Dios, Juls. No me dejes nunca.

—No. No te dejaré —jadeó ella, tirando de su ropa, necesitando sentirlo tanto como él.

Sabía que no podían seguir por aquel camino, que no estaban solos. Tenía que encontrar la fuerza de voluntad suficiente como para apartarse de ella.

Eso sería en un momento, pero todavía no. Todavía no.

—Vale, tortolitos. Sé que tenéis ganas. Mierda, hasta yo tengo ganas solo de veros, pero van a quemar el jodido timbre —espetó Chris pasando de largo y yendo a la puerta.

Los dos se apartaron un poco avergonzados. Dylan tenía la ropa arrugada y los labios hinchados por los besos, pero el aspecto de Juls... era tan perfecto como para

tomarla entre sus brazos y llevársela a la cama. No sin antes despedir a toda la gente que tenían alrededor.

Sin embargo, cuando su compañero abrió la puerta, una jarra de agua fría pareció caer sobre los dos.

—¿En serio no contestas mis llamadas por culpa de esta zorra? —espetó Samantha fulminándolos a los dos con la mirada.

Chris la miró con cara de pocos amigos, impidiéndole la entrada y que siguiera mirando a Dylan o Julieta.

—Nadie te ha invitado a la fiesta, nena. Lárgate.

Y trató de cerrarle la puerta en las narices.

—Quiero hablar con mi marido. ¡Ahora mismo!

—Dylan ya no es nada tuyo —espetó el hombre sin contemplaciones—. Y si sigues jodiéndole la vida, vas a tener que vértelas conmigo.

—¿Tú? ¿El puto del pueblo? Sé los rumores que circulan sobre ti.

—Nena, ¿tú hablando de putas?

El desprecio en el tono de Chris lo sorprendió. Nunca lo había visto hablarle así a una mujer, aunque si alguien conocía la facilidad de Samantha para sacar el peor lado de una persona en cualquier situación, ese era él. Normalmente, no se mostraba ante otros así, pero al parecer hoy estaba lo suficiente desesperada como para dejar ver su auténtica cara.

Y la mirada que le lanzó a Julieta estaba llena de odio.

Dylan la miró, tratando de evaluar su reacción, pero ni siquiera pareció afectada. Tan solo caminó hacia la puerta y la miró.

—¿Qué quieres?

—Contigo nada, quiero a mi marido —incidió en ese «mi», dejando claro que era suyo y que nunca le pertenecería a ella.

Samantha solo quería algo cuando no lo podía tener, cuando era suyo, lo despreciaba.

No iba a permitir que volviera a interponerse entre los dos.

—Por lo que sé ya no es nada tuyo. Estáis divorciados.

—¿Crees que va a cambiarme por ti?

Chris interfirió de nuevo.

—Lárgate antes de que llamemos a la policía.

—¿Y qué crees que van a hacerme? —se burló la mujer—. Siempre me libro.

—Hasta que un día ya no pase —espetó Dylan tomando el control de la situación—. No tienes nada que hacer aquí. Si te empeñas en seguir molestándonos, te denunciaré. Estoy cansado de tus juegucitos, Samantha. Ya has hecho bastante daño.

—Esto no va a quedarse así. Vamos a vernos en los tribunales, acabaré con

vosotros y esta pantomima de relación.

Dylan miró a Julieta, seguía impassible, como si no le afectaran aquellas palabras, aunque él sabía que tenía que dolerle que la que en otro tiempo había sido su amiga, pareciera tan empeñada en causarle dolor.

O quizá había dejado aquella relación tóxica atrás, algo que él mismo todavía no había sido capaz de hacer.

—¿Has sido tú? —preguntó Juls haciendo un gesto a su alrededor.

La mujer se burló, la risa sonó macabra incluso a sus oídos acostumbrados a aquel sonido.

—Me hubiera gustado, pero yo no me ensucio las manos con la basura.

Se estiró, muy digna, y les dio la espalda.

—Tendréis noticias mías.

Chris los miró y negó.

—Esa mujer está loca y debería estar encerrada en una institución mental.

—Hemos intentado ayudar, pero no se puede hacer nada con aquellos que no se dejan —le recordó Dylan, su voz sonaba cansada y no era para menos, estaba harto de aquella situación.

Un desliz y todo su mundo se había desmoronado.

Juls. La vida que podrían haber tenido juntos. Los hijos con los que había soñado. La paz. El amor. La felicidad que tanto ansiaba y que ambos tanto merecían.

—Algún día algún juez con ética suficiente como para hacer su trabajo emitirá una orden judicial y la mantendrá encerrada hasta que vuelva a ser una ciudadana normal.

Julieta y él se miraron, dudaban que eso fuera posible. Ni que la atraparan ni que pudiera cambiar.

Había personas que eran dañinas de cuna y no había manera de rehabilitarlas, sin embargo, Dylan sintió esperanza cuando en los ojos de la mujer que deseaba amar había esperanza y no desilusión. Cuando no vio una puerta cerrada, sino una posibilidad.

Quizá había llegado el momento en que ambos estaban dispuestos a dar un paso en la dirección correcta.

La única que los llevaría a uno a los brazos del otro.

CAPÍTULO 15

Viernes noche.

Julietta estaba nerviosa, esperando de pie frente a la puerta del restaurante en el que había quedado con Arizona y otras tres mujeres a las que si conocía del pasado, no recordaba. Sus nombres eran: Susan, Victoria y Jill. A pesar de que su nueva amiga le había hablado de sus profesiones y sus caracteres y le había hecho una descripción física superficial, ignoraba si sería capaz de reconocerlas.

También ignoraba si estaba lista para reunirse con otras mujeres y hablar sin tapujos de las cosas que hablaban las amigas en ese tipo de reuniones. Nunca había tenido demasiadas relaciones de ningún tipo y le costaba imaginarse en esa tesitura.

Incluso sentía temor de meter la pata y perder la oportunidad de alcanzar cierto estatus de colega, si no confidente, en aquel encuentro.

Sería bueno que, por una vez en su vida, se uniera a la gente adecuada. Gente que sumara y no restara nada en su existencia, ¿verdad?

—¿Armándote de valor? —preguntó una voz conocida a su espalda.

Cuando se giró y vio a Arizona, pudo respirar tranquila.

—Sí, la verdad es que esto es muy raro para mí. No suelo tener citas con otras mujeres; amigas. No tengo muchas amigas.

La otra entrelazó su brazo con el de ella y sonrió tranquilizadora.

—Los comienzos siempre son duros. Vamos. Te gustarán, son buenas chicas.

—Espero gustarles a ellas, en realidad.

Supuso que su tono daba la sensación de que se sentía acorralada, casi como si la fueran a llevar al patíbulo. Pero así era la vida cuando desconocías una faceta de esta.

Esperaba estar a la altura de las circunstancias y no avergonzar a Arizona, que la había recibido con los brazos abiertos y le había dado algo que a excepción de Dylan y su abuela, nunca había tenido.

Comprensión, confianza y cariño.

—No sabes lo mucho que agradezco tu apoyo. no sé cómo podría haber salido adelante estos días sin Dylan y sin ti —confesó en voz baja.

—Perder a un ser querido siempre es duro y los amigos están para apoyarte en los momentos de necesidad.

Pero Julieta sabía la verdad. Nunca había tenido amigos, Dylan había sido diferente, hacía años, ¿pero hoy? ¿en su presente? No podía permitírselos.

Y verse tan arropada en el lugar de su infancia, lugar al que nunca había deseado volver, la había hecho desear una vida diferente a la que tenía y le hacía preguntarse

si no se habría equivocado con el camino que había elegido, pero ya no podía dar marcha atrás.

La vida era como era y había que aceptarla tal cual o hacer los trámites necesarios para modificarla.

¿Estaría dispuesta a ello?

Mientras su mente cavilaba libremente por aquellos derroteros llegaron a la mesa en la que esperaban las tres mujeres. Un reservado, donde ya había varias cartas de cócteles y sandwiches esperando y la posibilidad de iniciar algo nuevo. Formar parte de algo desconocido que la intrigaba y aterraba a partes iguales.

—Chicas, ya hemos llegado. Esta es Julieta, está un poco nerviosa. ¡Dadle la bienvenida!

Las mujeres eran tan diferentes entre sí como el día y la noche. Una de ellas, Jill, llevaba ropa deportiva y la camiseta de tirante grueso dejaba a la vista no solo un gran escote, sino también unos buenos músculos. Seguro que podía levantar los muebles con una sola mano. Estaba en forma, llevaba el pelo corto y tenía cara de duende. Sus ojos brillaban con diversión y se levantó para estrujarla en un abrazo que le cortó la respiración.

—Bienvenida al club locas-sabrosas-y-contentas.

—No le hagas caso —soltó la segunda, que llevaba un vestido delicado que se acoplaba a su delgado cuerpo como una segunda piel, cayendo en cascada desde su cadera y mostrando unas tersas pantorrillas. Sus pies iban enfundados en unos tacones que le habrían llamado la atención, pero que nunca se habría atrevido a ponerse. Quizá por las flores o quizá por los brillos que parecían recoger todas las luces del local. Parecía frágil, pero también afable. La miró con simpatía y le tendió la mano, para saludarla—. Solo trata de asustarte, pero te acostumbrarás. Soy Susan y soy florista. Ah, y me reúno con esta panda de locas una vez a la semana si tenemos suerte.

—Dijo la loca más loca —espetó la tercera en discordia haciéndole sitio a su lado. Debía ser Victoria, por las referencias que Arizona le había dado. Llevaba un traje de negocios, muy similar al que ella misma solía llevar y la miraba con curiosidad—. Soy abogada y si te metes en un lío, soy tu chica. Vengo directamente del juzgado, una disputa por un terreno para el que nadie tiene una escritura legal. ¿Lo puedes creer? Odio las riñas familiares. ¿Y qué más dará quién sea el dueño? Que lo dividan a la mitad y ya está.

—La fiebre del oro atacando de nuevo —espetó Jill divertida retornando a su asiento—. ¿Cuándo van a empezar a pensar con el coco en vez de con la cartera? Esa veta murió hace siglos, lo único dorado que le queda a este pueblo es el nombre y las ancianas del club de bridge.

Julieta sonrió ante la charla de las tres, que una vez presentadas habían vuelto a relacionarse como si nada. Arizona intervino, mientras ambas tomaban asiento junto a la señorita abogada e hizo un intento de calmar a las mujeres.

—Vamos a tomárnoslo con calma, chicas.

—¿No quieres que asustemos a la nueva? —preguntó divertida Jill—. No te preocupes por lo que veas o escuches, somos así, solo toma una copa y diviértete. No vas a tardar en poder unirte a las bromas.

—Hablando de bromas... —empezó Susan—. ¿Sabéis lo que me han pasado bajo secreto total que no puede salir de este reservado y si lo hace os mataré a todas?

Julieta tragó saliva preguntándose si alguien con un aspecto tan puro podía ser capaz de matar.

—Asustas a la nueva —espetó Jill de nuevo—. La única capaz de matar con sus manos desnudas soy yo, cariño. Y hace mucho que no lo hago, así que no te pongas nerviosa —le guiñó un ojo y se dirigió a la florista de nuevo—. ¿Qué es eso tan secreto?

La otra sonrió y mantuvo el silencio el tiempo suficiente como para crear un golpe de efecto, mientras sacaba de su diminuto y perfecto bolso una pequeña tarjeta roja. Cuando la puso sobre la mesa, las miró a todas, Julieta incluida.

—La Otra Estación.

—¿La otra qué? —preguntó Arizona.

—Estáis en el mundo porque tiene que haber de todo —espetó la abogada atrapando la tarjeta y mirando los brillantes números dorados—. Creo que hemos encontrado otra cosa que brilla, Jill. Especialmente con un aceite especial para cuerpos masculinos desnudos y muuuuy sexys.

—¿De verdad no has escuchado los rumores? —preguntó Susan, como si todas debieran estar al tanto de lo que estaba pasando. Bajó la voz, para que nadie más que ellas pudiera entender lo que trataba de decir—. La amiga de una prima de mi vecina consiguió el número por casualidad y llamó para disfrutar del servicio, todo muy secreto, por supuesto, nadie quiere que salte la liebre y que algunas mujeres (que son muy tocapelotas, ya me entendéis) se enteren de lo que algunos chicos del departamento de bomberos se traen entre manos.

—¿Estás hablando de algún tipo de agencia de acompañantes masculinos? —se interesó Jill, sus ojos brillaban con expectativa, mientras trataba de alcanzar la tarjeta, pero Victoria se lo impidió.

—La he visto primero.

—En realidad, es mía, chicas —dijo la florista con una dulce sonrisa, recuperándola—, pero la compartiré si os portáis bien.

—Y no es una agencia de acompañantes masculinos —explicó Victoria—. Son

solo un grupo de tíos ofreciendo sexo inolvidable gratis.

—¿A solteronas necesitadas? —inquirió Jill ofendida.

—Nadie ha dicho que seas una solterona.

—Ja. En este pueblo cumples cuarenta y te cuelgan el San Benito. Pues yo estoy muy bien como estoy, gracias.

Victoria puso los ojos en blanco.

—Claro, ve y haz que otros se lo crean. Yo no digo que no a una velada encantadora con un tipo sexy y dispuesto a darme todo el placer que yo quiera y como lo quiera.

—Hay una serie de normas, según me han informado —continuó Susan—. Y ellos se guardan la posibilidad de veto, así que en realidad no es tan fácil conseguir el servicio, pero no creo que puedan resistirse a nuestro club de señoritas sexys.

—¿Pero os estáis escuchando? —espetó Arizona totalmente incrédula.

Victoria le clavó el codo, acallándola.

—Baja la voz que viene Joe.

Todas las mujeres esbozaron una sonrisa, la florista ocultó la tarjeta y empezó a hablar de tulipanes y margaritas, el hombre las miró con una mezcla de diversión y paternalismo. Debía tener al menos sesenta años y una sonrisa afable iluminaba su rostro.

—¿Qué será esta noche, mis damas?

—Un Manhattan para mí —dijo Susan muy comedida—. Y un sandwich vegetal, por favor.

—¿Así cómo vas a poner carne en ese cuerpecillo, muchacha? —Negó Joe, sus ojos brillaban y su sonrisa no desapareció mientras anotaba el pedido.

—Cerveza y hamburguesa doble —espetó Jill sin ambages—. Tengo hambre y este cuerpo serrano no se mantiene solo.

—¿Sigues dirigiendo ese lugar infernal?

—Mi *dojo* no es ningún lugar infernal, es ese lugar al que las mujeres van para saber pegarle una patada en el trasero a los hombres como tú, Joe —no había acritud en el tono ni la actitud de ninguno de los dos, tan solo un ambiente bromista.

—Mi Margaret, Dios la tenga en su gloria, habría disfrutado de eso. Sí, señor. Lo habría hecho.

—Ponme un Martini, Joe —dijo Victoria entonces—, con aceituna incluida. Esta noche no tengo hambre, así que estaría bien una ración de patatas fritas y uno de tus bistecs.

Joe asintió divertido.

—Menos mal que no tienes hambre, muchacha.

—El juzgado, ya sabes... esas disputas siempre consiguen revolverme el

estómago.

—Si las cosas se hicieran como en los viejos tiempos, no habría tantas paparruchas ni gilipollices.

—Bien dicho, Joe —celebró Jill—. Nos liamos todos a puñetazos y se acabó.

El hombre mayor sonrió y señaló a Jill con la punta del boli.

—Cuidado con lo que dices, siempre hay un pez más grande ahí fuera dispuesto a darte un bocado.

—Esos pececillos no se atreven con una hembra como yo —espetó desvergonzada la mujer.

—Ay, si yo tuviera veinte años menos, muchacha. Te iba a enseñar cómo muerden los peces —le guiñó un ojo y miró a Arizona.

—¿Qué te pongo, preciosa?

—Tu mejor vino, Joe, y el especial de la casa. Esta noche quiero celebrar que tenemos una nueva invitada en nuestro club. ¿Recuerdas a Julieta?

El hombre asintió, posando los ojos en la aludida.

—Claro que la recuerdo. Siempre estaba pegada a nuestro jefe de bomberos. Dylan y ella parecían una pareja hecha, pero el tiempo y las circunstancias son unos hijos de puta —Negó—. Disculpe mi vocabulario, señorita. Todos lamentamos la mala suerte de Dylan con esa arpía, que por cierto aquí no las molestará. Tiene vetada la entrada a mi local. Y también siento mucho lo que le hicieron en la casa. Han llegado los rumores, he estado buscando un momento para pasarme a saludar, pero pensé que era demasiado pronto. No querría ser indiscreto.

—No se preocupe. Todo el mundo es bien recibido, ha sido un golpe duro perder a mi abuela, el asalto... Volver a casa parecía un reto, pero ahora me siento muy bien recibida aquí. Había olvidado la magia de los lugares pequeños.

Joe se rio.

—Supongo que para una chica de ciudad, Gold River parece un pueblecito de cuento. ¿Qué vas a tomar, hija? —inquirió tuteándola. Así de fácil, había sido aceptada como una más.

Se sintió reconfortada solo por ese hecho.

—Una botella de agua y un sandwich clásico, por favor.

—De eso nada —espetó Jill—. La noche de chicas el agua está prohibida. Tráele un combinado, Joe, o cualquier otra cosa fuerte. Vamos a bautizarte como se debe.

—Entonces una copa de vino blanco —pidió.

El hombre terminó de anotar el pedido, recogió las cartas y se alejó en dirección a la barra.

Todas las mujeres volvieron a cuchichear, como si no hubieran sido interrumpidas. Susan fue la primera.

—He pensado que podríamos llamar a La Otra Estación y solicitar el servicio. Una de nosotras debería realizar un control de calidad, para informar al resto de si merece la pena.

—Yo lo haré —dijo Jill—. Soy la que más oportunidades tiene de atizarle a un aprovechado en caso de que trate de propasarse y el servicio sea una farsa para seducir y engañar a pobrecitas mujeres insatisfechas.

—¿Creéis que Dylan estará disponible? —preguntó Victoria—. Sería un gran gancho.

—Dylan es demasiado serio para... —empezó Julieta, pero se obligó a permanecer en silencio. ¿Y si él era uno de los hombres que complacían las fantasías eróticas de las mujeres? ¿Qué haría ella entonces?

Se estaba enamorando de él, quizá lo había estado siempre, si descubriera algo como eso, saldría corriendo rápido y lejos de allí. ¿O no? ¿Cómo sería llamar y que él llegara a su cama dispuesto a complacer todos y cada uno de sus deseos?

También era cierto que si tan solo lo pedía, él lo haría. Porque la química entre ellos había resurgido con una fuerza que nunca había tenido, ni siquiera en el pasado, la única vez que habían hecho el amor.

—En eso tienes razón —corroboró Susan—. Además, chicas, los hombres de otras están vetados y por lo que me han dicho, Julieta y Dylan están viviendo juntos.

—No estamos viviendo juntos... Bueno, técnicamente lo estamos, pero no en el sentido al que te refieres. No hay nada entre nosotros más allá de una amistad.

—No te lo crees ni tú —espetó Victoria con diversión—. Si no puedes ni imaginarlo como el bombero del amor sin sacar las uñas, cariño. Estás loca por él.

—Y probablemente deseando llevártelo a la cama, si es que aún no lo has hecho.

Todas rieron las palabras de Jill, incluso Julieta, porque sabía que en el fondo tenía mucha razón.

—Puede que sí, pero eso no va a pasar. Tenemos un pasado en común.

Una de las camareras de Joe interrumpió de nuevo la charla mientras les servía su pedido, cuando las dejó solas, Susan volvió al ataque.

—No sabemos quién está verdaderamente detrás de todo el asunto de La Otra Estación, pero sabemos que son de fiar. La persona que me ha dado la tarjeta me lo ha garantizado. Creo que debemos dejar que Jill llame y pruebe la mercancía. No a Dylan, claro —añadió para tranquilizarla. Se sintió incluida solo por ese hecho, como si de alguna manera, la consideraran una de las suyas y pretendieran salvaguardar sus intereses.

—Pues aunque no estoy desesperada, puedo arriesgarme por vosotras, chicas —aseguró Jill—. Hace tiempo que no me doy un buen revolcón y ya va siendo hora de desalojar las telarañas.

Todas rieron ante su contribución. Julieta se relajó un grado más y tomó un sorbito de vino.

Quizá no había sido tan mala idea después de todo asistir a esa noche de chicas. Quizá podría jugar a imaginar que aquel era su lugar, que podía quedarse en Gold River y disfrutar de esos encuentros del viernes por la noche, hablar de hombres y no preocuparse por el qué dirán, ni por tener que estar siempre impoluta y dispuesta a luchar por conseguir un nuevo proyecto, un puesto más alto o un salario más elevado.

Quizá debería recuperar la esencia de lo que había sido en otro tiempo, de lo que sería estar en casa.

Y sentía Gold River como su casa, incluso si había pasado alejada años, porque a pesar de los malos recuerdos, había muchos otros muy buenos en cada rincón de aquel lugar.

Y Dylan estaba involucrado en casi todos ellos.

Sería tan fácil dejarse llevar y caer en sus brazos. Olvidar todo lo que había creído desear y quedarse con algo tan simple como su amor de juventud, el hogar que la había visto crecer y el pueblo donde ahora tenía la oportunidad de prosperar.

Quizá no profesionalmente, pero sí en su vida personal.

Podía tener amigas, podía tener un futuro y, si todo iba bien, incluso podría formar esa familia con la que siempre había soñado, pero que no se había atrevido a imaginar.

Junto a Dylan.

Los dos. Un amor de verdad.

CAPÍTULO 16

—Dylaaaaaaaan —llamó Juls arrastrando la palabra mientras el hombre abría la puerta y ella caía directamente en sus brazos—. Mi bombeero del amorrrr.

Dylan no podía creer lo que estaba viendo. Cuando Arizona le había avisado de que iba a acompañar a Julieta a casa y que ella le necesitaba, no había esperado que llegara tan obviamente borracha.

—Juls, eh, nena, has bebido demasiado. Estás un poco mareada, deja que te ayude.

—Mareada, sí —dijo un poco aturdida, quitándose los zapatos y haciendo que volaran por la sala—, pero no borracha. Un poco achispada. Quería beber agua, pero las chicas no me dejaron. Tomé una copa de vino —confesó, luego negó, tambaleándose de nuevo—. No, dos copas —trató de mostrar dos dedos, pero no fue capaz.

Dylan sonrió.

—No toleras bien la bebida.

Le parecía divertido hasta cierto punto, sobre todo porque ella se había apoyado en él y lo miraba como si fuera todo lo que deseara en el mundo. Deseaba verla de esa manera, aunque habría sido mucho mejor si hubiera estado sobria mientras se la dirigía.

Pero un hombre honorable como él, podía disfrutarla, pero no se aprovecharía.

—Nunca bebo. Nuuuun-ca. Hoy es una noche especial. —Lo miró como si no lo hubiera visto nunca antes y entonces sus labios mostraron una sonrisa tonta—. Eres tan guapo, mi bombero del amor. ¿Tú seduces mujeres en tu tiempo libre?

—Vamos, voy a llevarte a la cama, Juls. Necesitas dormir la mona.

—Sí, llévame a la cama, pero no vamos a dormir. No. Quiero hacer el amor contigo, lo necesito.

Cuando llegaron a la habitación, la dejó sobre la cama y ella empezó a retorcerse para quitarse la ropa.

—Te deseo, me estás volviendo loca. Dormir contigo y no tocarte, estoy al límite, Dylan. Al límite.

Podía comprenderla perfectamente, porque él también se sentía de esa manera. Pero los dos sabían que esa no iba a ser la noche en que terminarían con la inquietud. Tendrían que esperar a que ella se encontrara mejor.

—Yo también te deseo, Juls. Eres preciosa.

—Ayúdame a desnudarme.

No necesitaba decirlo dos veces, estaba claro que ella era incapaz de desabrochar los botones de la blusa o quitarse la falda, así que él lo haría en su lugar. No miraría, pero necesitaba hacer que estuviera lo más cómoda posible.

—Quítate la ropa, bombero del amor. Quítatela.

—¿Por qué me llamas así, Juls?

—Por La Otra Estación. Promete que si llama Jill, no irás. Tú eres mío, solo mío Júralo.

—¿De qué otra estación hablas, Juls?

La mujer había bebido demasiado, estaba claro. No sabía lo que decía, pero si quería imaginarlo como un semental dispuesto a darle placer, ¿quién era él para discutirsele? Esa noche no, pero pronto, muy pronto. Los dos habían sabido desde el principio que estaba destinado a pasar.

Lo que él quería era que no fuera algo puntual, sino que durara para siempre.

—Los bomberos que dan placer gratis a mujeres desesperadas.

Supuso que las chicas se habían pasado con sus charlas animadas y que tenían una gran imaginación. Nadie iba por ahí ofreciendo servicios sexuales y menos un cuerpo tan serio como lo era el suyo. Que las películas porno explotaran la figura del bombero, no implicaba que la realidad estuviera cerca de eso.

Sabía que no había maldad en las palabras de Juls, ni en las de las otras.

—¿Vas a ser mi bombero del amor?

—Siempre que quieras, Juls.

—¿Solo mío? —Parecía necesitar una confirmación y él se la dio, con toda la sinceridad que fue capaz de reunir en su tono.

Porque era verdad.

—Solo tuyo.

Ella sonrió y bostezó.

—Voy a echar una cabezadita, después lo haremos.

Dylan descendió sobre ella, la cubrió con las sábanas y el edredón y la besó en la frente.

—Te lo prometo.

Un ronquido le provocó una sonrisa, había caído redonda. Lo único que lamentaba era que a la mañana siguiente iba a tener un soberano dolor de cabeza.

Cargó con Hulk en brazos, que lo observaba curioso desde la puerta y se lo llevó al salón.

—Muchacho, esta noche tenemos que dejarla descansar.

Sobre todo porque no estaba seguro de ser capaz de mantener sus manos quietas y, ante todo, era un caballero.

—Pero mañana... ay mañana, Hulk. Esa mujer y yo vamos a hacer cantar a las

ranas.

El perro le lamió la mano en conformidad. O quizá tratando de darle pena, para que no lo expulsara una noche más de la cama.

—Mañana voy a comprarte una de esas camas mullidas de perro, donde vas a sentirte como un rey. Una premium, para que los dos tengamos una buena noche. Y si te portas bien, tendrás una perrita para jugar muy pronto, me comprometo a encontrarte una compañera de juegos. Dios sabe que los hombres necesitamos jugar.

Un ladrido más y el perro se acurrucó en su regazo, mientras Dylan se tumbaba en el sofá.

Iba a ser una noche muy larga, pero al día siguiente sería el momento perfecto para tomar lo que ya había sido prometido.

Su Juls, mucho más que una niña, una mujer a la que deseaba no solo tener en su cama entre sus brazos, sino a la que quería para siempre a su lado.

Una mujer para amar.

—Buenos días, dormilona.

—Nooooo. Apaga la luz, me va a estallar la cabeza. —Julietta se sentía fatal. Sus manos trataban de aliviar el intenso dolor que sentía. Era como si alguien tratara de partírsela por la mitad.

—No puedo apagar el sol, Juls. Vamos, despierta, te traigo el desayuno.

—¿Desayuno?

Olisqueó el aire y rápidamente supo que no debería haberlo hecho. Salió de la cama a toda prisa, directa al baño y desalojó todo lo que tenía en el estómago.

—Me quiero morir.

—No te vas a morir.

La voz de Dylan sonaba demasiado cerca, no debería estar tan cerca. Entonces sintió una toalla húmeda en la nuca y las enormes manos del hombre apartándole el pelo de la cara, justo en el momento en que volvía a sentir arcadas.

¡Qué sexy! Así sí que nunca iba a sentir por ella nada más que el cariño fraternal que ya sentía.

—Vete —pidió, sintiéndose hundida. No estaba en su mejor momento.

—No.

—¿Por qué eres tan cabezota, joder?

—Porque te quiero y no voy a dejar que pases por este mal trago sola. Tienes resaca, lo que necesitas es una ducha, desayunar y un par de aspirinas para el dolor de cabeza.

—Lo que necesito es meterme en la cama y no salir en una eternidad.

—Vamos, Juls. Confía en mí, he pasado por lo mismo que estás pasando y en cuanto me hagas caso, vas a sentirte mucho mejor.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba en ropa interior delante del hombre. Y no era precisamente su mejor lencería.

—¡Estoy desnuda! —Su voz casi salió en un chillido que le taladró la sien, quiso darse cabezazos contra la pared, pero no podía dejarse llevar por la desesperación.

Dylan la cubrió con un albornoz.

—Tranquila, todo está bien. Solo estoy yo. Tu bombero del amor —añadió con diversión.

—Dime que no te he dicho eso. No recuerdo muy bien cómo llegue a la cama. Ay Dios, dime que no hice... que yo no... ¿Dylan?

—No pasó nada. Llegaste mareada, te quité la ropa y te metí en la cama. Dormí en el sofá como un niño bueno, por mi honor. Estabas ansiosa por arrancarme la ropa —bromeó.

—Lo siento, soy un desastre. Un desastre.

—No eres un desastre. Tomaste un par de copas de vino y te sentó mal, eso es todo. No pienso mal de ti por algo tan nimio, Juls. Vas a tener que confiar en mí.

—Confío en ti, en quién no confío es en mí.

—Pues no tienes nada de lo que preocuparte.

La ayudó a incorporarse, le limpió la cara y tiró de la cadena. La miró con intensidad.

—No te quiero solo por el placer, Juls. No te quiero solo como a la niña que solías ser. Quiero poder estar aquí, a tu lado, cuando me necesites. Y si eso significa verte arrastrándote y vomitando hasta la primera papilla de tu vida, que así sea. Eres la persona más importante de mi mundo y solo odio haberte permitido alejarte de mí durante tanto tiempo. Ahora voy a salir, a no ser que quieras que me quede, te vas a duchar y cuando te sientas humana de nuevo, vendrás a tomar el desayuno y dejarás que te cuide. Tengo grandes planes para hoy. Una sorpresa.

—Me ducharé, Dylan, trataré de ser una persona de verdad otra vez, pero sigue doliéndome la cabeza.

—¿Me quedo y te froto la espalda?

Julietta dudó, lo deseaba, eso no había cambiado con la llegada de la lucidez, pero no así. Quería estar en su mejor momento cuando volvieran a hacer el amor. Había crecido y madurado, no era la niña que había estado por primera vez con un hombre, sino una mujer que si bien no había tenido muchos amantes, sabía perfectamente qué quería y cómo.

—Espérame fuera, necesito recomponerme.

—No tardes o se enfriará el café.

—No lo haré.

El hombre la besó en la frente y con un suspiro resignado, cerró con cuidado tras él.

Julieta se miró en el espejo y ahogó un gemido. ¿Cómo podía haberle dicho todo aquello con semejante pinta? ¿Cómo podía pensar en estar con ella, cuando era una piltrafa? No poseía una belleza espectacular ni siquiera en su mejor momento, pero ahora... ¡Ahora era un maldito troll!

—Sé humana de nuevo, eso ha dicho.

Y tenía razón.

CAPÍTULO 17

—¿Esta es la sorpresa? ¿En serio?

—¿Qué mejor lugar? —inquirió Dylan divertido.

Había pensado durante mucho tiempo hasta que tomó una decisión. Podría haberla llevado a muchos lugares y ninguno habría sido tan especial como ese.

Y no era que un viejo granero fuera especial por sí mismo, sino por los recuerdos que ambos compartían.

—Esta va a ser la cita más extraña de mi vida.

—Espero que lo suficiente como para que no la olvides jamás.

Julieta llevaba un vestido de algodón y unas sandalias. No llevaba medias, le gustaba ver sus piernas, eran preciosas y suaves y se moría por tenerlas envueltas a su alrededor, mientras reclamaba el lugar que le pertenecía por derecho.

No quería presionarla, sin embargo, iba a dejar que ella decidiera el ritmo, era lo menos que podía hacer. La quería lo suficiente como para ser paciente, incluso si esa noche volvían a abrazarse y charlar sin llegar más lejos.

—La verdad es que me trae muchos recuerdos.

—¿Buenos?

—Casi todos. —Había una sonrisa nostálgica en su cara, que le recordó alguna que otra anécdota. Como cuando habían huido de casa, después de una bronca bastante grande entre Cassandra y los padres de Juls. Ella había escapado y él la había encontrado, la había tenido abrazada mientras lloraba y había conseguido hacerla reír, hasta que olvidó cada una de las hirientes palabras que había escuchado.

Puede que sus progenitores no hubieran tenido la intención de causar dolor, no eran personas crueles, pero incluso sin querer, lo habían hecho y Julieta se había sentido pequeña, muy pequeña, y perdida. Tan solo era una niña, poco más que un bebé.

—Siempre podía contar contigo, Dylan. Siempre. Desde el momento en que nuestros caminos se cruzaron, cuidaste de mí sin pedir nada a cambio.

—Eso no es cierto. Me dabas mucho a cambio. Yo había perdido todo, Juls, me diste tu cariño desinteresado. Incluso antes de que perdiera a mi familia y yo mismo estuviera a punto de morir, me seguías a todas partes. Para un niño era algo muy molesto.

—Pero recuerdas aquella vez, cuando iba tras de ti, estabas furioso porque había otros chicos y se metían contigo por mi culpa. Yo me caí, me puse a llorar como una loca, y tú tiraste tu bici a un lado y corriste a consolarme, me abrazaste y me sacudiste

las heridas con la mano. Dijiste: «No llores, Juls. Yo lo arreglaré».

—Creo que fue la primera vez que te llamé Juls. ¿Cuántos años tenías? ¿Cinco o seis? No sé cómo lo recuerdas.

Julieta sonrió.

—Los buenos recuerdos, los muy buenos, al igual que los muy malos, se quedan con nosotros para siempre. No puedo imaginar mi infancia sin ti.

Y ojalá no hubiera tenido que estar tanto tiempo lejos para volver a sus brazos. Si pudiera cambiar el pasado, sus decisiones... Pero no podía ser. No debería querer hacerlo, gracias a ese pasado ahora tenían este momento, esta oportunidad de empezar de nuevo.

—Me gustaría haber estado en tu vida todos estos años. Creo que te habría venido bien un bruto sacudiéndote de vez en cuando una herida y haciéndote rabiar.

Julieta sonrió, asintiendo.

—En eso tienes razón. Ha habido momentos duros, pero no puedes arreglarlo todo, tampoco estar en todas partes. Te casaste con Sam, como sea, tuviste que hacerlo y yo iba a marcharme de todos modos. Si no lo hubiera hecho, habría estado resentida siempre por no haber perseguido mis sueños.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy hecha un lío. Está la casa llena de recuerdos buenos y malos, con esas ventanas viejas que en algún momento tendremos que reparar, los crujidos siniestros en mitad de la noche, los olores y los cantos de los pájaros. Está este pueblo, con sus cotillas y sus ciudadanos malcarados, siempre dispuestos a sacar un chisme incluso de la acción más inocente, pero que te abren su corazón y las puertas de su casa como si fueras un familiar más. No te hacen sentir como una intrusa, es como si perteneciera aquí.

—Pertenece a Gold River. Siempre lo has hecho.

—Y estás tú, Dylan. Tú eres la pieza fundamental del puzle. El auténtico dilema que me hace plantearme la posibilidad de renunciar a mi vida y empezar de nuevo. Aquí, en un lugar en el que apenas he pensado en todos estos años. Fue mi infierno personal durante un tiempo y ahora es como si todo hubiera cambiado. Tú, Arizona, las chicas... me siento bien, querida, arropada.

—Juls, dame una oportunidad. Sé que no me la merezco. —Era consciente de que el pasado dejaba claro eso. Había cometido un error imperdonable, error que seguía pagando, pero necesitaba la oportunidad de resarcirse. La necesitaba tanto o más que el aire para respirar—. No voy a pedirte que renuncies a tu trabajo, podemos hacer que funcione.

—No sé cómo, pero no quiero pensarlo. Solo quiero estar contigo, volver a sentirte como entonces. Recordar si fue tan bueno como mi memoria se empeña en

mostrarme una y otra vez.

Había sido mejor que bueno y no por su habilidad amorosa, ni siquiera por su resistencia o el tamaño de su amigo especial, sino por todo. Por la emoción que los había embargado, por la conexión que había surgido entre los dos. Habían estado dispuestos a confiar y entregarlo todo y eso habían hecho.

Era lo que marcaba la diferencia entre el sexo y hacer el amor.

Y Dylan quería volverle a hacer el amor. Ahora más que nunca.

—Creo que vas a tener que recordarme cómo se hace Juls, hace mucho tiempo desde la última vez.

Julietta rio, como si sus palabras le parecieran muy divertidas. Y puede que lo fueran, en realidad no hacía tanto tiempo. Había tenido sexo ocasional con extrañas, una noche, desfogarse y nada más, pero ¿en hacer el amor? Habían pasado años, desde la primera y única vez que estuvieron juntos.

Iban a tener que desempolvar una vieja habilidad.

Los dos unidos, dispuestos a todo, sin esperar nada especial a cambio.

Todo se resumía a la sincera entrega.

—Tampoco soy una experta. Después de ti, solo estuvo el idiota de Roger y no era especialmente bueno en ello.

—Entonces lo redescubriremos juntos.

Se sentaron sobre la manta que había extendido previamente y atrajo la cesta de picnic para abrirla y sacar la comida que había preparado para ella.

—¿Vienes preparado?

—Para alimentarte y cuidar de ti.

—Siempre cuidas de mí. —Se acercó a él y lo abrazó, así que Dylan dejó a un lado los enseres y la atrajo a su regazo. La apretó fuerte y cerró los ojos embebiéndose en su aroma.

—Y nunca dejaré de hacerlo, Juls.

Estaba excitado desde la noche anterior, pero no solo era su cuerpo quién reclamaba atención, su corazón latía más rápido de lo habitual y necesitaba besarla.

Era una necesidad tan intensa que no podía ignorar la compulsión. Así que buscó sus ojos, sostuvo su barbilla con delicadeza y rozó sus labios.

Quería confesarle mil palabras de amor, pero se quedó en silencio, porque su cerebro no era capaz de coordinar dos palabras seguidas. Solo era capaz de sentir, de dejarse llevar.

Las manos de Julieta le rodearon el cuello, pegándose más a él. Quería acabar con toda la inseguridad que había arrastrado durante tanto tiempo, quería luchar contra los demonios interiores de ella, contra los propios y también entregarle algo especial. Algo diferente y lleno de esperanza.

—Juls.

—No pares, Dylan. Por favor, no lo hagas.

—Jamás.

Sus masculinas manos llegaron al borde inferior de su vestido y acarició sus piernas. Le volvía loco la suavidad de su piel, llegó al borde de sus bragas; ella contuvo la respiración, él apenas paró de besarla un instante para mirarla a los ojos. Todavía no. Subió más arriba, acariciando su vientre, dibujando sin ver los contornos de su cuerpo.

—Eres preciosa, Juls.

Había algo puro y natural en su mujer. Algo que la marcaba como especial y diferente de todas las demás mujeres. Incluso su rostro reflejaba una intensidad y una pasión diferentes a todo lo que había visto antes.

—Te necesito —gimió estremeciéndose, arqueándose para llegar más cerca de él. Lo besó en el cuello, volviéndolo loco de necesidad y sus manos vagaban por debajo de su camisa. Acariciaba su espalda con una necesidad imperiosa, mientras tiraba de su ropa para tratar de despojarlo de ella.

—Shhh, tranquila. Tenemos todo el tiempo del mundo. No hay prisa.

Pero lo cierto es que ambos estaban muy cerca del límite. Había pasado demasiado tiempo. Demasiado tiempo lejos el uno del otro, no permitiría que nada semejante volviera a pasar.

La ayudó a quitarle la camisa y pronto la femenina boca estuvo sobre su torso. Besando, lamiendo un recorrido sobre su corazón, que latía desbocado.

No fue un participante pasivo. Tiró de su vestido hasta lograr sacárselo por la cabeza y la acomodó sobre la manta, cubriendo su femenino cuerpo con el suyo. No quería perder más tiempo lejos de ella, necesitaba que sus pieles estuvieran en contacto. Compartir su calor, su necesidad.

Julietta acunó su erección entre la uve de sus muslos de forma involuntaria, con lo que no logró evitar el gruñido que abandonó las cavernosas profundidades de su pecho. Estaba tan excitado, necesitado, ansioso por poseerla.

—Tenemos que ir despacio, Juls.

—Esta vez rápido. Después lento. Después. Dylan, te necesito.

No podía negarle nada y ambos lo sabían. Se despojó de sus pantalones con facilidad y bajó a sus pechos para besarlos. Tiró de la frágil tela de encaje del sujetador, exponiendo a su vista la pálida piel.

—Eres hermosa, Juls.

—No lo soy.

Pero no pudo discutir ni un segundo más, pues su boca ansiosa tomó uno de los pezones mientras sus dedos incursionaban en busca del otro pecho, sopesándolo,

acariciándolo.

Toda ella se estremecía con cada acometida de su lengua, no la perdió de vista, cada sensación se reflejaba en cada centímetro de su gesto, su cuerpo. La piel de gallina era indicador de que disfrutaba de lo que le estaba haciendo, mientras su erección, apresada entre las femeninas piernas que ahora rodeaban su cadera, exigía liberarse de la escasa constricción de sus calzoncillos.

—Dylan, por favor.

Se agitaba contra él, frotándose, exigiendo más, necesitando un contacto más íntimo que los seducía a ambos con sus promesas.

No quería estar un segundo más sin ella. La penetraría profundamente y se quedaría allí para siempre.

Comprobó que su cuerpo estuviera listo para recibirlo y la humedad que sintió en sus dedos lo convenció para no perder ni un maldito segundo más.

Se deslizó en su estrecho interior y contuvo el jadeo que amenazaba con terminar con sus fuerzas. Cuando lo tuvo profundamente apresado, los dos se miraron y algo se rompió entre ellos. Un dique profundo y duradero que había estado esperando por ese reencuentro durante muchos años.

La tomó como un poseso, sin dejar de prodigar besos a cada pedazo de piel a su alcance, mientras las femeninas uñas se clavaban en su espalda y los gemidos lo volvían loco.

Se entregó a él. Mordió y reclamó tanto como necesitaban, dejándolo marcado. Una marca que portaría con orgullo, porque gritaba al mundo que él le pertenecía.

Y no quería ser de nadie más.

El tiempo pareció congelarse mientras los dos alcanzaban ese nirvana que ansiaban. Se perdieron juntos en el placer, rozando el orgasmo, hasta que cayeron unidos, uno en brazos del otro, en el abismo más profundo.

Y la unión fue definitiva. Hoy y siempre.

Esa primera vez y algunas más, hasta que se durmieron en paz al fin, uno en los brazos del otro.

CAPÍTULO 18

La noche había sido magnífica. El día anterior lo había sido; incluso, si se atrevía a admitirlo, toda la semana. Volver a casa nunca había prometido tanto en tan poco tiempo. ¿Un nuevo futuro? ¿Oportunidades que parecían perdidas desde hacía tanto tiempo? Estaba dispuesta a intentarlo, incluso en Gold River. Encontraría la manera de hacer que su trabajo funcionara a distancia. No sabía cómo, pero era una mujer creativa.

Hacer el amor con Dylan le había abierto los ojos. Roger había sido un mal sueño, pero su bombero, su mejor amigo de la infancia y el hombre que le había robado el corazón hacía tantos años, era la tierra prometida. Lo que siempre había deseado y nunca se había atrevido a pronunciar en voz alta.

No podía marcharse sin echar la vista atrás. Otra vez no. No podía abandonarlo y no lo haría. Si para ello tenía que luchar contra la arpía de Sam, lo haría. No permitiría que volviera a interponerse entre los dos.

Iba a poner un pie en el primer escalón que llevaba al porche de la casa, cuando lo vio y no pudo evitar un grito de pavor. Al principio creyó que se trataba de Hulk, pero se dio cuenta de que el color del pelaje no coincidía.

—Dios mío.

Dylan la atrapó en sus brazos y la alejó. El olor era penetrante y horrible, se metía por sus fosas nasales provocándole náuseas.

—No lo mires, Juls —dijo bloqueando su vista al tiempo que sacaba su teléfono móvil y marcaba un número.

Lo escuchó hablar, fue conciso, sin dar demasiadas explicaciones. Solo lo justo para que supieran que alguien había maltratado y asesinado a un pobre animal y escrito palabras soeces, insultos y amenazas con su sangre.

El aire se congeló en sus pulmones y empezó a toser, no podía dejar de llorar en silencio. Las lágrimas caían libres por sus mejillas, pensando en los motivos que podría tener alguien para querer hacerle semejante daño. Que ella supiera, nunca había ofendido deliberadamente a ningún habitante de Gold River.

A no ser que Samantha estuviera haciendo de las suyas y marcando terreno. No debía de gustarle mucho que tras todos esos años en los que había mantenido a Dylan lejos de ella, se hubieran difuminado tan fácilmente y que, al fin, tras la larga espera estuvieran juntos.

¿Y si les había visto la noche anterior? No quería ni pensarlo. ¿No había chantajeado al hombre en el pasado con unas fotos comprometidas?

No huiría, de ser el caso. Le plantaría cara y le diría lo que podía hacer con la cámara y las imágenes. No tenía nada de lo que avergonzarse. No era la niña de entonces, la chiquilla asustadiza que creyó cada palabra que salió de sus labios.

Nunca habían sido amigas y ahora lo sabía.

Y si el pobre animal clavado en la puerta de su casa era cosa de Sam, llegaría hasta el final para que tuviera que hacer frente a las consecuencias.

Los brazos fuertes que la rodearon le recordaron que no estaba sola, que Dylan estaba a su lado y de su parte. Esta vez las cosas no quedarían así.

—Miles y Holly vienen para acá. Cogarán algunas muestras y se llevarán el cadáver. Lo siento mucho, Juls.

—No es culpa tuya —dijo aferrándose a él con fuerza, ocultando el lloroso rostro en su torso—. Algún loco o loca no me quiere en Gold River y ha quedado bastante claro.

Se miraron. Dudaba estar realmente guapa en ese momento, tendría la nariz hinchada y los ojos rojos. Sin olvidar la pena que estaría reflejada en sus facciones. La sentía.

—¿Y si hubiera sido Hulk? Habría muerto por mi culpa. Ese pobre animal...

—Es solo una liebre. Lo más probable es que sea el resultado de algún atropello accidental y alguien lo haya aprovechado para asustarte —murmuró al tiempo que besaba su frente—. No pienses en ello. Lo resolveremos.

Le gustaba como sonaba ese plural. Los dos juntos podrían hacer frente a cualquier cosa, porque ella sola...

Sola sería incapaz.

—Gracias, Dylan. No sé qué haría sin ti. Ahora mismo solo puedo estar aquí, temblando, pero te juro que en diez minutos voy a enfadarme y tomar este asunto en mis propias manos. Pobre del que esté detrás de esto.

—Descubriremos quién lo hay hecho, Juls. Te lo prometo.

Sabía que trataba de minimizar el impacto, pero había sido lo suficiente fuerte como para que se planteara la mejor manera de hacer las cosas. Ir directamente a buscar a Sam y recriminarle la acción sin pruebas solo la convertiría en una loca obsesionada con un pasado que ya había decidido dejar atrás.

Había quedado claro que no iba a darle más peso del que ya le había procurado. Especialmente, desde que se había rendido a los deseos más profundos de su corazón.

Amaba a Dylan, lo había hecho siempre, y sin saber cómo encontraría la fuerza para luchar por él. Pero había muchas cosas que arreglar antes de que llegara ese momento.

Miles y su ayudante llegaron en ese momento, la luz del coche patrulla iba encendida, pero no la sirena. Supuso que para no perturbar la escasa paz que quedaba

en el lugar. Probablemente los habitantes de Gold River estaban ansiosos por que se largara de allí lo más deprisa posible. Dudaba que hubieran tenido delitos de semejante magnitud en los últimos cincuenta años.

—Van a declararme persona non grata —murmuró con ironía, llegando a los oídos de Miles que sonrió.

—Nos estás dando un poco de emoción, eso es cierto. Holly, te presento a Julieta, la nieta de Kassandra. —La mujer llevaba un uniforme similar al de Miles y una imperturbable sonrisa en la cara. Parecía a punto de hacer una travesura, aunque también tenía un porte serio y erguido. Nadie dudaría de su capacidad para ejercer la autoridad mientras se lo pasaba bien.

—Deberías haber venido antes. Hay que mantener a estos tipos en marcha para que no les engorde el trasero. Apenas se levantan de la silla —le estrechó la mano con contundencia y se puso su máscara de profesionalidad.

Subió los escalones y soltó una maldición poco femenina.

Miles puso los ojos en blanco y Dylan se dirigió a ella.

—¿No tenías que visitar al abogado? Podríamos pasar por mi apartamento de camino —sugirió sin dar más explicaciones.

Los dos necesitaban una ducha y quizá un cambio de ropa, pero pensó que podría apañarse con lo que llevaba sin tan solo se refrescara un poco.

En parte para quitarse el calor y la inquietud que recorrían su cuerpo y en parte para olvidar, al menos por el momento, lo que habían hecho la noche anterior.

Probablemente tendría restos de pajitas en el pelo. Por más que Dylan hubiera colocado una manta, el ambiente había sido el que era.

Lo miró con complicidad, sabiendo que ambos mantenían el secreto, aunque no dudó que Miles sospechara lo que había pasado.

Quizá Holly también.

—Me parece una idea estupenda, Dylan.

—Podéis ir tranquilos, haremos un informe, tomaremos las huellas y para cuando regreséis estará todo limpio. —Miró a Julieta con preocupación—. Debes quedarte cerca de Dylan, no me gustaría que te hicieran daño por un descuido. Las amenazas son muy evidentes, está claro que la persona que las ha escrito no está en sus cabales.

—Usó la sangre del pobre bicho.

—Avisaré al chico del laboratorio para que tome algunas muestras y nos dé más datos.

—Juls estará a salvo conmigo. Pasaremos por mi casa y luego al abogado, está cerca de mi apartamento.

—Sé que está más que segura contigo, pero id con cuidado —Se acercó a Dylan y advirtió—. Mantén los ojos abiertos, no sabemos quién está detrás ni cuál es su

motivación. Si se trata de Sam..

Todos habían pensado en ella, por su historial y por el dolor que ya les había causado en el pasado, pero ¿y si se equivocaban?

—Si se trata de Sam —empezó Dylan—, esta vez ha ido demasiado lejos. Y me da igual a quién se lleve a la cama, las cosas no van a quedar así. Estoy harto de esa mujer y sus maneras. Harto.

Solo le faltó escupir en el suelo. El desagrado estaba patente en él, sabía que no la odiaba, Dylan no era de esa clase de hombres, pero también sabía que cuando a alguien le apretabas demasiado las tuercas, a veces saltaba.

—Vámonos, Dylan. No vamos a descubrir nada quedándonos aquí y ese olor me está mareando.

Podría haberlo soportado, no era ninguna debilucha y había oído cosas peores, pero sabía que los dos, quizá todos los presentes, necesitaban esa distracción.

Ellos solo estaban interfiriendo en el trabajo policial y cuanto antes acabara con el papeleo y el testamento fuera leído, mucho mejor.

Su bombero no se hizo de rogar, la tomó de la mano con un suave apretón y se despidió de los otros dos, mientras subían a su coche.

—Lo arreglaremos —repitió en voz alta, quizá más para convencerse a sí mismo que a ella. Porque lo cierto era que confiaba en él y sabía que sin importar qué pasara ni quién estuviera detrás, a su lado se encontraría a salvo.

—Siempre, Dylan. —Lo miró, antes de que arrancara el motor y esperó a que él se fijara en ella—. Te quiero, siempre lo he hecho y nunca ha cambiado.

Una sonrisa de comprensión se dibujó en aquellos masculinos labios que se moría de ganas por besar de nuevo.

—Yo también te quiero, Juls. Voy a cuidar de ti, hasta las últimas consecuencias.

Y los dos sabían que no había certeza más grande que aquella innegable verdad.

CAPÍTULO 19

Dylan estaba frenético. No podía dejar de dar vueltas de un lado al otro en el despacho del abogado que había custodiado el testamento de Kassandra. Había decidido que era mejor que Julieta entrara sola, no quería estorbar, sabía que cuando la reunión concluyera ambos tenían que reunirse con el notario para escuchar la lectura del documento.

Los dos habían sido citados.

Sin embargo, en este momento, lo único que le preocupaba era descubrir quién estaba detrás de aquellos ataques. Una vez conociera la identidad del loco o loca que estaba aterrorizando a su chica, encontraría la mejor manera de tratar con ello.

Y si se trataba de su ex-mujer estaba dispuesto a cualquier cosa para que dejara de hacerlo.

Cualquier cosa, excepto a separarse de su Juls de nuevo. Había cometido ese error una vez y por más que el ser humano tuviera tendencia a tropezar dos veces con la misma piedra, él no estaba dispuesto a hacerlo. No iba a volver a renunciar a su felicidad. Se la había ganado.

Recordó la ternura y pasión que habían compartido la noche anterior, las risas que le había provocado en su improvisada ducha en el apartamento, luchando por apartar la oscuridad que se había aposentado en su gesto desde que habían descubierto la nueva situación y por un momento pudo respirar tranquilo.

Tenía algo especial entre manos, algo que no podían arrebatarse.

—¿Pensando en la forma de escaquearte de este rollo de reunión? —Susurró Julieta en su oído, abrazándolo por la cintura pegada a su espalda.

Aunque era bastante más bajita que él, el contacto era electrizante y parecía estar pegada a cada centímetro de su cuerpo. Sin excepción.

Se sintió reconfortado por el contacto y se giró para atraerla a sus brazos. Descendió sobre su boca para darle un casto beso.

—¿Qué tal ha ido?

—Bien. Tenemos que pasar al despacho del notario, ya sabes. Espero que no lea las sesenta páginas porque auguro que será un coñazo.

—No digas palabrotas.

—Soy una chica grande, puedo decir lo que quiera.

—Tendré que lavarte la boca con agua y con jabón.

—Podrías intentarlo, pero sé que conseguiría distraerte fácilmente. Tengo una imaginación llena de ideas en pausa, ansiosas por tener su oportunidad de hacerse

realidad.

Un escalofrío recorrió su columna y se alojó en su entrepierna, haciendo que su miembro despertara a la vida.

—Cuidado con lo que dices, Juls. Puede que seas una mujer adulta, de ciudad, pero sigo siendo un bruto que se deja llevar por sus más bajos instintos y tenemos unos cuantos armarios de suministros a nuestra disposición...

—¿Vas a arrastrarme hasta uno de esos cuartos llenos de material de oficina y hacerme el amor contra una estantería de metal? —Pasó la lengua por aquellos labios que ya conocía también, haciendo que su cuerpo volviera a erizarse.

—No tientes a la bestia, Juls. No sabes lo que podrías despertar.

—¿Por qué no me lo enseñas?

Pero no tuvieron opción, pues una secretaria los llamó en ese instante. El suspiro de decepción de la mujer se alojó en su estómago y en silencio se prometió que cumpliría su amenaza.

Después, una vez que la obligación hubiera quedado satisfecha.

Su día pareció cambiar de pronto. Tenía ganas de silbar y sonreír, porque al fin tenía la oportunidad de disfrutar de todo lo que había querido.

Sí, todavía era demasiado pronto para pensar en boda o familia, pero ese momento llegaría. Algo dentro de él le decía que esta vez las cosas acabarían como quería, porque no podía ser de otra manera. No estaba dispuesto a dejarla marchar.

Y si ella volvía a su vida cuando los trámites de la herencia quedaran resueltos, la seguiría.

Tendría que hablar con Jake llegado el momento, escuchar su consejo, pero no estaba dispuesto a perderla. No otra vez, ya había penado durante ocho largos años y ahora había llegado el momento de aferrarse con fuerza a lo que había entre los dos y encontrar la manera de demostrarle a Juls que tenían que estar juntos para siempre.

Sin importar cuántas trabas aparecieran en su camino. Estaban listos para superarlas.

Julieta sabía que había hecho lo correcto en el momento en que había pedido al abogado de su abuela que redactara un documento especial que concedería a Dylan la propiedad de la mitad de la casa. Era una apuesta de futuro para los dos. Él había mostrado su interés por el inmueble y por ella y sabía que podía estar jugándosela, pero era el hombre que había estado a su lado toda su vida y con el que quería seguir estando.

Y en el peor de los casos, si lo suyo no funcionaba, siempre podía venderle su

mitad y dejar atrás Gold River para siempre.

Pero no iba a largarse sin luchar. Esta vez no. No era ni una cobarde ni la chiquilla de entonces.

Ahora era una mujer con las ideas muy claras. Sabía perfectamente qué quería y cómo lo quería y no iba a renunciar a nada de ello.

Supuso que no era tan buena como habría pensado. Porque así fuera egoísta, quería a Dylan a su lado.

Y ya enfrentarían los problemas, las amenazas y a los cotillas.

¡Estaba dispuesta a todo!

—Creo que un armario nos está esperando, nena.

La voz de Dylan sonaba ronca y excitada, su cuerpo desprendía un calor que incendiaba el propio, ocasionando un sordo pero placentero dolor entre sus piernas.

Nunca había estado tan excitada como ahora. Nunca había imaginado que pudiera considerarse una criatura sexual, cuando en el pasado tan solo había caminado de puntillas por el asunto.

A excepción de con él. Con Dylan siempre había sido una explosión de fuegos artificiales descontrolados.

—¿No crees que nos pillarán?

—Eso le dará un punto extra al sexo, te lo garantizo.

La miró.

—Y te juro que vas a gritar desde el instante en que pose mis manos sobre ti.

—¡Dylan!

La noche anterior había sido tierna, intensa y romántica, pero ahora. Ahora era calor en estado puro. Ese fervoroso ardor que la arrastraba a sus brazos y la hacía sentir como una gata en celo, ansiosa por su hombre.

Lo agarró por la camisa y tiró de él en dirección al primer armario de suministros. Tuvieron suerte, alguien se lo había dejado abierto.

Tras comprobar que no hubiera nadie en su interior, saltó sobre él sin contemplaciones y procedió a besarlo con toda la necesidad que había despertado en ella.

Ya no le importaba ser profesional, solo le importaba el placer que él y solo él podía provocarle.

—Dios, Juls. No deberíamos hacer esto en realidad. No tengo nada para protegerte, cariño.

Lo miró sin comprender muy bien de lo que estaba hablando, negó.

—Me da igual.

—No sabes lo que dices. Te deseo tanto, pero no podemos arriesgarnos.

Julieta lo miró, tomó su rostro entre las manos.

—Por favor, Dylan. Por favor.

Vio la batalla en el rostro del hombre, que ya tenía las manos en sus caderas, permitiéndole notar la dura erección que pujaba en su contra.

—Nunca he podido negarte nada, Juls, pero...

—No empieces ahora.

Lo besó una vez más ganando la batalla. Lo sabía. Había ganado en el momento en que sus labios se rozaron una vez más. El gemido masculino lo confesó sin necesidad de palabras y sus manos la liberaron de la constricción de sus bragas.

Ella abrió los pantalones de él sin dificultad y escarbó en su ropa interior para hacerse con su premio. Cuando lo rodeó con sus dedos, él volvió a gemir y eso le produjo una intensa satisfacción. Besó su cuello y prometió:

—Ahora voy a demostrarte todas las cosas que puedo hacer con mi boca, Dylan.

Los ojos del hombre brillaron, mientras trataba de impedirselo, pero estaba decidida. La primera vez que estuvieron juntos no había tenido ni idea de la vida, pero todo eso había cambiado. Ya no era una jovencita atolondrada, como mujer sabía lo que quería. Y en ese momento, tener su sabor entre sus labios, reclamar esa parte de él, su misma esencia, ese era su mayor deseo.

Cuando su lengua lo probó, los dos gimieron.

—Dios, Juls. Nunca...

Cortó su juramento en el instante en que lo poseyó, reclamando con pequeños bocados cada parte de él. Tentándolo entre lamidas y pequeños mordiscos, mientras una de sus manos sopesaba sus testículos.

—Eres delicioso, Dylan.

—No aguantaré mucho si sigues haciéndome eso, Juls —sus palabras sonaban entrecortadas, parecía faltarle el aire, lo que provocó que se sintiera realmente poderosa.

Siguió jugando con él hasta que decidió tomarlo plenamente en su boca, reclamándolo de una silenciosa manera como suyo. Volviéndolo loco, hasta llevarlo al límite.

No dijo nada, no pronunció palabra alguna, tan solo esos entrecortados sonidos de placer un instante antes de tomarla con delicadeza y hacer que se girara.

Lo comprendió y se inclinó sobre la estantería, mirándolo por encima del hombro e invitándolo a tomar lo que era suyo por derecho. Lo que solo le pertenecía a él.

—Vamos, no me hagas esperar, Dylan.

Y no lo hizo, primero sus dedos incursionaron en su interior suavemente. Con una delicadeza que no esperaba de él en la posición en la que se encontraba. La excitó incluso más de lo que ya estaba, hasta que su cuerpo se deshacía en sus manos. Tentó su clítoris, provocando un millar de sensaciones que se deshacían por todo su cuerpo

hasta llegar al mismo centro de su ser, hasta hacerla sentir tan ansiosa como ya se sentía él.

—Dylan —gimió entrecortadamente.

Y entonces lo tuvo. Completo y profundo en su interior, sin barrera alguna.

Nunca había hecho el amor sin usar protección, pero esta vez. Sentirlo a él, tal cual era, tan duro, tan hombre, la hizo alcanzar su orgasmo incluso antes de que él tuviera que moverse.

Su cuerpo reaccionó, apretándolo, estrujándolo con fuerza.

Lo escuchó maldecir, pegándose más a ella. Sabía que luchaba para mantener el control un poco más.

Cuando su cuerpo empezó a relajarse, él empezó a moverse, provocando que la tensión volviera fuerte e insistente para ella.

Quería gritar, pero sabía que no era el mejor lugar para hacerlo. Así que apretó los labios, decidida a no dejar escapar el grito de placer que ya se formaba en su garganta.

Dylan la poseyó, una y otra vez. Embistiendo con fuerza, con pasión y a la vez, cuidando de ella como nunca nadie había hecho antes. Sus manos sostenían sus caderas, mientras seguía moviéndose, al principio con movimientos largos y lentos, pero a medida que la pasión los consumía el ritmo se incrementó hasta que ambos alcanzaron un inimaginable placer que los arrastró con la fuerza de un terremoto, haciendo tambalear sus mundos.

Cuando sus respiraciones se regularon, los brazos de él seguían apretados firmemente a su alrededor, él en su interior y su boca besando su cuello, solo hubo lugar para una declaración de amor.

Una silenciosa que ninguno pronunció, pero que los dos sintieron.

Y ambos sentían, ambos sabían, que ese rápido encuentro lo había cambiado todo para ambos.

CAPÍTULO 20

—Alguien ha tenido suerte —dijo Jill con diversión, sentada frente a Julieta en la terraza del restaurante en el que todas habían quedado para comer.

Se habían enterado del nuevo ataque y habían organizado una reunión a la velocidad de la luz para darle su apoyo. Sin embargo, en cuanto la habían mirado a la cara, todas habían sonreído con picardía, aunque solo Jill hubiera expresado en voz alta lo que todas estaban pensando.

—La estás avergonzando —la regañó Arizona, pero en su gesto había una mirada de complicidad.

Todas sospechaban lo que había pasado, no sabían cómo ni cuándo ni por qué, pero podían imaginárselo.

Julieta se sonrojó antes de poder evitarlo. Había deseado tanto a Dylan, que no había podido evitar el escarceo en el armario. En el calor de la pasión ni siquiera había pensado mucho en ello, ahora dándole vueltas, se dio cuenta de que podría haberse quedado embarazada por un momento de debilidad.

Y se descubrió sonriendo. No solo no le importaba, sino que sería algo maravilloso tener un bebé que se pareciera a aquel hombre. Un niño pequeño con cara de guerrero y la fuerza descomunal de su padre. Sin olvidar su tierno y fiel corazón.

Lo deseaba, aunque nadie debería saberlo.

—¿Y bien? ¿Vas a darnos detalles o tenemos que seguir especulando? —inquirió Susan—. Que todas aquí, a excepción de Arizona, tenemos que vivir a través de ti. Vamos, danos algo, cualquier cosa por pequeña que sea.

—Fue increíble. Eso es todo lo que puedo decir —tomó su San Francisco, esta vez sin alcohol y dio un sorbito.

La felicidad podía desprenderse de ella, incluso con todo lo que estaba pasando. Los ataques habían quedado relegados al olvido, cegada por lo que Dylan le estaba provocando. La emoción, la tensión sexual, las promesas de un futuro lleno de amor.

Algo que se merecía y por lo que iba a luchar.

—No puedes ser tan zorra. Vamos, danos algún detalle —pidió Victoria. Estaba apoyada sobre la mesa mirándola con intensidad—. Tu bombero está realmente bueno y nos consta que no trabaja en la Otra Estación.

Eso llamó su atención.

—¿Habéis llamado?

—¿Y por qué íbamos a confesar si no cuentas nada morboso? —inquirió Susan.

—Porque somos amigas —las pinchó Arizona—. Y porque yo también muero de

curiosidad tanto por un tema como por el otro. Warren y yo llevamos tanto tiempo casados que a veces un poco de morbillo desde la barrera me viene bien.

—¿Para encender la llama del amor? —inquirió Jill divertida.

—No querrías saberlo.

Julieta observó a la mujer y la ligera sombra que apareció en sus ojos, pero el resto no pareció darse cuenta y supuso que habría sido una impresión errónea. Parecía feliz, tenía dos hijas y un marido estupendos. Warren era amable y cariñoso y Arizona era una mujer de bandera. Hacían buena pareja.

Incluso si el *feeling* que ella sentía con Dylan brillara por su ausencia entre aquellos dos.

—Está bien, confesaré —dijo Victoria—. Lo hice. Llamé al número de la tarjeta.

—Mejor dicho, lo hicimos. Victoria y yo.

—¿Y qué pasó? —inquirió Jill—. Porque se suponía que iba a llamar yo. ¿Acaso habéis concertado una cita?

—Más o menos —dijo la abogada encogiéndose de hombros—. Fue un poco extraño, como una especie de línea caliente.

—Hay que pasar una prueba un tanto complicada —explicó Susan.

—¿Qué prueba? —Julieta estaba un poco perdida.

—Bueno, es una especie de test —explicó Susan sin perder de vista a Victoria, la otra también asintió conforme con esa explicación.

—Lo mejor es que sea yo misma quién llame y me encargue de esa gilipollez — espetó Jill impaciente—. Sois un par de enredaderas, mucho os extendéis y no hacéis nada de nada.

—No —advirtió Susan—. Será mejor que no lo hagas.

—¿Acaso habéis descubierto quién está detrás de esa charada? —preguntó la mujer con cara de pocos amigos.

Las dos se miraron entre sí y negaron, pero parecían saber más de lo que admitían.

—Es una larga historia y la verdad no es importante. No creo que sea tan interesante como pudimos pensar en un primer momento. De hecho... —dijo Susan sacando la tarjeta y rompiéndola en cuatro pedazos—, es mejor dejar las cosas como están.

Julieta se sorprendió por el gesto, parecían haber estado interesadas en aquello la pasada noche, aunque quizá todo había sido un juego de apariencias, ¿no? ¿De todos modos quién necesitaba un gigoló teniendo a un hombre de carne y hueso dispuesto a complacerte?

—Así que tendremos que conformarnos con las aventuras del bombero y la publicista —dijo Victoria devolviendo la atención del grupo hacia ella.

—No sé qué queréis que os diga. El sexo es genial, Dylan es bueno en todo lo que hace. Tierno, romántico, protector, apasionado. Es el hombre ideal.

—El hombre tiene un repaso, eso no se puede negar —aceptó Jill, sin dejar de mirar la tarjeta hecha pedazos—, incluso si no es guapo.

—Es un chico gamba, pero merece la pena.

—No es un chico gamba —se indignó Julieta. Odiaba esa alusión, porque era retrógrada e insultante. Dylan era guapo por dentro y por fuera.

—No pretendíamos ofender —se disculpó Susan—. Es solo que no es precisamente guapo.

—Ni yo. Para los estándares de Hollywood, pero ¿qué mierda importa lo que diga el cine? Para mí es el hombre más guapo del mundo, incluso su cicatriz. No sabéis lo mucho que ha luchado en su vida, lo que ha pasado. Es un hombre impresionante. Un caballero. El mejor.

—Y ahora tratarás de convencernos de que no estás enamorada de él —suspiró Victoria—. Y que conste que a mí me parece mono, aunque no lo vea como el dechado de virtudes que tú imaginas. No me habría importado un escarceo con él. Antes de que vosotros estuvierais juntos, por supuesto —se apresuró a añadir. Supuso que se le había puesto cara de loca homicida.

Porque Dylan era suyo y no era una mujer que estuviera dispuesta a compartir. Menos al hombre que le había robado el corazón por encima de todas las cosas.

Ya se había alejado de él por culpa de Sam, nadie conseguiría que sucediera de nuevo.

—No puedo convencer a nadie de que no lo amo, porque sería una flagrante mentira y se pilla antes a un mentiroso que a un cojo.

—El primer paso es admitirlo... —comentó Susan.

—¿Pero? —inquirió Jill, como si hubiera escuchado algunas dudas en su aseveración.

—Pero todavía tenemos muchas cosas que aclarar. Una cosa es el amor y otra la vida. No es fácil tomar una decisión tan importante, una que implica dejar atrás todo lo que he sido durante casi una década.

—¿Acaso no lo has perdonado por el pasado? —Le preguntó Arizona, recordándole que había alguien que estaba al tanto de todo lo que había pasado entre los dos, de todo contra lo que habían tenido que luchar.

—No tengo nada que perdonarle, los dos nos equivocamos.

Y por primera vez era consciente de que era una gran verdad. Nunca debió marcharse tan rápido, debió pedirle explicaciones y no dejarse guiar por las acusaciones de Sam o las miradas de los vecinos que ya la habían acusado y juzgado como culpable de meterse entre una pareja bien avenida.

Y todo había sido una burda mentira. Una mentira por la que Sam pagaría algún día, quizá no frente a la justicia terrenal, pero sí ante la divina.

Eso si existía un dios justo allí arriba.

—Lo haréis bien —dijo Susan levantándose de su silla. Victoria la imitó, así como Arizona.

—Se acabó el descanso para comer —declaró Jill.

—¿Vienes, Julieta? —preguntaron las tres primeras mujeres.

—Se queda conmigo, voy a acompañarla de vuelta a su casa. Si alguien puede defenderla de un maniaco homicida, soy yo.

Las otras tres asintieron conformes mientras iban hacia sus coches. Jill esperó a que se marcharon y recogió los pedazos de la tarjeta, lanzando una mirada de advertencia a Julieta.

—Ni una palabra, sé dónde vives.

—Mis labios están sellados —aseguró.

Sospechaba que la otra mujer iba a pasar una tarde muy entretenida recolocando los pedazos y armándose de valor para hacer aquella llamada. Le gustaría ver cómo resultaba aquel episodio. Si llamaba y qué obtenía, pero se dijo que no era asunto suyo.

—Quiero saber qué me ocultan esas dos —explicó, necesitando poner las palabras en voz alta. Lo sabía, podía entenderla.

—No te preocupes, pero recuerda que la curiosidad mató al gato. Ten cuidado.

—¿Te preocupas por mí? —la sorpresa estaba patente en su gesto y en el tono de su voz.

—No quiero que te pase nada malo. Nunca había tenido amigas, Jill. No así y no quiero perder la oportunidad de conocerte más.

La otra mujer sonrió muy complacida con sus palabras y le pasó un brazo por los hombros.

—Tú y yo vamos a llevarnos muy bien. Te voy a poner en forma y a enseñarte unos cuantos golpes. Te convertiré en una máquina de matar.

—Tampoco te pases...

Las dos rieron como si nada pesara sobre sus hombros, a pesar de que estaba claro que ambas tenían muchas cosas en las que pensar.

Era bueno poder confiar en alguien además de en sí misma. Miró al cielo y se preguntó si su abuela la observaría desde allí arriba. Sabía que si eso era posible, estaría orgullosa de la actitud que estaba tomando frente a la vida.

Siempre había querido que fuera feliz y, contra todo pronóstico, en aquel lugar minúsculo, escondido de la mano de Dios, estaba aprendiendo a serlo.

CAPÍTULO 21

—Fue Samantha —informó Miles entrando en el despacho de Dylan. Había tenido que ir a trabajar, le tocaba guardia y sabía que había dejado a Juls en buenas manos. Jill Lamb era una mujer de armas tomar y todos en el pueblo conocían sus bruscas maneras, nadie se atrevería a meterse con ellas. Su chica estaría a salvo.

Su chica, sonaba como un adolescente y le hacía sentir bien.

—¡Estás sonriendo! —lo acusó Miles.

—No es por lo que has dicho, solo pensaba en Juls —se encogió de hombros, restándole importancia.

Después del episodio en aquel armario de enseres debería estar un poco nervioso. Si ella estaba embarazada, y podría estarlo después de lo que habían hecho, quedaría irremediamente atado a ella. Compromiso. Boda. Niños.

No sentía tanto miedo como había pensado que sentiría. Con Juls todo era sencillo.

—Estás enamorado.

—Creo que siempre lo estuve, incluso cuando tenía ocho años y me quejaba constantemente de la renacuaja que me seguía a todas partes.

Miles rio, tomó asiento frente a su mesa y se despatarró en la silla.

—Es curiosa la manera en que el amor cambia a los hombres, ¿verdad? Incluso tu forma de ver el mundo. Te merecías un poco de paz, me alegra que con ella la hayas encontrado.

—Todavía nos falta un largo camino por recorrer —murmuró pensando en que no iba a poder esperar tanto tiempo—. No quiero perder el tiempo esta vez.

—Con la amenaza neutralizada, tendréis la tranquilidad que necesitáis para iros organizando. Todo irá bien. Si os queréis, el resto no son más que detalles sin importancia.

Sin embargo, Dylan no lo tenía tan claro. El trabajo era algo muy importante para Julieta y había luchado mucho para poder llegar tan lejos.

Él también lo había hecho, pero supuso que siempre podría formar parte de otra estación de bomberos. Sería lo justo, que él renunciara porque era el que en primer lugar le había causado un daño terrible.

—¿Estás seguro de que tenéis a la persona correcta? —preguntó, regresando de nuevo a la conversación inicial. Sabía que Samantha era rastrera y que odiaba a Juls por inercia. Desde que eran niñas, tal y como le había confesado en el pasado. Una falsa amiga que había sido una caja llena de gusanos. Era hermosa por fuera, pero

estaba podrida por dentro. Julieta no se había merecido alguien así.

—El segundo asalto fue cosa de Sam. No solo encontramos sus huellas, sino que lo ha admitido. No podemos encerrarla durante mucho tiempo, pero el juez ha decretado una orden de alejamiento y su internamiento obligatorio en una clínica de descanso durante al menos un mes. No es mucho, pero es un principio. Si esos psicólogos y psiquiatras pueden demostrar que es patológicamente inestable, podrías recurrir algunas de las sentencias pasadas y dejar de pasarle la pensión o pagar su casa. No hay hijos, no hay obligaciones.

Y ya no le quedaba ni una gota de culpabilidad.

—La otra vez no luché, me sentía avergonzado por todo lo que había pasado, por ser tan idiota, pero ahora no va a ser igual. Ha intentado herir a mi Juls y eso no se lo consiento. Ya lo hizo una vez, ahora voy a tomar el asunto en mis manos.

—¿Emprenderás acciones legales en su contra?

—Voy a recuperar mi vida, Miles. Ya estoy hartado.

El policía sonrió complacido con sus palabras.

—Deberías haberlo hecho hace mucho tiempo.

Y él lo sabía, pero había estado lamiéndose las heridas, preguntándose por qué había tenido tan mala suerte, en vez de levantarse y mandar a la mierda las posibilidades.

Solo estaba en su mano hacer que todo fuera bien, así de claro.

—No tenía suficiente motivación, pero ahora la tengo —Lo miró y sonrió—. Si tú supieras lo maravillosa que es Juls, Miles. La miro y me siento feliz, suena como un tonto chiquillo enamorado, lo sé, pero no puedo evitarlo.

—El amor es así. A mí me pasó. No se trata de lo que los demás ven en esa persona, sino de lo que tú ves. De lo que a ti te provoca cuando la miras; cuando está a tu lado. —Negó—. Con Sam nunca existió. No te había visto jamás tan feliz como te veo ahora.

—Tengo miedo de hacer algo y estropearlo otra vez.

—Pues entonces no permitas que nada interfiera entre vosotros.

—A lo mejor está embarazada.

No sabía por qué había confesado eso, seguramente era un idiota hablando sin pensar, pero confiaba en Miles. Habían estrechado lazos en los últimos años. Se comprendían, de alguna elemental manera, incluso siendo tan diferentes.

—¿Eso cambia algo?

—Cometí un error en el pasado por culpa de un supuesto embarazo, no quiero hacer lo mismo.

—¿Como pedirle que se case contigo?

—No le pediría matrimonio por eso. Sí, lo haría incluso teniendo en cuenta lo

mucho que odio la institución, pero la quiero, Miles. Por eso ahora es diferente y eso es más importante que cualquier otra cosa.

Pero ¿y si Juls no lo veía así? ¿Y si pensaba que se sentía culpable por lo que había pasado y conseguir ponerle un anillo en el dedo era hacer que se sintiera atrapada y huyera de su lado?

No podría soportarlo otra vez.

—Creo que deberías tomarte un tiempo para pensar detenidamente en la posibilidad de casarte. No te precipites.

¿Podría Juls aceptarlo si estaba embarazada y esperaba demasiado tiempo para hacer la proposición? ¿Y si pensaba que lo estaba haciendo por razones erróneas?

La amaba, pero ¿cómo demostrárselo? Nunca antes había estado en una situación semejante.

—Deja de darle tantas vueltas —lo regañó Miles—. Pasará lo que tenga que pasar, no te encierres en una idea que no es importante.

—Tú estás casado.

—Para nosotros era importante ser reconocidos por la sociedad, por mi trabajo y otros asuntos que ya conoces, pero en realidad ni siquiera lo necesitábamos. Tenemos un compromiso real y profundo, un papel no cambia eso.

Dylan sabía que el matrimonio podía ser una farsa, en su caso lo había sido, y que una relación podía ser igual de comprometida o más, sin papeles de por medio, pero una parte de él tenía la necesidad de hacer las cosas bien con Julieta. Era el amor de su vida y comprometerse totalmente con ella, ignorando sus miedos, era la mejor forma de demostrarle al mundo, que la amaba de verdad.

—Voy a hacerte caso, por ahora.

Miles se rio.

—¿Solo por ahora?

—Es lo más sensato. Creo que algún día querré formalizar mi unión con ella. Sé que a Juls le gustaría, incluso si no lo admite. En el fondo es una romántica.

Incluso él lo era. Lo sabía.

—Por el momento, vais a tener un período de paz con Sam lejos y fuera de circulación. Aprovechadlo.

—Además ahora ya está fuera de peligro, nadie tratará de herirla de nuevo.

Miles lo miró pensativo.

—Podríamos pensar eso, pero mantente alerta. No sabemos si hay alguien más ahí fuera. Me gustaría pensar que no, pero dentro de la casa no había huellas de Sam. No puedo confirmar que ambos asaltos los cometiera ella.

—¿Quién más podría estar detrás? Esa mujer nos odia a los dos. Quiere arruinarnos la vida.

Y aunque no era un hombre que repudiara a la gente por norma general, Samantha había llegado al colmo de su paciencia. Se había pasado de la raya demasiadas veces y no estaba dispuesto a tolerar ni una infracción más.

—Deberías llamar a Julieta para contarle lo que hemos descubierto. Quizá eso la ayude a tranquilizarse. La última vez que la vi parecía realmente preocupada por todo este asunto.

—Está preocupada, pero saldrá adelante. Es una mujer muy fuerte. La llamaré.
Miles se levantó.

—Y yo volveré a ocuparme de mis asuntos. Seguro que hay alguna disputa que terminar.

—Buena suerte con eso.

El hombre hizo un gesto con la mano de despedida y se marchó arrastrando los pies, provocando la risa de Dylan. Estaba claro que Miles era todo un personaje.

Y un amigo leal.

Levantó el auricular del teléfono que tenía sobre la mesa y marcó el número de Juls, que ya se sabía de memoria.

—Ya la tenemos —dijo cuando ella respondió.

Y un suspiro de tranquilidad llenó la línea.

Después de hablar con Dylan y despedirse de Jill, volvió a casa. Ahora estaba segura. No habría más animales muertos ni amenazas, tampoco locos rompiendo las ventanas o destrozando sus muebles. No podía comprender qué había hecho para que la mujer la odiara tanto, al fin y al cabo ella se había salido con la suya en el pasado. Quizá deseaba seguir amargándole la vida. Tendría envidia de su suerte.

Aunque pareciera mentira.

No se había considerado afortunada hasta entonces, pero ahora sí. Ahora que las cosas empezaban a funcionar, que todo parecía tener un sentido, estaba dispuesta a arriesgarse a vivir.

Nunca antes había estado dispuesta a hacerlo. Ni siquiera cuando se comprometió con Roger.

Esa rata.

Entró en la sala y atrapó a Hulk que llegó corriendo y ladrando exigiendo atenciones. Lo besó en la nariz y sonrió.

—Tú y yo vamos a ser muy felices juntos, ¿eh, chaval?

Tenía que hacer una lista de las reparaciones necesarias, pedir presupuestos y organizar el trabajo. También debía hablar con Dylan, explicarle que tenía que volver

a su apartamento para poner todo en marcha. Era importante que fuera a recoger sus objetos personales, su ropa, trasladar algún mueble específico y deshacerse del resto.

Estaba alquilada, así que solo tenía que avisar a su casero y recuperar la fianza, a final de mes sería completamente libre para empezar desde donde quisiera.

También tenía que hablar con su jefe, entregar el proyecto que Sam había quemado, del que afortunadamente conservaba copia de seguridad, y organizar su trabajo.

Si la empresa no estaba de acuerdo con las nuevas circunstancias, empezaría de cero, junto a Dylan. Podía abrir un negocio de publicidad, aunque fuera pequeño, para promocionar Gold River y su turismo. Eso sí que sería irónico, cuando lo que había deseado toda su vida era largarse de allí.

Pero la idea ahora no parecía tan mala. Podría preparar una presentación y acercarse al ayuntamiento para proponer una campaña que atrajera turistas y dinero para reinventar el lugar. La alcaldesa estaría emocionada, era una mujer afable, aunque tuviera a veces malas pulgas.

Luchaba por lo que creía y aunque no la conocía demasiado bien, estaba segura de que aceptaría su propuesta.

Podía establecerse allí, si eso era lo que quería.

—Tú y yo vamos a hacer un viajecito rápido, Hulk. Deja que escriba una nota para Dylan. Seguro que estaremos de vuelta antes de que termine su turno, pero no queremos que nuestro hombre se preocupe, ¿verdad?

¿Por qué dejar para mañana lo que podías hacer hoy? Cuanto antes terminara con los trámites mucho mejor. No quería seguir posponiendo su vida. Ya era hora de tomar el futuro en sus manos y conseguir lo que siempre había deseado.

No tardó más de cinco minutos en escribir unas líneas para el hombre que amaba, dejando claro dónde iba, qué iba a hacer y de qué manera podía encontrarla, en caso de que surgiera algún imprevisto y se retrasara.

Dylan tenía su número de móvil, pero añadió la dirección de su piso en la ciudad, el número de teléfono de casa y el de su vecina, quizá estaba pecando de precavida, pero no quería que él se preocupara.

Una vez se aseguró de que todos los frentes estaban cubiertos, cogió a Hulk en brazos, su bolso, las llaves de su coche y se aventuró al exterior.

Cuando volviera a pisar aquel pueblo sería una mujer diferente. Una que tendría un propósito definido: disfrutar de su amor.

Ahora que todos pensaban que todo había terminado, se sintió lo suficientemente

a salvo como para preparar el gran número final. La zorra pagaría todo el sufrimiento que había causado y lo haría con creces.

Había sido realmente fácil engañar a la policía. Aquella loca que había arrojado aquella rata muerta, o lo que fuera, contra la puerta, que había dejado sus huellas por todas partes con aquellos mensajes que ni él mismo podría haber expresado mejor, no solo había sido poco precavida, sino que se había condenado a sí misma.

Pero claro, no todo el mundo era tan inteligente como él.

Sonrió. Se sentía bien. Especialmente ahora que, sentado en su viejo coche, conducía a distancia prudencial de la mujer que volvía a casa. Seguramente harta de aquel pueblucho de mala muerte y del pueblerino que se había pegado a ella como si formara parte de su piel.

A él también lo había odiado y se había tomado el tiempo suficiente para dejarle una sorpresita. Solo un mensaje.

Iba a volverse loco cuando lo recibiera y él disfrutaría del momento.

Aceleró, ahora que se había asegurado del rumbo que tomaría la mujer, cogería un atajo que lo llevaría más rápido y le permitiría montar su escenario para recibirla como merecía.

Oh, sí. Iba a ser una gran noche para él.

Y para ella... bueno, podía asegurar que también sería inolvidable.

CAPÍTULO 22

Dylan presintió que algo no iba bien desde el momento en que detuvo el coche frente a la casa. Las luces estaban apagadas, incluso la del porche, y el vehículo de Juls no estaba por ninguna parte.

Se dijo que quizá había ido a ver a Arizona y el resto de las chicas, pero sospechaba que había algo más allí.

Cuando abrió, Hulk no llegó ladrando a toda prisa, no olía a cena recién hecha y el lugar estaba tremendamente silencio.

—¿Juls?

Encendió la luz y fue entonces cuando vio el sobre que estaba bajo sus pies. Lo recogió del suelo y sacó la hoja que había dentro. El aire se quedó congelado en sus pulmones cuando leyó el escueto mensaje:

«Esta noche terminará todo. Despídete de la zorrита. Ahora es mía y ya nunca más la tendrás».

Aquello tenía que ser una broma.

—¡Juls! —Llamó aún más angustiado. No podía estar pasando esto, no ahora.

Avanzó a toda prisa, recorriendo cada estancia, llegó a la cocina y vio la cuidada caligrafía de la mujer en una hoja en la nevera, sujeta por un imán con forma de vaca.

«Voy de vuelta a mi apartamento en la ciudad, Dylan. Espero haber regresado a casa para cuando vuelvas, necesito recuperar algunas de mis cosas y también deshacerme de otras. Cuando tenga todo organizado volveré a Gold River para quedarme contigo para siempre. Te quiero más de lo que alguna vez imaginé que podría querer a alguien. Espérame, ya te estoy echando de menos...».

Firmaba con su nombre y a continuación aparecía una dirección, dos números de teléfono y la sugerencia de que si tardaba mucho, aquel era el lugar en el que podría encontrarla.

Ni siquiera se quitó la cazadora, cogió la hoja y volvió a salir, olvidando las luces y todo lo demás. Arrancó de nuevo su todoterreno y marcó el número de Miles. Contestó al segundo toque.

—¿Todo bien? Estaba llegando a casa en este momento.

—Nada va bien. Creo que el acosador de Juls sigue fuera. He encontrado una nota de advertencia.

—¿Y ella no está?

—Al parecer volvió a casa para recoger algunas cosas, pero ya debería haber vuelto. Mira qué hora es, estoy seguro de que lleva horas fuera. Estoy preocupado.

Voy a ir a buscarla, Miles, pero...

—Dame cinco minutos y pasa por mí, te acompañaré.

—No tienes que hacerlo. Quizá está bien y me preocupo por nada. Dejó el número de su casa. La llamaré y saldré de dudas. Es solo que tengo esa inquietud en el pecho, como una advertencia. Tengo la sensación de que algo va mal. Muy mal.

—Eso es instinto. Ven a recogerme. Voy a cambiarme de ropa y estaré listo para acompañarte. Podemos llamar desde la carretera y comprobar que está bien. No te preocupes, la traeremos de vuelta.

Dylan sabía que iba a sentirse muy ridículo si llegaban los dos y ella solo estaba haciendo la maleta, pero ¿y si ese presentimiento que se alojaba profundo en sus entrañas era un aviso? Si Juls estaba en peligro, tener a Miles de su lado marcaría sin duda la diferencia.

Después de todo, él solo era un bombero, rescataba personas. Miles pillaba a los malos.

—Date prisa —pidió con apenas un hilillo de voz.

Colgó, dejó el móvil en el salpicadero y salió a toda prisa en dirección a la casa de su amigo. Cuando llegó, hizo sonar el claxon un par de veces y Miles corrió hacia el asiento del pasajero, con una pequeña mochila negra entre las manos, vestido con una camiseta oscura y unos vaqueros.

—Vámonos.

—¿Qué llevas ahí?

—Solo un seguro. No voy a ir desarmado a enfrentarme con un loco.

—¿No vamos a estar un poco lejos de tu jurisdicción?

Miles se encogió de hombros.

—Un policía puede llevar su arma reglamentaria, no hay una ley que lo prohíba. Y tengo permiso de armas para esta otra preciosidad. —Sacó una pistola un poco más pequeña, pero de aspecto letal—. Espero que sepas disparar lo suficientemente bien como para no agujerearte un pie.

Salió a toda prisa negando.

—Odio las armas, lo sabes.

—Eres un pacifista.

No había burla en su tono, solo certeza.

Dylan estaba demasiado nervioso como para valorarlo. Sentía todo su cuerpo hecho un nudo. El miedo lo paralizaba, lo hacía sentir al borde. Si Juls estaba en peligro... Si llegaba demasiado tarde, no podría perdonárselo nunca.

—Intenta llamar a Juls, ahí está la hoja con el número de teléfono. Usa mi móvil, contestará cuando lo vea en el identificador de llamadas.

Miles se movió rápido y lo tecleó sin titubeos.

Después, los dos esperaron.

Había tardado demasiado en hacer el trayecto desde Gold River a su casa. En el camino, había sido retenida durante un par de horas por un accidente, un camión había reventado una rueda. Por suerte, no había que lamentar víctimas, aunque sí varios heridos. Los bomberos, los paramédicos y la policía habían acordonado la zona y paralizado el tráfico hasta retirar a los afectados y los restos de caucho, así que lo que debería haber sido un simple paseo, se había convertido en toda una odisea.

Si hubiera conducido por las carreteras secundarias, en vez de por la autovía ya estaría en casa. Probablemente, incluso de vuelta en su nuevo hogar, abrazando al hombre con el que planeaba pasar el resto de su vida.

Pero los mejores planes casi siempre acababan torciéndose, al menos en su caso. No era la primera vez que algo así le sucedía y sabía que tampoco sería la última.

Cuando abrió la puerta de su apartamento y la recibió el familiar aroma, no sintió la paz de antaño, sino una sensación extraña, como si algo estuviera fuera de lugar.

Supuso que el aire puro había alterado su percepción y que se estaba preocupando por nada. Quizá aquel nunca había sido el hogar que ella había imaginado que era.

Dejó a Hulk en el suelo y el perrillo empezó a olisquear y a reconocer la casa. Cerró a su espalda y se dirigió a su habitación. Su bolso quedó olvidado sobre la mesita de café, ya se había retrasado suficiente, Dylan podría preocuparse.

Fue directa hacia el armario y sacó la maleta más grande que tenía, la abrió sobre la cama y empezó a sacar su ropa.

No tuvo tiempo de organizarla, pues un ruido la hizo girarse para enfrentarse directamente al hombre que más odiaba en el mundo y a un cuchillo apuntando directamente a su yugular.

La aferró sin dificultad, tomándola por sorpresa. La mirada en sus ojos era enfermiza y el rictus de su boca, similar a una patética sonrisa de superioridad, le provocó carne de gallina.

—¿Qué crees que estás haciendo, Roger?

—Cállate, puta. Tú y yo vamos a jugar un rato. Me lo debes, has arruinado mi vida.

La arrastró sin ninguna delicadeza hasta el salón y la empujó sobre el sofá.

Hulk atacó como si de un perro de presa se tratara. Le clavó los dientes en la pierna, entre gruñidos de furia, tratando de salvar a su dueña, pero el pobre animal era demasiado pequeño para suponer una amenaza para nadie.

Roger se desembarazó de él con una certera patada, que lo llevó volando por los aires, haciéndole chocar contra la pared.

Un gemido dolorido hirió cual puñal el corazón de Julieta, que vio horrorizada cómo Hulk quedaba inmóvil en el suelo.

Solo esperaba que no estuviera muerto, porque acababa de encontrarlo y no planeaba perderlo por culpa de aquel cabrón sin escrúpulos ni sentimientos.

—Si algo le pasa, considérate muerto. Así tenga que hacerlo con mis propias manos.

—La única que va a morir hoy eres tú. Vas a pagar por todo el dolor que has causado. ¡Has destruido mi vida!

—¡Tú robaste mi proyecto! ¿De qué manera puedo haberte destruido? ¿Acaso te has vuelto loco? Robaste mi trabajo, mis ideas y te quedaste con mi ascenso, maldito cabrón.

Trató de golpearlo, pero él la atrapó, la arrastró hasta una silla y la ató con fuerza.

Sentía la cinta cortándole la circulación de las muñecas, las lágrimas inundaron sus ojos producto del dolor y la indefensión. Odiaba estar restringida de esa manera, odiaba no poder hacer nada para soltarse o luchar. No había manera de defenderse con aquel bruto. La superaba en fuerza, incluso si era un jodido capullo.

—Lo descubrieron y me despidieron. Todo por tu maldita culpa.

Eso sí la sorprendió. ¿Habían descubierto que la idea era suya? ¿Cómo? Ella no había hecho nada para hacerles llegar la verdad, había decidido que no merecía la pena el esfuerzo ni el disgusto.

—Yo no hice nada.

—¡Lo hiciste todo! La estúpida secretaria de Julian descubrió tus copias de seguridad y fue con el cuento. ¿Qué idiota deja sus claves a los empleados? Eres una puta, lo hiciste a propósito para joder mi vida, ni tú eres tan estúpida. Fea sí, pero no estúpida. Querías joderme, acabar conmigo, bien. Ahora yo voy a borrar de la existencia, porque es lo único que mereces.

Le clavó la punta del cuchillo en el brazo haciéndola gritar, una risa siniestra vino de su espalda.

—¿Duele? No lo suficiente. Voy a divertirme contigo un rato, mucho más que cuando te follaba. Lo que tuve que hacer para no vomitar después de soportar tocarte.

—A lo que tú hacías no se le podía llamar follar. Además de idiota, eres torpe, no lograrías darle placer a una mujer ni con un folleto de instrucciones.

El cuchillo volvió a sumergirse en su piel, esta vez lo hizo deslizarse cortándole la piel. El grito de dolor volvió a abandonar su garganta, él no se molestó en impedirlo. El loco disfrutaba de su dolor, incluso parecía estar excitado, hecho que la

repugnó.

Entonces los golpes sonaron en la puerta.

—¿Julieta? ¿Todo bien? ¿Ya has vuelto?

—Llama a la policía, Roger me tiene retenida y me amenaza con un cuchillo.

La mujer corrió a toda prisa, pudo escuchar sus pasos apresurados a través del pasillo y el portazo cuando se encerró en casa. Las sirenas no tardaron en sonar en la calle, Roger la golpeó con fuerza, hasta hacerla caer, esperaba el golpe, pero fue demasiado duro. La parte de atrás de su cabeza se dio contra el suelo y perdió el conocimiento.

En el mismo instante en que el teléfono fijo de su casa sonaba y solo pudo pensar en que Dylan iba a salvarla.

—No. No. No —repetía incansable una y otra vez Roger, mirando a la inconsciente mujer. La había levantado, la sangre empapaba su ropa y seguía inconsciente. Se aseguró de que le seguía latiendo el corazón y seguía respirando. No iba a matarla, todavía no.

Encima la muy zorra había alertado a la entrometida vecina para que llamara a la policía, el asunto se había complicado más de lo necesario. Después de planearlo todo tan bien, otra vez lo había echado todo por la borda. ¡Lo había destruido!

Su bien trazado plan se iba desmoronando.

Cuando la policía trató de contactar con él, arrancó el teléfono que llevaba al menos diez minutos sonando sin parar, y lo arrojó por la ventana. No había negociación posible. Julieta iba a morir y él iba a ser su verdugo.

Así tenía que ser, porque era la única manera de que ella compensara todo el dolor que le había causado. La odiaba, la odiaba tanto que podía sentir el amargor de la bilis deslizándose por su garganta cada vez que sus ojos se fijaban en ella.

La odió desde el momento en que la conoció y el mero hecho de tener que obligarse a mostrar interés por ella, le había golpeado duro, haciéndolo asquearse de sí mismo.

Había soportado todo por un fin mayor. Un puesto que codiciaba y que había estado a punto de perder por su culpa.

Un puesto que ahora había perdido. La secretaria iba a ser la siguiente en pagar por su afrenta, incluso si tenía que pasar el resto de sus días tras las rejas.

La cárcel no sería un lugar tan malo y después de matar a una, ¿qué importaba otra más?

—Despierta, zorra. No he acabado contigo —espetó ante la inconsciente mujer—. Tienes que estar despierta para lo que quiero hacerte, no será tan divertido si no

lo estás.

No hubo respuesta, lo que lo cabreó mucho más. Así que empezó a sacudirla con fuerza, incluso la abofeteó.

—¡He dicho que despiertes, joder!

Nada. Ni un leve gesto de dolor o reconocimiento. Seguía fuera de combate.

Paseó de un lado a otro de la habitación, sintiéndose nervioso. No estaba muerta todavía, quizá debería matarla y largarse de allí, a por la siguiente víctima, antes de que los agentes que hablaban desde la parte inferior del edificio decidieran irrumpir o abatirlo a tiros.

Pero así no sufriría, no podría deleitarse en el miedo que le provocaría saber que su final estaba muy cerca. Necesitaba esa emoción, necesitaba verla suplicarle, ver la fatalidad en sus ojos, el inevitable final.

Tendría que esperar y lo haría. Incluso si suponía que no pudiera ir a por la siguiente víctima. Había muchas maneras de acabar con alguien.

Sonrió, mientras un nuevo plan empezaba a tomar forma en su cabeza.

Oh, sí. Podía esperar a que despertara. No iba a apresurarse, era un trabajo que haría bien, demostrando no solo su inteligencia, sino su creatividad y superioridad física e intelectual.

Nadie volvería a despreciarle después de esto y sería famoso por sus buenas artes.

Incluso aparecerían imitadores que librarían al mundo de la lacra de los feos. ¡Podía incluso ver los titulares! El recolector de belleza libera al mundo de la fealdad.

Sí, le gustaba ese nombre. Le gustaba mucho.

Y no tenía ninguna prisa para acabar con su juego, ya no.

No quería apresurarse, los detalles debían quedar muy claros, para que aquellos que siguieran su estela en el futuro, supieran muy bien cómo debían hacerlo.

CAPÍTULO 23

—No contesta —dijo Miles mientras accedían por la autovía a la ciudad. Estabar muy cerca, quince minutos y se aseguraría de que estaba bien. Tenía que estarlo. No podía vivir con la alternativa.

—Inténtalo con su vecina. Dejó el número, Juls dijo que habían convivido un tiempo cuando entraron a robar a su apartamento. Si está en casa, podrá comprobarlo y si algo malo ha pasado...

—No te pongas en lo peor. Seguro que está bien.

La mujer contestó al segundo tono. Miles le explicó quién era y a quién estaba buscando. La desconocida, que dijo llamarse Alma, le explicó la situación. Dylan no podía ver el rostro de su amigo, pues seguía concentrado en la carretera, pero sí escuchaba su ominoso tono y sus «comprendo», así como los intentos por calmar a la susodicha.

Apenas podía contenerse para preguntar, pero sabía que la única manera de conseguir información era esperando a que Miles terminara con su tarea. No quería interrumpir antes de tiempo.

Cuando el hombre colgó, no tardó en soltar todo lo que había descubierto.

—Maldita sea, Dylan. Tu presentimiento estaba acertado. No deberíamos haberle quitado la escolta. Un hombre, un tal Roger, la tiene retenida contra su voluntad en el interior de su casa. Alma asegura que la ha escuchado gritar y que la policía ya ha rodeado la zona. Intentan negociar con él, pero no hay progresos. Los agentes están por los pasillos y por todas partes, procurando encontrar la manera de entrar, pero de momento no han encontrado el modo de hacerlo.

La palidez inundó su rostro, al mismo tiempo que la tensión, aferró el volante con tanta fuerza que se preguntó cómo era posible que no se hubiera quebrado entre sus dedos. Condujo un poco más rápido, tenía que llegar a ella salvarla.

—No voy a perderla, joder. No otra vez.

—¿Y cómo vamos a evitarlo? —No preguntó en tono ominoso, sino con interés. Los dos querían encontrar el modo de liberarla, de hacer que finalmente, todo estuviera bien.

Se merecían estar juntos y tener una vida tranquila después de tanto tiempo. No iba a aceptar nada más.

—No lo sé, Miles. Joder —golpeó el volante y negó—. ¿Por qué no poder dejarnos en paz? No hemos hecho nada malo a nadie, solo querernos.

—No creo que esto tenga que ver con el amor que sentís. Supongo que es más

algún tipo de vendetta personal contra Julieta. Quizá por temas de trabajo o quizá por despecho, quién sabe.

—Roger es su ex-novio.

—Lo sé. La investigué cuando empezaron los ataques. Necesitaba descartar posibilidades.

—¿Y cómo no valoraste la posibilidad de que ese cabrón estuviera metido hasta el cuello en esto?

Sonó más agresivo de lo que deseaba. No quería atacar a Miles, solo se sentía impotente. Incapaz de hacer nada para asegurar la supervivencia y el bienestar de la mujer que amaba.

—Claro que lo hice, pero lo descartamos porque no teníamos pruebas. Sam era la sospechosa perfecta, encontramos sus huellas, teníamos su confesión...

—Esos dos podrían haberse aliado para jodernos a Juls y a mí.

—No lo creo, pero todo es posible. Samantha tiene su propia manera de hacer las cosas y lo sabes. Este tipo... no se trataba solo de asustar. Vimos su casa, fue un ataque de rabia.

En eso estaba de acuerdo. El asalto del animal solo había sido desagradable, incluso los insultos, no había más manifestación allí que desprecio. En el primer caso, había sido el caos, la locura y la desesperación. Incluso habían destruido un proyecto laboral.

Debería haberse dado cuenta antes.

—¿Y de qué nos sirve esto ahora? Él la tiene y nosotros no podemos hacer otra cosa que esperar —se quejó Dylan. Era un hombre de acción, sentarse y dejar que otros hicieran el trabajo, que otros salvaran a la mujer de su vida, lo estaba destrozando por dentro—. No creo que sea capaz de soportarlo. Tengo que hacer algo, sacarla de ahí.

—De momento, vamos a acercarnos al lugar. Aparcaremos, trataremos de hablar con el policía al cargo y me presentaré. Una vez que nos den el informe, veremos la mejor forma de proceder.

—Si algún policía gordo y pomposo de ciudad me dice que tengo que mantener mi culo quieto, ya te digo que no va a pasar.

—¿Pondrías en peligro su vida por tu necesidad de hacerte el héroe?

—Joder, Miles. ¡Su vida ya está en peligro!

Su amigo guardó silencio. Dylan era consciente de que ambos tenían razón, pero en ese momento tan solo sentía la desesperación de saber que lo necesitaba y no estaba a su lado. ¿Qué tipo de hombre dejaba a su mujer desprotegida?

Solo un tonto, un pelele incapaz de cuidar de aquella que le pertenecía. Sam lo había acusado muchas veces de ser un eunuco marica, sin voluntad, quizá había tenido

razón.

—Cambia esa cara y esos pensamientos.

—¿Ahora también lees la mente? —preguntó Dylan con disgusto.

—La tuya sí. Sé que te han hecho daño y te han hecho pensar cosas que no son ciertas, pero no le des a nadie ese poder. Eres un buen hombre, amas a Julieta y vamos a salvarla. Solo piensa en que todo va a salir bien, porque no vamos a permitir que nada vaya mal.

—No sabía que eras un optimista.

—Nunca lo he sido, pero a veces un hombre solo tiene que tener fe. El bien siempre gana.

—Siempre que el mal le permite ganar.

No quería sonar ominoso, pero estaba tan preocupado, tan ansioso por hacer que el tiempo pasara deprisa y que el desenlace fuera bueno. Tener a Julieta en sus brazos y casarse con ella.

A la mierda el miedo y los problemas del pasado. La amaba tanto que estaba dispuesto a renunciar a los temores que habían plagado su mente y su corazón en los últimos años, porque necesitaba saber que era suya.

Necesitaba que el mundo supiera que le pertenecía.

A la mierda con los progresistas, quería su jodido cuento de hadas y el vivieron felices y comieron perdices.

Iba a tenerlo.

Aparcó lo más cerca que pudo y se bajó a toda prisa, con Miles pisándole los talones.

Trataron de prohibirles el paso, pero su amigo se identificó y pidió hablar con el responsable. Fue más rápido de lo que había pensado y rápidamente se encontró frente a un hombre con bigote y pelo rapado al cero, que los miraba ceñudo, mientras escuchaba el informe de los ataques y los ponía al día sobre la situación.

Dylan apenas escuchaba las palabras como un eco distante. Miró hacia arriba, al edificio, y no tuvo que pensarlo mucho. Rápidamente encontró los diversos accesos, no era bombero por nada. Tenían cubierta la entrada, probablemente también los pasillos, pero la escalera de incendios estaba libre, cualquiera con un poco de habilidad podría subir o bajar por ella. ¿Sería Roger uno de aquellos hombres?

Le hubiera gustado haberle preguntado a Juls, ahora ya era tarde.

—¿No van a entrar?

—No si queremos que viva. —Les mostró un plano del apartamento y señaló—: La tiene retenida aquí, la vecina asegura que está herida, la ha escuchado gritar, y al parecer el loco es su ex-novio. La propia víctima lo gritó cuando la mujer llamó a la puerta para comprobar que todo estaba bien.

—Tiene que haber alguna manera de entrar ahí y reducir a ese cabrón. Va a matarla si no hacemos nada.

—Podría matarla si lo hacemos. Estamos tratando de negociar.

—¿Cómo?

—No me apriete las tuercas, hombre. Tratamos de hacer todo lo que está en nuestras manos para que esta situación acabe de forma favorable para todos.

A la mierda con lo favorable. Julieta estaba ahí dentro con ese hijo de puta y él iba a sacarla de allí como fuera. Negó. Disgustado con la actitud de la policía, Miles encontró sus ojos y negó apenas perceptiblemente, diciéndole sin palabras que no podía hacer lo que estaba pensando.

Nadie iba a detenerlo. No podía quedarse de brazos cruzados hasta escuchar cómo ese cabrón la mataba a sangre fría.

No había llegado tan lejos para perderla ahora.

¡No lo permitiría!

Aprovechando que todos estaban distraídos, concentrados en las posibilidades de actuación, Dylan se escabulló, colándose entre las sombras de los dos edificios. Observó la escalera de incendios y valoró su estado. Parecía resistente, lo suficiente como para que subiera por ella, así que encomendándose a todos los dioses que lo estuvieran observando en ese momento, especialmente a los del amor, se aventuró al rescate de la única mujer que podía cambiar su vida.

Y si no sobrevivía a esa noche, se aseguraría de llevarse con él al cabrón que había intentado arrebátarsela.

No iba a perderla sin luchar, de ninguna manera.

Julieta volvió en sí con un sordo dolor en la cabeza, que casi opacaba el resto. Sin embargo, recordó el brazo, lo sintió entumecido y también sentía los labios hinchados, como si alguien la hubiera golpeado o se hubiera mordido con fuerza.

Debía tener un aspecto desaliñado y aterrador. Se sentía como una mierda, una piltrafilla. Apaleada y sin esperanza.

Solo odiaba no haber sido capaz de ver a Dylan una última vez, porque parecía clarísimo que el final se acercaba a pasos agigantados.

Las lágrimas llenaron sus ojos, pero se obligó a desterrarlas. No iba a darle esa satisfacción a aquel cabrón. Ahora, al mirarlo, se dio cuenta de que nunca lo había amado y su traición solo le había dolido en su orgullo.

Debería haber sido más lista. Darse cuenta de que era mujer de un solo hombre. Dylan era el único para ella, lo había sido en el pasado, lo era ahora y lo sería eternamente. Si tan solo hubiera admitido aquella verdad mucho tiempo atrás, se

habría ahorrado muchos problemas.

Si él no hubiera sentido la necesidad de protegerla de las malas lenguas y las malas intenciones de Samantha, llevarían mucho tiempo siendo felices y nadie habría sido capaz de llegar a este punto. No estaría atada a una silla, despidiéndose en silencio de la vida que habría podido tener si tan solo hubiera sido más lista.

Si los dos hubieran luchado un poco más.

—Veo que al fin despiertas. Bien, podremos seguir jugando.

—Estás loco. Eres un maldito enfermo.

No era una persona que pudiera odiar a cualquiera, pero ¿a este hombre? Sí, lo odiaba. Lo repudiaba desde lo más profundo de sus entrañas. No solo porque la hubiera usado mientras la necesitó y pudo sacar algo de ella, sino porque en sus ojos solo había un vacío lleno de maldad, sin empatía o comprensión.

Y se daba cuenta de lo mucho que estaba disfrutando con esto.

—Estás enfermo.

—Loco, enfermo. Sí, pero sobre todo asqueado de verte. Eso va a cambiar, voy a liberar al mundo de tu presencia.

—Haznos un favor a todos y suicídate, cabrón —le escupió con toda la rabia que sentía; Roger tan solo rio.

—Eso me hará famoso, no creas que no lo he contemplado, pero primero quiero ver cómo ese idiota de pueblo al que te tiras llega y te ve destrozada, porque voy a destrozarte. Eso es un hecho.

Julieta no permitió que la aterrorizara. No era una cobarde, iba a enfrentar la muerte con valentía, no volvería a darle el gusto de que la escuchara gritar. De ninguna manera.

—Estoy en paz con mi vida. He sido capaz de aceptar quién soy y qué es lo que quiero. He tenido el cielo en mis manos, he conocido el Paraíso y sé que algún día, pagarás por lo que estás haciendo. Vamos, ¿a qué esperas?

—Gritarás para mí.

Julieta se burló de él. La risa lo volvió un poco más loco, mientras clavaba el cuchillo en su otro brazo, ni siquiera se inmutó. Y no porque no le hubiera dolido, pero tenía tanto dolor por todas partes y tan entumecidos los brazos, que tan solo lo obvió.

No podía favorecer a ese loco ni entregarle lo que deseaba.

No iba a hacerlo.

—Se han acabado mis gritos.

—Suplícame.

—No.

—¡He dicho que me supliques!

La abofeteó con el dorso de la mano. Su labio sangró, no supo si producto de una nueva lesión o porque ya estaba roto.

Negó.

—No.

Se lamió la metalizada gota y volvió a sonreír.

—Eres un idiota, Roger. Lo has sido siempre. ¿Quieres matarme? ¡No tienes pelotas!

—¡No! Así no. Se supone que tienes que estar aterrorizada.

Soltó el cuchillo y empezó a darle puñetazos y patadas. Julieta se encogió por dentro, aquel dolor...

«Se fuerte», dijo su conciencia.

Y sabía que no iba a aguantar durante mucho más tiempo.

Dylan se coló por la ventana del dormitorio y apenas podía creer que su Juls estuviera apretando las tuercas a su secuestrador. El tipo iba a matarla. Estaba rabioso y podía ver cómo la golpeaba.

Solo tenía una oportunidad para entrar ahí y liberarla. Solo una. Si la jodía, los dos estarían muertos.

Trató de localizar el arma, estaba en el suelo, ahora solo usaba los puños. Si pudiera alejar de ellos el cuchillo, solo tendría que atraparlo. Era más fuerte y más grande que el tipo, seguramente no le costaría mucho deshacerse de él, ponerlo fuera de combate.

Tenía que intentarlo. Si tan solo dejara de golpear a Juls, si se alejara de ella. Volaría hasta él y lo atraparía en cuestión de segundos.

Hulk, el pequeño perro le dio la ventaja que necesitaba, se levantó como una exhalación y aferró la pernera del pantalón del loco. Tiró de él gruñendo y mordiendo, distrayéndolo lo suficiente, para que Dylan se moviera con rapidez.

Estaba acostumbrado, era parte de su trabajo.

Llegó al cuchillo, lo lanzó hacia el otro lado de la sala y saltó sobre el tal Roger agarrándolo por el cuello y quebrándole la nariz del primer puñetazo.

No se permitió fijarse en el modo en que la cabeza de Juls colgaba inerte. Estaba inconsciente, no pensaría en nada peor.

Lo golpeó como si se tratara de una mole. Una y otra vez, haciendo que sus puños chocaran contra la cara de aquel malnacido.

Intentó escabullirse, escapar de él, pero no iba a conseguirlo.

—Nadie toca a mi mujer y vive para contarlo.

La puerta del apartamento se abrió entonces y la policía entró a toda prisa.

Le dio un último puñetazo, que lo dejó inconsciente y corrió junto a Juls.

—Ahí lo tienen.

El jefe de la operación lo miró con cara de malas pulgas, no le importó. Miles llegó justo detrás de él. Sabía que intercedería por él, con suerte no tendría que pasar la noche en el calabozo.

—Necesitamos un médico —espetó un instante antes de que dos camilleros llegaran a la sala.

Juls seguía inconsciente, pero Dylan no iba a apartarse de ella. Mientras la atendían, le ponían un collarín y comprobaban sus constantes vitales, sostuvo su mano. No iría a ninguna parte.

—Tenemos que llevarla al hospital —dijo uno de ellos. Parecía más un chaval que un hombre—. Ha perdido mucha sangre.

Estaba fría, pero respiraba.

—Yo le daré la mía.

El hombre sonrió con tensión y asintió.

—¿Sabe cuál es el grupo sanguíneo de la mujer?

¡Por supuesto! Lo sabía todo de ella.

—0 positivo. Yo también.

Los dos hombres se levantaron llevándosela con ellos y él no se apartó de su lado. El policía trató de retenerlo, pero los esquivó. Si querían su declaración, bien, la haría cuando su mujer estuviera fuera de peligro.

—Después —murmuró al pasar junto a Miles, que asintió sin mirarlo. Sus ojos estaban fijos en Julieta, que respiraba superficialmente y su aspecto era una maraña de golpes y sangre.

—Buen trabajo, Dylan. Ahora ve con ella, me ocuparé de las fieras hasta que puedas prestar declaración —aseguró su mejor amigo.

—Esta te la debo.

Y siguió a los médicos a la ambulancia, cerca de ella, sin soltar ni un instante su mano. Porque no era una opción, no le importaba qué dijeran, no iba a dejarla sola.

Nunca más.

Era su mujer, iba a convertirla en su esposa y nunca jamás le permitiría alejarse de él.

Y si tenía que renunciar a toda su vida para hacerla feliz, estaba más que dispuesto a ello.

CAPÍTULO 24

Le dolían todos los huesos del cuerpo, tenía la cabeza como un bombo y aquel desagradable olor le estaba revolviendo el estómago. Parpadeó, pero la luz la cegó y se quejó sonoramente.

—Que alguien baje la jodida persiana, quiero dormir cinco minutos más.

—¡Juls!

¡Dylan! ¿Qué estaría haciendo allí? ¿Había vuelto ya a Gold River? Se sentía un poco confusa, recordaba haber llegado a casa, después de estar retenida un par de horas en la autovía y todo le daba vueltas. Estaba haciendo la maleta, cuando Roger...

¡Roger! Había tratado de matarla, ese cabrón.

Se forzó a abrir los ojos, buscando el sonido de su voz. Las enfermeras entraron con varias máquinas, termómetros y quién sabe qué más mientras la toqueteaban por todas partes y le enchufaban una linterna directa a los ojos.

—Joder, dejadme en paz.

No era una buena enferma. Nunca lo había sido.

—Ahora sé que no voy a perderte —dijo Dylan con sentimiento—. Si tienes fuerzas para maldecir, saldrás de esta.

—No sé por qué piensas que iba a dejarte libre tan pronto. Eres mío, hombre, eso no puedes cambiarlo.

Una de las enfermeras sonrió y la dejó tranquila, Julieta finalmente pudo observar al hombre que hacía que todo funcionara mejor. Que hacía que su corazón estuviera vivo de nuevo y que volvieran a emerger con fuerza ciertos sueños.

—Pensé que iba a perderte, Juls. ¡No vuelvas a asustarme de esa manera!

—No ha sido culpa mía —se quejó, pero se sentía bien saber que estaba allí con ella—. ¿Y tu trabajo? Tenías guardia también hoy, ¿no? ¿Cuántos días han pasado? ¿¿En qué año estamos!!

Dylan rio nuevamente, con regocijo.

—Tranquila, sigues siendo joven, preciosa y mía. No iba a dejarte dormir durante tanto tiempo.

—Tú sí que eres precioso —murmuró acomodándose y fulminando a la enfermera que quedaba con una mirada que dejaba claro que debía dejarlos solos.

La mujer finalmente se dio por aludida, ni siquiera le lanzó una mirada a Dylan.

Qué idiota. No había hombre más guapo en el mundo.

—¿Cómo te encuentras, Juls?

—Como si me hubiera atropellado un camión —confesó.

Nunca habría pensado que el idiota de Roger tuviera tanta fuerza. Aunque puede que tan solo fuera la rabia lo que había logrado que la adrenalina lo convirtiera en una especie de mole.

—No tienes que preocuparte por él, está encerrado y vamos a asegurarnos de que esté tras las rejas durante mucho tiempo.

—¿Cómo supiste lo que pasaba?

—Cuando llegué a casa y no estabas, sentí que algo no funcionaba. Y también estaban las notas...

—¿Notas? Solo dejé una.

—Nuestro amigo dejó otra. Traje a Miles para que me ayudara, aunque al final, me colé por la escalera de incendios y machaqué a ese tipo hasta que la policía me detuvo. Podría haberlo matado solo por lo que te hizo.

—No quiero que muera, prefiero que se pudra en la cárcel.

—No dejaré que nadie vuelva a hacerte tanto daño —aseguró mirándola con una intensidad desconocida. Tomó su mano, acarició sus dedos y la miró como si ella fuera el tesoro más valioso del mundo—. Te amo, Juls, y vas a casarte conmigo.

—¿Acaso me lo has pedido y no lo recuerdo?

—No tienes opción. Vas a casarte conmigo, vivir conmigo, dormir conmigo y el resto de cosas que hacen las parejas que se aman de verdad, como tú y yo.

—Creo que ahora estás siendo demasiado optimista. Tu ego habla por ti. Pídemelo o no pasará.

Un metal frío rodeó su dedo anular, las manos de Dylan continuaban sosteniendo la suya.

—Acabo de hacerlo y adivina: has aceptado.

Julieta alzó la mano para observar el anillo. Era sencillo, oro blanco engarzando una bonita piedra azul, sonrió.

—Supongo que tienes razón, parece que he dicho que sí.

Dylan pareció relucir cuando escuchó sus palabras. Se inclinó sobre ella y la besó con infinito cuidado.

—Cuando te repongas, te besaré como deseo hacerlo, pero ahora no quiero hacerte daño.

La acariciaba de un modo que la hacía sentir más que especial, le daba una seguridad desconocida, como en los viejos tiempos y a la vez de forma diferente.

—¿Dónde vamos a vivir?

—¿Estando a tu lado? En cualquier parte. Solo te necesito a ti.

Julieta sintió que todo empezaba a encajar por fin.

—Buena respuesta, muy buena.

Y los dos sonrieron, incapaces de pensar en nada más que en el otro.

Sabían que aquel era el principio de una maravillosa y sincera historia de amor.
¡Ya era hora!

EPÍLOGO

Varias semanas después

Parecía que todo Gold River se había reunido para dar la bienvenida y desear la enhorabuena a la nueva pareja de recién casados. Estaban guapísimos, él con aquel traje hecho a medida y ella con un bonito vestido blanco de princesa.

Pero no era el atuendo, ni siquiera el aspecto sano de ambos, era la felicidad que reflejaban cuando se miraban el uno al otro. Miles lo sabía, conocía toda la historia, sabía los baches que se habían visto forzados a superar y ahora, al fin, después de tantos años, ya estaban listos para aferrar con fuerza la felicidad y no dejarla escapar jamás.

Justo de la misma manera en la que él lo había hecho. Miró al hombre que era toda su vida y se sintió dichoso, porque juntos hacían del mundo un lugar mejor y nada importaba más que estar en el momento y lugar correctos, junto a la persona adecuada.

Dylan seguía trabajando como jefe de bomberos, algo que él agradecía y apreciaba. No sabía cómo habría soportado perderlo. Se había convertido en el mejor amigo que nunca hubiera podido imaginar. Julieta, por su parte, aunque no hubiera tenido una presencia activa en su pasado, rápidamente se había convertido en alguien imprescindible. Era afable por naturaleza, tenía buenos sentimientos y siempre estaba dispuesta a recibirlo en casa, sin juzgar sus opciones. No lo había mirado ni una vez con desprecio por las decisiones que había tomado en su vida. No podía decir aquello de mucha gente. Le había costado encajar, ser aceptado, excepto con ella, que le había entregado un lugar en su corazón sin pedir nada a cambio. Los dos hacían una pareja espectacular y esperaba que su amor durara muchos años.

Se había reinventado, presentando una propuesta al ayuntamiento y convirtiéndose en algo así como la defensora del pueblo, procuradora de turismo y buena publicidad. Todo el mundo estaba un poco alborotado al respecto y también expectantes. Deseando ver cómo sus negocios y el lugar que tanto amaban, prosperaba de una vez por todas.

Gold River era un buen lugar para vivir y pronto, con ayuda de Julieta, sería un buen lugar al que ir de vacaciones. No le cabía duda al respecto. Había estado presente cuando su antiguo jefe había hecho todo el viaje en coche hasta allí, le había pedido disculpas en nombre de la empresa por el asunto con Roger y le había sugerido que reconsiderara la posibilidad de trabajar para ellos, en un puesto de mayor responsabilidad.

Lo había rechazado, para sorpresa de Dylan, de él mismo y probablemente

incluso de la propia Julieta.

Pero viéndolos juntos ahora, podía entender el porqué de su decisión. No quería que nada interfiriera en su amor.

Él mismo había estado en ese lugar, hacía un tiempo.

Samantha, por otra parte, había quedado recluida por tiempo indefinido en la clínica, después de que tratara de utilizar sus artimañas de seducción con la persona equivocada. Una jueza justa había restringido la obligación de Dylan respecto a ella y por fin, en los últimos años, se veía a su amigo libre y ligero, se había quitado un gran peso de encima.

Por fin podría tener lo que siempre había querido: amor, familia y una casa a la que llamar hogar.

Siempre había estado al alcance de su mano, pero a veces las decisiones hacían que el destino se retrasara.

Pero siempre se salía con la suya.

—¿Qué haces aquí tan solo, Miles? —preguntó Arizona llevándole una copa.

—Observando a los recién casados. Hacen una pareja estupenda, ¿no crees?

—Lo creo. Ya era hora de que esos dos estuviesen juntos —dijo complacida, un instante antes de que su hija mayor la llamara totalmente histérica. ¡Alguien le había tirado un vaso de refresco sobre el vestido!—. Lo siento, me reclaman. Parece que va a acabarse el mundo —puso los ojos en blanco, pero había una gran diversión en su tono.

Y amor.

Miles sonrió. Era una buena mujer, una madre estupenda y le hizo desear algo en lo que no había pensado hasta entonces. ¿Cómo sería si su marido y él adoptaran a un niño? Podrían hablarlo, convertirse en padres, amar tanto a alguien como era evidente Arizona amaba a sus hijas.

¿Tendrían pronto hijos Julieta y Dylan? Quizá le nombrarían padrino, después de todo.

—Te he dicho que no te acerques a mí, joder —espetó Jill, fulminando con la mirada a uno de los bomberos que estaban a cargo de Dylan. El hombre parecía un perrito en celo, persiguiendo a la mujer. Se preguntó si el refrán funcionaría esa vez y bodas harían bodas.

—Solo quiero que hablemos. Ha pasado mucho tiempo...

No pudo continuar escuchando, Dylan se acercó a él, se sentó en la silla a su lado sin dejar de ver a Julieta, bailando con los niños en el centro de la pista.

Reía y parecía realmente feliz.

—¿Disfrutando?

—Mucho —le aseguró al que se había convertido en su mejor amigo—.

Enhorabuena por tu boda, creo que al fin has hecho lo correcto.

—No podría estar más de acuerdo contigo —aceptó dándole una palmada amistosa en la espalda.

—¿Sabes? Ahora veo lo que tú ves. Su belleza.

—Es imposible no verla, ¿verdad?

—Es imposible, sí.

—Si me dices que soy bello te romperé la nariz —aseguró Dylan con diversión.

—No se me ocurriría ni en un millón de años —murmuró pensativo. Repasando cuántas veces en el pasado le habían acusado de ser el más guapo, a pesar de que él se había sentido muy feo por dentro. Muy cobarde, sin ser capaz de mostrar al hombre que realmente era.

Julieta y Dylan nunca habían tenido ese problema. Habían esperado demasiado tiempo para estar juntos, pero no se habían avergonzado de sí mismos.

—Supongo —empezó Dylan, sacándolo de su ensoñación— que los feos también se enamoran.

Miles rio, no podía evitarlo. Tenía razón, feos, guapos, listos, tontos, buenos, malos... el amor no entendía de razones, todo eran sentimientos.

—Lo único que queda claro es que el viejo dicho es cierto: la belleza está en el interior. Solo hay que pulsar las teclas correctas y ahí está: belleza suprema al alcance de la vista de cualquiera.

—Y que lo digas —murmuró sin apartar la mirada de su mujer—. Y al fin es mía.